

Moisés Cabello

Olimpo

Esta obra está publicada bajo una licencia *Creative Commons Reconocimiento-Compartir bajo la misma licencia 3.0 España*, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra y crear obras derivadas (incluso con fin comercial) siempre y cuando reconozca el crédito del autor de la obra y divulgue cualquier obra derivada bajo los términos de una licencia idéntica a esta.

Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección:

<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/es/>

© 2005–2009, Moisés Cabello Alemán

Santa Cruz de Tenerife, España.

moisesc@gmail.com | <http://www.moisescabello.com>

1º edición, Noviembre 2009

*A todos los que de algún modo han contribuido a
popularizar esta serie de historias*

Prólogo

El día de las historias

El decimoséptimo cumpleaños de Olaf Benavente llegó prometedor. Marla Enea Benavente, su madre y Duquesa de la República de Turín, le previno de lo especial que sería aquel día. *Ya te estás convirtiendo en un hombretón*, decía, *y eso hay que celebrarlo*.

Al levantarse en su casa de la capital de Turín, su madre anunció que tenía un regalo esperándole con el desayuno, por lo que descendió por las escaleras corriendo con el trote de una manada de elefantes hasta el salón, donde ella terminaba de calentar la leche.

—Oh, no... ahora toca beber de los mismos infiernos —lamentó.

—Eh —amonestó su madre—. ¿Para qué te he dicho que hay que calentar la comida? ¿Eh?

—Para eliminar los gérmenes y crecer más sano —replicó monótonamente—. Pero, madre, debo ser el único chico de Turín que calienta...

—Por que ningún otro chico de Turín sabe lo que son los gérmenes, Olaf —interrumpió Marla exasperada. Aquella era una conversación muy recurrente—. Está bien, déjala que se enfríe un poco, pero sólo un poco...

Ya sentado frente a su cazo de leche hirviendo, vio a su madre salir del salón y regresar instantes después con las manos tras su espalda y una pícaro sonrisa.

—Esto es para ti —anunció.

Le enseñó al fin lo que escondía. Se trataba de un libro, con una cubierta brillante como Olaf jamás había visto. “*Barco a La Luna y otras aventuras*”. Pero él miró suspicaz a su madre, pues por ella ya leía libros todos los días.

—Este es ficción, no estudio —dijo su madre adivinando sus pensamientos—. Proviene de mi mundo natal.

Lo examinó con atención. El acabado era totalmente exótico, y el realismo de la pintura de cubierta, inusitado. Coincidió con algunas de las cosas que su madre le había contado sobre aquel mundo.

—Gracias, madre —dijo él absorto, aún sus ojos clavados en la cubierta—. ¿Esta es la Luna de tu mundo? Tan pequeña, pálida y sin ojo...

—Sí, ya te he hablado de ella —respondió su madre sonriente, revolviéndole el pelo cariñosamente.

Definitivamente era el primer vínculo que tenía con lo que hasta entonces era poco más que una fantasía. No podía salir de su asombro.

—Muchas gracias, madre.

—Y ahora tómate la leche, ya has esperado bastante.

Desayunó con avidez sin quitar ojo al libro que tenía ante sí.

—Y mañana no te daré clases —añadió ella—. Tendrás el día libre, porque mi otro regalo va a ocuparte el resto del día. Hoy tendremos *el día de las historias*.

—¡Historias y un día libre! —exclamó él— Debería avisar a Dalla para...

—Anda, anda —dijo su madre—, no sea que me arrepienta.

Salió de casa tan rápido como el viento. El día lucía espléndido; las calle llenas de gente que iba y venía de los mercados ambulantes, pastores trayendo a sus cabras, parte de la guardia vigilando en sus caballos —cuánto anhelaba pasear así por la ciudad, viendo a los demás desde lo alto—, y niños que se perseguían intentando atizarse con ramas.

Como una exhalación corrió hacia los mercados, buscando el puesto de su buena amiga Dalla. La encontró donde esperaba, ayudando a su padre a cargar frutas.

—Yo te ayudo —dijo sorprendiéndola al cogerle parte de su carga.

– ¡Eh! Como te vea mi padre cogiéndonos las manzanas te va a matar, y si además te ve conmigo, te rematará. ¿No tendrías que estar en tu casa?

– ¡Es mi cumpleaños! – afirmó él radiante.

Ella se quedó mirándole. Para Olaf era uno de esos momentos en los que el tiempo aminoraba, permitiéndole recrearse en la exquisitez de los detalles: su cabello pelirrojo ondeando al viento, la mirada cristalina capaz de clavar en la pared a cualquiera, una sonrisa que bajaría los humos a un usurero despojado, formas que se codean con la majestuosidad de cualquier monumento de la naturaleza...

– ¡Eso es estupendo! – exclamó ella inmediatamente—. ¡Eh!

– Perdona, estaba pensando en qué hacer mañana, tengo el día libre.

– Mañana llevo un pedido a la frontera – dijo ella mirando en todas direcciones, para asegurarse de que no llegaba su padre –, si me esperas después de comer en la plaza, podrías acompañarme.

Olaf se limitó a parpadear con rapidez, incapaz de creer lo que acababa de oír.

– Además, pararíamos en el arroyo – añadió –, prometí que te lo enseñaría. ¿Recuerdas?

– Me encantaría – replicó intentando limitar el escape de estupidez que emanaba su rostro.

– ¡Dalla! – gritó una voz de hombre adulto.

– Ese es mi padre, ahora vete. ¡En la plaza después de comer!

– ¡Lo recordaré! – alcanzó a decir mientras corría de vuelta.

Durante el regreso pasó por la plaza para recrear el momento, y recordó entonces que allí se alzaba el monumento en honor a su padre, quien murió antes de que naciera.

“*Olaf Bersi, de Harald Bersi hijo y de Amandine Tágada esposo, héroe de Turín y de Armantia*”, rezaba la placa bajo la estatua.

Eso le debería dejar a él como hijo del héroe. Lamentablemente, casi todo el mundo recelaba de su madre —quien ni siquiera salía en la placa—, y por ende, de él. De algún modo la relacionaban con la muerte de su padre y con los extraños acontecimientos que rodearon la funesta invasión de Armantia (la isla de la que Turín era mitad).

Cuando regresó a su casa, encontró a su madre sentada en el salón, hablando con un hombre vestido de soldado. Al oírle entrar ambos le miraron; el soldado llevaba ropas hervinesas, tendría unos cincuenta años y una gran cicatriz cruzando el lado izquierdo de su rostro, que al acercarse al ojo se ocultaba bajo un parche negro.

—Olaf... este es Keith Taylor, ya te he hablado de él.

Así que aquel hombre era Keith. Su madre le contó que fue el último amigo de su padre, con quien estuvo hasta el final.

Fue espía, luchó en batallas. ¡No podía creer que estuviera frente a él!

—Cuánto has crecido —dijo Keith—. Alto como tu padre, una de las muchas razones por las que le llamaban *Gran General*. ¿Te parece que demos una vuelta?

—¡Me encantaría!

—Recuerda, Keith, no más del mediodía —dijo ella.

La familiar mención del hervinés sobre su crecimiento le sorprendió, porque no recordaba haberle visto antes.

Tras salir supuso por el recorrido a dónde se dirigían; la tumba de su padre, que ya había visto minutos antes. Keith la contempló largamente a su lado y tras unos instantes apoyó una mano en su hombro, lo que le obligó a mirarla también.

—Supongo que tu madre te ha hablado mucho de él.

—Sí

—Tomemos algo.

Atravesando el tumulto de gente habitual a esas horas de la mañana, tomaron asiento en una popular cantina turinense.

—¿Puedo preguntarte... ? —empezó a decir Olaf.

Keith le hizo un gesto de espera y permaneció sumido en sus pensamientos varios minutos, hasta que a su mesa llegaron sendas jarras.

—Yo... —quiso protestar Olaf al ver que era cerveza.

—Ya eres un hombre, pardiez. Bebe. Pero no le digas nada a tu madre.

Y eso hicieron ambos.

Se produjo un silencio que incomodó a Olaf en demasía, particularmente por una pregunta que retenía a duras penas desde que vio al amigo de su padre, pero que no sabía si resultaría ofensiva.

—¿Cómo...? —dijo señalándose el ojo en el que Keith tenía el parche. Fue la primera vez que le vio sonreír.

—Mucho habías tardado —replicó—. Hace muchos años, tras la invasión de Armantia en la que murió tu padre, un militar llamado Byron se hizo con el poder de Hervine, mi tierra. Este —dijo levantando el parche— fue el precio de hacerle abdicar.

Olaf gimió con repugnancia al ver la cuenca ocular vacía.

—Creo que no hacen falta detalles. Entonces —dijo Olaf tras recuperarse—, participaste en la última guerra armantina, cuando de cuatro reinos pasamos a dos: Turín y Hervine. Lo he visto en la escuela.

Keith asintió en silencio.

—¡En fin! —exclamó el veterano tras unos instantes, animando el tono para restar dramatismo a la conversación—. Tu madre me pidió que el día de tu cumpleaños te hablara sobre tu padre, lo que me pareció una condenada gran idea. Ella le conoció durante unos meses, yo en cambio traté con él por nueve largos años y resulta que esta mañana estoy a tu entera disposición. ¡Pregúntame lo que quieras!

Así supo Olaf de su padre mucho más de lo que su madre le había contado. Keith narraba sus aventuras sonriente, desapareciendo la sombra que parecía cubrir su rostro permanentemente. Recuperando quizá un atisbo de juventud.

—Cuando Armantia se dividía en cuatro países la cosa estaba movidita. Mucha diplomacia e intereses ocultos. Tu padre era un alto mando de Turín, yo espía hervinés. Nos encontrábamos en secreto para compartir información, y en un par de ocasiones casi nos pillan.

—¡Vaya!

—Y la de veces que impidió guerras, muchacho. Esa estatua no se la hicieron en vano. Ganó innumerables enemigos por ello, pero a la hora de la verdad era un valiente. Hoy se dicen valientes los que empiezan las guerras, no los que las evitan. ¡Qué hombre perdió Armantia!

El entusiasmo se transformó en nostalgia y Keith apenas si se molestaba en limpiarse las gotas de cerveza que se adherían a su barba. Su mirada, ahora triste, traspasaba el centro de la mesa y sus manos sujetaban la jarra de cerveza como si se la fueran a arrebatarse en cualquier momento.

—Y entonces —añadió suspirando—, llegó tu madre.

Dejó la frase en el aire y dio otro sorbo de cerveza.

—¿Qué pasa con mi madre? —dijo Olaf enarcando una ceja.

—Nada malo —aclaró Keith—. Es sólo que con ella llegó todo ese asunto de los universos. ¿No te lo ha contado?

—Un poco.

—Pocos meses después de que llegara tu madre, Armantia fue arrasada en una invasión que llegó desde Gemini, la isla vecina cuya existencia ignorábamos. Hasta tu generación nuestro mundo era Armantia, pero descubrimos de tan dolorosa forma que hay muchos lugares como este al otro lado del horizonte.

—Sí, lo de Gemini nos lo enseñaron en la escuela. Invadieron Armantia y diezmaron la población.

—Y la moral, muchacho. Fue una época turbulenta y extraña, con armas que escupían fuego a grandes distancias, gentes extranjeras de idéntico aspecto, como gemelos, e historias de gobernantes en el cielo e incluso dioses decidiendo sobre nuestro destino. En unos meses nuestro mundo cambió para siempre.

Cuando parecía que iba a volver a perder la mirada alzó su cabeza, topándose con la expresión de angustia de Olaf.

—Pero al final ganamos, ¿eh? —añadió para tranquilizar— Armantia estuvo a punto de ser destruida y tu padre tuvo su papel en nuestra salvación. Se adentró en inenarrables empresas más allá de nuestro entendimiento, y pagó por ello. Pero aquí estamos.

El resto de la mañana transcurrió entre bromas, historias de Keith, y vivencias del propio Olaf para poner al día al antiguo espía hervinés. Keith dejó la vida militar, aunque gustaba llevar su ropa de veterano, por la distinción. Ahora se dedicaba a viajar a otras islas para conocer mundo, y había vuelto a Armantia como escala para emprender un nuevo viaje, momento en el que recibió correspondencia de su madre.

Después de que Keith le permitiera a regañadientes dejar media jarra, emprendieron el regreso. Por el camino la gente no le quitaba ojo, debido a la inusual compañía. Tal vez pensaran que Olaf estaba arrestado.

Tras entrar en casa, su madre les miró con desaprobación.

—Llegáis tarde, pero a tiempo. Vamos a comer, Keith, pero en la mesa hay sitio para ti.

—Me honra, mas no puedo, parto esta tarde a Gemini y después a Antares. Me queda mucho por hacer. Pero prometo volver el año que viene. ¡Me alegro de haber sabido de ti, muchacho!

—Y yo de esta mañana de historias y cerv... recuerdos.

Keith se despidió con un gesto y abandonó la casa cerrando la puerta con suavidad.

—Sí que le has cambiado, chico —dijo ella—. No le gustaba mucho venir. Malos recuerdos dice, por lo de tu padre. Y ahora dice que volverá el año que viene. Ven, vamos a la mesa. Tengo tanto que contarte...

—¿Pero qué historias me vas a contar, madre? Me gusta tu intención, pero ya me has dado este libro...

—Siéntate, ahí —dijo ella tomando también asiento frente a él. La comida ya estaba servida.

Tras beber algo de agua, Marla se aclaró la garganta.

—Ahora escúchame atentamente, hijo. En estos años te he contado algunas cosas sobre el multiverso, sobre tu padre y sobre mí, pero he dejado la mayor parte para cuando te hicieras mayor. Puedes imaginar este día como una jornada de cuentos, si quieres. Te voy a narrar una serie de historias que prácticamente nadie más conoce. No es ficción, como el libro que te he regalado; algunas de estas historias me las han *contado*, por así decirlo, y también hay experiencias propias. Es probable que todo lo que conoces cambie a partir de este día. ¿Preparado?

—¿En serio? —dijo él con los ojos abiertos de par en par. A Olaf le encantaba escuchar todo lo que tuviera relación con el misterioso trasfondo de su madre, y lo poco que sabía fue enormemente dosificado durante su infancia—. Eso suena estupendo, madre.

—Sabía que te gustaría —afirmó ella sonriendo, para luego adoptar el tono sereno y ligeramente enigmático que tomaba cuando narraba historias a su hijo—. La primera historia te servirá para entender a la Armantia que conoces, y para ello debemos remontarnos hasta donde los libros enmudecen súbitamente, ese insondable período llamado Historia Oscura, hace más de cuatrocientos años...

Los precursores

—¿Qué te parece? —preguntó Alby a Tanaka.

El brillo de un nuevo mundo se reflejaba en los ojos de la joven tripulante.

—Igual que los demás —replicó ella a su compañero y secreta pareja.

—¡Eh! ¿A dónde han ido esos tiernos y fascinados ojos que ansían atravesar la ventanilla cada vez que nos topamos con otro planeta? ¡Apenas llevamos una semana alrededor de este!

En ocasiones Sofía Tanaka se preguntaba lo mismo, pero tampoco era ningún misterio.

—No es más que otra iteración de la Tierra, Alby. Volverías a ver esos ojitos que tanto te gustan si fuéramos a Marte, por ejemplo. Pero este es nuestro mundo de siempre en otro universo, con otra evolución que seguramente lo haya dejado tan inerte como los que hemos visto antes.

Continuaron contemplando el azulado planeta en silencio durante unos minutos.

—Eh, mira —dijo Alby señalándolo—, cuánto archipiélago. ¿Crees que esas islas pueden ser habitables? ¿O que incluso viva gente en ellas?

—Personalmente lo dudo. No hay ni una mísera porción de tierra que se pueda considerar un continente. Otro fiasco, y ya llevamos tantos...

La megafonía interrumpió la charla instándoles a acudir al salón de actos de la nave. Alby prefería quedarse contemplando aquella otra Tierra que hacer acto de presencia en la enésima reunión de descubrimiento, en la que destrozaban cualquier esperanza desglosando el alto número de razones por las que la nueva Tierra sería inviable para el proyecto colonial de la nave; que si la atmósfera está demasiado enrarecida, o es demasiado

tenue, o llega demasiada radiación a la superficie, o es un infierno volcánico como Venus, o un infierno helado como Marte, o...

Al salir de su camarote estuvo cerca de tropezarse con el resto de la tripulación, que acudía rauda en dirección al salón. Él y Sofía se miraron frunciendo el ceño, interrogando a uno de ellos.

—¡Han encontrado algo! —se limitó a exclamar el muchacho sin detenerse.

Fue suficiente para unirse al trote general, y no era para menos. Llevaban casi un lustro sin encontrar un universo en el que la Tierra fuera habitable, y la presión por encontrar más y más pesaba demasiado. La moral de la nave necesitaba un empujón. Cuantas más oportunidades, mejor.

El salón de actos ya estaba repleto cuando llegaron con la expectación a flor de piel. Los miembros del consejo se encontraban al fondo, alzando las manos para conseguir el silencio de los presentes. Alby notó el frescor del aire acondicionado mayor del habitual, probablemente debido a la cantidad de gente.

Marcus Romero, presidente del consejo colonial, se levantó de su asiento situado en el centro para tomar la palabra, consiguiendo así que los demás callaran, expectantes.

—Tras una semana de investigaciones y deliberaciones, hemos llegado al convencimiento de que este planeta es un candidato a la colonización.

Los gritos de júbilo recorrieron toda la sala, y algunos se abrazaron, emocionados. Daba igual el pesimismo, aquella frase siempre tenía aquella intensidad emocional. Alby y Sofía se miraban con feliz incredulidad. ¡Por fin!

—¡Por favor! ¡Por favor! —intentaba calmar Marcus.

Poco a poco el silencio retornó, con pequeñas conversaciones que se ahogaban tras las amonestaciones de gente cercana.

—Este planeta ha resultado ser toda una sorpresa. Se trata de un enorme archipiélago habitado en su mayor parte por distintas

civilizaciones, si bien ninguna tan avanzada como la nuestra. La mayoría nos son extrañas, pero hemos encontrado una gran isla poblada por una civilización definitivamente derivada de la nuestra. Gracias al reconocimiento visual de los *ojos* estimamos que la población supera el millón de personas.

—¿Qué nombre le ponemos? —gritó alguien.

Marcus ajustó el micro antes de responder.

—Sus habitantes llaman a la isla *Armantia*. El jefe del laboratorio colonial les dará más detalles.

Cedió la palabra a Caterina Maximus, quien se encargaba de dirigir el trabajo colonial. Alby la conocía muy bien, salieron juntos años atrás. Una relación desastrosa.

—Como ha dicho el presidente, hay un montón de gente ahí abajo, así que esta vez seremos menos los que tengamos que hacer de Adán y Eva. El planeta es tan habitable como nuestra Tierra, como estas civilizaciones demuestran. Por otra parte, al tratarse de una población relativamente pequeña e incomunicada, los epidemiólogos nos han contado que la incidencia patógena es mucho menor que la media. Parece un lugar muy sano. ¡Los colonizadores vamos a tener mucho trabajo!

Esta frase desencadenó aún más júbilo entre los presentes.

—Gracias, Caterina —dijo Marcus—. En los atriles de los camarotes pueden acceder a toda la información. Les recomiendo que se habitúen a esa gran esfera azulada que se ve en las ventanillas, porque todo indica que la vamos a tener ahí al menos una década.

Aquello era una fiesta. La permanente huida de la humanidad en busca de mundos que colonizar parecía no tener fin en la inmensidad del espacio, pero ver un recuerdo de la Tierra aún a través de una ventanilla, hacía de la permanencia algo mucho más soportable, y además existía la posibilidad de viajar a la superficie.

Con rostro serio, Caterina Maximus lanzó un sutil ademán a Alby para que se quedara mientras la gente salía en tropel del salón de actos. Él

explicó a su pareja, Sofía Tanaka, que tenía que resolver unos asuntos, y quedaron en verse más tarde. Alby tuvo cierto protagonismo en el anterior programa de colonización, y sabía que Caterina quería contarle algo que nadie encontraría en los terminales de sus camarotes.

—Sígueme —dijo ella tras quedarse sola con Alby en la sala. Este fue tras ella en silencio, por corredores sólo autorizados para el personal de la nave. Su silencio le inquietaba y extrañaba a la par.

Finalmente entraron en una sala pequeña que cerró herméticamente. Alby negó con la cabeza cuando Caterina le preguntó si tendría algún problema en firmar un contrato de confidencialidad, pero le pidió leerlo primero; mientras lo hacía, ella preparaba algo en la terminal de la pared y, para alivio de Alby, decidió romper el silencio.

—¿Qué tal lo llevas, Alby?

—Bien —se limitó a decir frunciendo el ceño pero sin apartar la mirada de la hoja—, todo muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Igual de bien —su parquedad parecía una represalia por la suya—. ¿Y la señorita Tanaka?

Tenía que haber supuesto que los tiros irían por ahí. Pero no tenía ganas de discutir.

—Muy bien también, la han ascendido.

—Eso he oído —dijo ella igual de concentrada en lo que hacía—. Me alegro mucho, por los dos. Bien, esto es lo que te quería enseñar. Es un montaje que resume las decenas de horas de grabación que registraron nuestros ojos en Armantia. ¿Listo?

Alby asintió contemplando la pared en la que se proyectaría la grabación. Los ojos eran microcámaras de alta tecnología prácticamente invisibles a la vista y capaces de volar y permanecer suspendidas en el aire.

Durante quince minutos camparon ante sus ojos imágenes terribles, de guerra, muerte y dolor. De destrucción y devastación. Armantia era un nombre demasiado bonito para lo que veía.

—Nosotros desesperados por sobrevivir, y ellos empeñados en exterminarse —dijo Caterina, su rostro sólo iluminado por la luz de la proyección—. Están constantemente en guerra. Mal lugar en el que depositar nuestras esperanzas de futuro... ¿No crees?

—Desde luego —murmuró Alby sin pestañear pese al bombardeo de imágenes—. Pero antes, en el salón de actos, Marcus nos dio a entender a todos que era viable, que nos instalaríamos en Armantia.

—Y lo haremos, esa isla es nuestro futuro —dijo ella finalizando la proyección con el mando a distancia.

Dejó la frase en el aire antes de continuar, mientras la terminal de la pared se plegaba.

—Pero no hay lugar para esa gente en nuestro futuro —añadió al fin, sentándose frente a él. Tamborileaba con los dedos la mesa, mirándole, pero él no respondió.

—¿Quieres volver a liderar el programa de colonización, Alby?

—Pero —objetó él señalando a la oscura pared—, Armantia ya está colonizada. Pensé que esto iba de amoldar a la población local, y mezclarnos algunos de nosotros...

—Llámalo *recolonización*, si lo prefieres.

Alby alzó la ceja, no le gustaba lo que estaba oyendo.

—Si me quieres dentro, explícamelo.

—Ya eres mayorcito, Alby...

—¿Qué le va a pasar a esa gente, Caterina?

Ella alzó las manos, viendo por dónde iba.

—Eh, realmente dedicaremos un tiempo a intentar cambiar la situación allí abajo. Pero... si no lo conseguimos haremos selección y partiremos de cero. No nos podemos quedar aquí si no es una apuesta segura por el futuro, y allí abajo están por todo lo contrario.

—¿Y no podríamos continuar buscando Tierras derivadas? Dejemos a esta gente a lo suyo.

Caterina le miró con los ojos entrecerrados. Mala señal.

—Seguir buscando... realmente te tiene que ir muy bien con Sofía para que la perspectiva de seguir saltando de Tierra en Tierra te parezca un asunto menor.

—Oh, venga —protestó—, ella no pinta nada en esto...

—Anda, ven.

Otra vez tras ella, pensó Alby. Siempre le gustó tener a los demás tras de sí, probablemente se sintiera poderosa.

Sin embargo el recorrido pasó cerca del laboratorio colonial por una zona de acceso no autorizado para la mayoría. ¿Qué quería enseñarle? Con un hormigueo de excitación, acompañó a Caterina hasta una puerta que requería un pase de máxima seguridad. Esta se cerró tras ellos, y todo se iluminó cuando Alby volvía la cabeza al frente, con tiempo de ver algo blanco y grande abalanzarse sobre él. Instintivamente se cayó hacia atrás con el rostro cubierto por las manos mientras escuchaba fuertes golpes.

Al alzar la cabeza vio que realmente los golpes provenían de una gruesa cristalera que tenía en frente, tras la cual una familiar figura metálica, alta como un hombre y con cuatro extremidades punzantes, golpeaba con ellas sin cesar el cristal blindado, intentando llegar hasta él.

—¡Estás loca! ¡Sácame de aquí! —gritó Alby.

Sin decir palabra, Caterina apagó las luces y salieron de allí. Se encontraba furioso. ¿Qué diablos pretendía? Ella le hizo un gesto de silencio mientras regresaban a la sala de la proyección, autorizándole a hablar en cuanto cerró la puerta.

—¡Quiero una explicación! —exclamó. Aún sentía escalofríos.

—Es secreto militar, tranquilo, está bien custodiada. La estamos estudiando.

—¡Eso no justifica que la mantengáis vi... encendida!

—No puede salir. Perdona el susto, pero me pareció que habías olvidado de qué huimos.

Zorra perversa, pensó Alby intentando calmarse. ¿Cómo iba a olvidarlo? Huyeron de la Tierra y su universo original cuando las corales, aquellas máquinas infernales, traspasaron su última defensa. Lamentablemente, ellas también aprendieron la habilidad de viajar por el multiverso y les perseguían incansablemente desde entonces con el único propósito de exterminar a sus padres humanos, pues tal fue el objetivo programado en su memoria por una secta que promulgaba la extinción de la humanidad como remedio para salvar el planeta.

—Alby, ya has visto las imágenes de Armantia. ¿Te fijaste en la tecnología que usaban? ¿La manera en que pretendían matarse unos a otros? ¡Se dirigen derechos a la construcción de máquinas como las corales en pocos siglos!

—Eso no nos incumbe.

—Ya me parecía a mí que lo que te preocupa es no mojarte las manos...

Touché, pensó chasqueando la lengua.

—Escucha, Alby... ha sido un milagro que nos encontráramos esta Tierra habitada. Al principio no hicimos más que ver la misma, y la misma... y la primera vez que viajamos a un espectro de universos diferente, presos de la impaciencia, nos encontramos con que envejecimos varios años de golpe sin saber la razón, ¿y para qué? Para navegar por una serie de universos con Tierras inhabitables. Recuerda cuando algunos postularon que al no poder dar grandes saltos por temor al envejecimiento repentino, viajaríamos por el mismo espectro de Tierras inertes durante décadas, tal vez siglos o milenios. Aquello casi nos cuesta un motín. Y ahora nos topamos con una Tierra habitable al fin. ¡Al fin! Puedes pensar que a partir de ahora encontraremos un sinfín de universos con mundos así, pero nuestro siguiente salto bien podría llevarnos de nuevo a otra cadena de mundos muertos.

—¿Qué intentas decirme?

—Que debemos plantar aquí otra colonia antes de reanudar nuestro lento deambular por el multiverso, hasta que descubramos cómo dar grandes saltos sin envejecer, y no sabemos cuándo podremos encontrar otro lugar colonizable.

Caterina le miraba fijamente, obviando su mueca de fastidio.

—¿Cuánto pensáis que nos puede llevar? —dijo Alby suspirando.

—Como dijo Marcus, alrededor de una década.

—Está bien, está bien. ¡Vale! Me apunto.

Caterina sonrió como si supiera que tarde o temprano aceptaría.

Su primera tarea como líder del equipo colonial que trabajaría en la superficie consistió en investigar a los nativos armantinos para más tarde infiltrarse entre ellos, por lo que él y un grupo designado por el propio Alby —lo que incluía, claro, a Sofía Tanaka— estudiaron sin descanso durante tres meses las grabaciones que registraban los minúsculos ojos espía que enviaban desde la órbita. Economía, tecnología, sociología... para, durante el cuarto mes, discutir el plan de acción; cómo remodelarían Armantia durante al menos dos años hasta convertirla en un lugar próspero donde establecerse con perspectivas de futuro.

El plazo era ambicioso, pero no imposible. O eso pensaron antes de instalarse. Cuando las primeras veinte personas salieron de la cápsula de descenso e instalaron su particular cibercabaña que cubriría sus necesidades sin alertar a los locales, el ambiente era de entusiasmo. Básicamente se trataba de un refugio, pues la mayor parte del tiempo estarían infiltrados en los distintos países trabajando en la aplicación de su particular ingeniería social.

Los veinte enviados, entre ellos Sofía Tanaka y el propio Alby, se coordinaron para influir en la gobernanza de los distintos países para que tomaran una serie de medidas que facilitarían el futuro proceso de colonización.

Sin embargo, la tarea fue lenta y dolorosa, y más difícil de lo que imaginaban. Los gobernantes de Armantia estaban envenenados por un

odio y rencor que acababan trasladando a sus ciudadanos, y a menudo sabotaban los cambios —generalmente leyes, reglamentos, acuerdos, tratados...— que los veinte enviados cuidadosamente introducían.

Se comunicaba puntualmente con Caterina desde su visor de muñeca, hábilmente escondido en su manga para los nativos, para dar parte del estado de la misión, que ella recibía sin demasiado entusiasmo.

Tras dos años de duro trabajo, Alby no tuvo más remedio que pedir una prórroga.

—Las bases están asentadas, sólo necesitamos un poco más de tiempo para que la diplomacia haga efecto. La mitad de los países ya han firmado tratados de paz y los están cumpliendo. Estamos en el buen camino.

—Alby —dijo ella en su visor de muñeca, sin contagiarse del optimismo de él—, aquí la mitad de los civiles dicen que os lo estáis pasando en grande en la superficie, bebiendo agua natural, respirando aire fresco y follando con los nativos en inenarrables orgías, mientras ellos siguen enlatados en órbita, viendo pasar los días con una mole de aire respirable y agua potable más allá de sus ventanillas, esperando a que vosotros cumpláis con vuestro trabajo. ¡Y ahora pides más tiempo!

—No podemos echar por tierra todo el trabajo realizado. Por favor.

Los ojos de Caterina brillaban aún en la escasa resolución del visor.

—Seis meses más —dijo al fin—. Os doy seis meses.

—Un poco ajustado, pero lo intentaremos. Gracias.

En la reunión de enviados de cada mes, en la cibercabaña, Alby comunicó la breve pero por todos aplaudida prórroga, y continuaron trabajando hasta la extenuación. Era tan frustrante la inestabilidad de los acuerdos entre armantinos... pero tras dos años viviendo entre ellos, Alby sabía que no eran peores que los que aguardaban en órbita. Muchos armantinos eran buenas personas, engañadas y azuzadas por gobernantes egoístas y analfabetos.

La historia de la civilización.

Terminaron cogiéndoles cariño, algunos incluso mucho cariño —se rumoreaba que al menos seis de los enviados estaban formando familias con los nativos en secreto, algo estrictamente prohibido—, por lo que pudieron tener más paciencia ante su constante tendencia a la autodestrucción.

Un día, en el cuarto mes de prórroga, recibió en su visor un llamamiento de Ramón, otro de los enviados, quien afirmaba haber visto algo sorprendente en el sur. Tras varios días de viaje dio con él en un descampado, y le explicó que investigando un lugar famoso en las leyendas locales llegó a unas ruinas que no tenían nada que ver con la Armantia que conocían.

No tardó en guiarle al yacimiento.

Allí descubrieron con asombro los restos de la tecnología colonial de una civilización que estuvo por allí casi cuatrocientos años atrás, y algunos diarios que daban a entender que aquella gente se encontró en una situación similar a la de la civilización de Alby. *De forma que existe un ciclo histórico*, pensó. Aproximadamente cada cuatrocientos años, una civilización humana en apuros, como la suya, llegaba a aquel mundo, veía en Armantia el lugar idóneo para plantar su semilla colonial pero se encontraba con que los nativos se despedazaban entre sí. Así que optaban por eliminarlos o reducirlos al mínimo para empezar de cero, pensando que así quienes dejaran en Armantia a posteriori tendrían un futuro más próspero y duradero. Sin embargo la nueva colonia se degrada hasta que cuatro siglos después otros llegaban y se encontraban el mismo panorama que al principio, repitiendo el proceso.

Un bucle destructivo de sinrazón.

Los que colonizaron Armantia por última vez dejaron aquellos textos a los siguientes que llegaran cuatrocientos años después, para advertirles de que la repoblación no era la solución, sino que esta era tratar con los nativos; de dejar que la neocivilización armantina madurara en lugar de esperar que se comportase maravillosamente en sus primeros siglos.

Aquello supuso un *shock* para los veinte enviados. Cuando se reunieron en la cibercabaña expresamente por lo que vieron Ramón y Alby, este no tuvo más remedio que admitir lo que le contó Caterina; que de no cumplir con el plazo, exterminarían a los armantinos para llevar todo el proceso colonizador desde cero con una abundante cantidad de los civiles en órbita.

Es decir, repetir el ciclo.

Lo que más quedó claro en aquella reunión, fue que ya eran todos armantinos. La mayoría dijo que no permitiría un sólo ataque a los nativos, y varios —más de lo que pensaba— admitieron tener una pareja armantina con la que vivían regularmente. Incluso uno confesó haber contado a su mujer nativa su verdadera procedencia, y otra sorprendió a todos afirmando que estaba en su cuarto mes de gestación. No había vuelta atrás. Sólo unos pocos, si bien solidarizándose con sus compañeros, advirtieron de las posibles consecuencias de desobedecer al consejo colonial.

Sin embargo hubo consenso en que, a la luz de toda aquella nueva información, plantearían la cuestión al consejo y pedirían el tiempo extra que fuera necesario para encauzar Armantia. Así lo transmitió Alby a Caterina por su visor de muñeca. Ella escuchó con un rostro forzosamente neutro, y anunció que lo comunicaría al consejo de inmediato, para retomar el contacto cuando hubiera tomado una decisión.

La espera fue tensa para todos. Unos afirmaban que ser razonable ante la nueva situación no sería difícil, otros, más escépticos, se lamentaron de que el estado desesperado de los colonos no era la idónea para ser razonable.

Dejaron de lado sus actividades y permanecieron en la cibercabaña a la espera de una respuesta, que llegó al día siguiente. El rostro de Caterina apareció en la muñeca de Alby, a quien todos miraban, expectantes.

—¿Y bien? —dijo Alby.

—Anoche, el consejo informó a la ciudadanía sobre el problema, y convocó un referéndum. Un noventa y tres por ciento apoya la repoblación hasta las últimas consecuencias.

Alby sintió la indignación como si se pudiera tocar. El consejo colonial nunca contaba con los demás para decidir nada, y si ahora celebraban un referéndum era porque sabía que la gente opinaba como ellos, y así los enviados no podrían señalarles como déspotas. Pero lo que más rabia le daba, era que después de todo la gente apoyara la repoblación.

—¿Quieres decir —dijo lentamente a Caterina— que tras informar debidamente a la población y consultarla, la mayoría ha apoyado el genocidio?

El término provocó en Caterina un resoplido.

—Llámalo como quieras, Alby. ¿Qué esperabas? ¿Por qué la gente iba a preocuparse más por una civilización atrasada y ansiosa por exterminarse que por nosotros? Con el tiempo que llevamos buscando un lugar que colonizar, para al contrario que ellos, sobrevivir... Mal momento para buscar solidaridad, Alby.

Miró a los enviados que le rodeaban, escrutando sus rostros. La mayoría asentía enérgicamente, dadas las palabras de Caterina. Meditando cada palabra, planeando el paso, volvió a dudar.

—Caterina, ¿no hay algún modo de plantear al público de otra forma la... ?

—Maldito seas, Alby, el consejo filtró a todo el mundo los fragmentos de vídeo que nuestros ojos captaron en Armantia antes de que descendierais. Todos vieron lo que ocurre allí abajo, no van a dar una mierda por esa gente.

—¿Qué? ¿Difundisteis aquel vídeo que me enseñaste hace años? ¡Se suponía que era secreto! Además las cosas han mejorado, estáis jugando sucio.

Ella puso los ojos en blanco, como si hablara con un niño, y continuó tras un exasperado suspiro.

—Vuestro trabajo ha terminado, así que haced el favor de regresar y dejar Armantia al laboratorio colonial. Ya no habrá más prórrogas.

Alby chasqueó la lengua ante la tozudez de Caterina. No le dejaba más opción que afrontar la situación que tanto deseaba evitar. Maldita sea, aquello de involucrar a la opinión pública...

¿Y cómo se lo decía? Nos rebelamos, Caty. Resulta que desafiamos a lo que queda de la humanidad, y el consejo nos trae al paio. Verás, Caty, pacíficamente te trasladamos que como la repoblación nos parece algo terrible, nosotros...

—No vamos a volver —dijo Alby sorprendiéndose a sí mismo.

Notó tensión en los enviados que le rodeaban. Algunos se tomaron las manos, expectantes. Ahora sí que no había vuelta atrás.

—¿Qué?

—No seguiremos más órdenes del consejo colonial. Nos declaramos en rebeldía.

—Vamos, Alby, has contado chistes mejores.

—Y haremos lo posible por sabotear cualquier intento de repoblación.

Caterina le miró desde el visor como si a través de él pudiera lanzarle rayos por los ojos.

—Mira, Alby —dijo con furia contenida tras unos instantes—. Aquí soy la única que está escuchando esta conversación. Eso significa que si dejas de decir gilipolleces, podré fingir que no las he escuchado. Tenéis la lanzadera. Usadla para venir, vais a cabrear tanto al consejo como a la población. A mí ya me habéis enojado para todo el día.

—O le dais otra oportunidad a Armantia —contraatacó él—, u olvidaos de este universo. Son nuestras condiciones, y no aceptaremos una respuesta negativa. Llamadnos sólo si estáis dispuestos a aceptarlas.

Tras cortar inmediatamente la comunicación, Alby permaneció mirando su visor de muñeca, ya apagado, incapaz de creer lo que acababa de decir. La tensión cedió al júbilo en la cabaña, y mientras los demás

enviados —sobre todo los más ligados a Armantia— se abrazaban sintiéndose liberados, Alby se derrumbaba en su asiento negando con la cabeza.

—Vamos —dijo Sofía sin pasar por alto su estado de ánimo—, hiciste lo que debías. Has sido muy valiente.

Al sentir sus manos en los hombros, Alby suspiró con pesar.

—Hemos roto con lo que queda de la humanidad, o de la nuestra, al menos. Y no creo que el consejo nos deje aquí a nuestro antojo. Espero que Armantia merezca la pena, Sofía. Lo espero mucho.

Al mirar a su alrededor se encontró con que la mayoría había salido de la cabaña, probablemente para encontrarse con sus familias armantinas. Para ellos, sin duda, merecía la pena.

Durante el día siguiente volvieron a reunirse todos en la cabaña. La euforia se había desvanecido y la mayoría de los enviados aguardaba, expectante, alguna comunicación del consejo sobre la sublevación. Alby sentía la presión de primera mano, pues era a él a quien contactarían.

Fue al mediodía cuando el rostro de Caterina volvió a aparecer en su visor.

—¿Es que te han convertido en la portavoz del consejo? —dijo Alby. Prefería negociar con cualquier otra persona.

—Tenemos una propuesta —anunció ella a regañadientes.

—Estupendo.

—La repoblación *se producirá*. Sin embargo... hemos estudiado una serie de medidas para evitar que ese ciclo se produzca en el futuro. Durante los diez años de colonización, reiniciaremos Armantia a una versión más antigua que la de nuestro pasado, algo más... medieval. Reeducaremos con el tiempo a la población y dejaremos a un personal especial que se encargue de vigilar que todo va bien. Y a quienes tengan familia armantina, se les permitirá conservarla. No respondáis ahora, mañana retomaré el contacto. Haced el favor de pensarlo bien.

Al cortar la comunicación, Alby se volvió hacia los demás enviados, confirmando el resultado que esperaba. La mayoría negaba con la cabeza, pero unos pocos dudaban.

—Ni hablar —dijo Ramón—. Llevo más de dos años entre esta gente, lo sé todo sobre ellos, la madre de mis futuros hijos es armantina... de ninguna manera aceptaré un genocidio. Y eso de permitir conservar a la familia... ¿Creéis que mi mujer va aceptar quedarse conmigo a cambio de la muerte de sus paisanos? ¿Estamos locos?

—Debemos pensar en todos —dijo Francis, uno de los dubitativos—. Los nuestros son los que están ahí arriba, no aquí abajo, y también corren peligro de muerte. Cuanto queda de nuestra humanidad viaja en una enorme lata de metal vulnerable. Sí, podemos ignorar este mundo y seguir buscando universo tras universo hasta que un meteoro perdido nos destruya, o saltemos en medio de una lluvia de rayos gamma, o nos atrapen las corales o quién sabe qué más... y todo acabe. Sabéis que esta Armantia sigue un camino igual de funesto y aquí apenas hemos hecho mella, pero al menos eso sí podemos arreglarlo. Recordad lo que dijo Caterina, tenemos el poder de asegurarnos de que una nueva Armantia perdure, al contrario que esta.

—¡No has entendido nada! —gritó Ramón—. Los que estuvieron aquí hace cuatro siglos también consideraron que su Armantia sería mejor que la anterior... ¡Y la hemos encontrado al borde del colapso! Hasta nos dejaron un mensaje para que no repitiéramos como tontos, que es exactamente lo que propones.

—Pero nosotros tenemos medios para más que dejar dejar mensajes, en eso estoy de acuerdo con Caterina. Podemos dejar aquí a unos vigilantes que cuiden del devenir de la historia —replicó Francis.

—¡Eso ha pensado cada maldita civilización colonizadora que ha echado abajo Armantia y siempre empieza y acaba igual! —exclamó Ramón, furioso, dando un pisotón— ¿Es que no lo entiendes? Tenemos que seguir trabajando por esta tierra como lo hemos hecho hasta ahora. Es difícil, sí, pero no imposible. ¡Maldita sea! ¿Pero qué esperábamos? ¡Somos humanos! ¡Nos masacraremos cuanto podamos! ¡Impondremos nuestras

ideas dejando sangre por el camino! ¡Envenenaremos la mente de otros para que se nos unan! ¡Siempre empezamos así!

–Ramón, cálmate –advirtió Alby, pues parecía que fuera a abalanzarse sobre Francis en cualquier momento.

–El equilibrio –continuó relajando un poco su tono de voz–, no está entre el bien y el mal, nunca lo estuvo. El equilibrio depende de que exista la suficiente cantidad de gente que luche por evitar el caos natural de nuestra indiferencia, que es exactamente nuestro papel aquí. ¡Maldita sea! –volvió a gritar incapaz de esconder su indignación.

–Eh, no hables por toda la humanidad –replicó Francis–. Los bárbaros son los armantinos, no nosotros.

–No estoy de acuerdo –intervino Alby, en parte para evitar que Ramón estallara–. Nuestra historia no es distinta que la de Armantia, y tal vez nosotros no seamos así en nuestra oxidada lata espacial porque ahora somos un grupo de dos millones de personas unidas por la supervivencia, no es comparable. Pero aún así, con esa supervivencia por bandera, hemos renunciado a muchas más libertades que los armantinos y nuestra población continúa dividida en los guetos que creamos en la Tierra, con familias desconfiando de las del camarote de al lado. Ya no existe ni el concepto de vecindad. Tampoco nos faltan, tan menguados como estamos, los ocasionales pero inextinguibles asesinatos.

Alby permaneció unos instantes dubitativo, y nadie habló a la espera de que continuara.

–Si esta Armantia no merece la pena, nosotros tampoco –sentenció–. Así de simple.

–¿Y qué piensas? –dijo Ramón. Francis también parecía interesado en su respuesta. Al fin y al cabo le seguían considerando el líder.

–Creo que merecemos la pena, así que lucharé porque los armantinos no sucumban a sí mismos. Los de la nave que sigan viajando por el mutliverso si quieren, yo ya no estoy preparado para eso. De todas formas, hay algo de sensato en las palabras de Caterina. Esta es una decisión

importante, pensadlo bien hasta mañana. Los que estén de acuerdo con ella —dijo mirando a Francis—, podrán tomar la lanzadera tras la comunicación de mañana.

Esto les sumió en una tarde de reflexión, que se hizo eterna. La mayoría no cambiaría de opinión, pero se dejaban minar por las inseguridades.

Al día siguiente, Caterina contactó a la hora convenida.

—¿Y bien?

Alby respiró hondo antes de asentir.

—La mayoría nos quedamos. Los que no, usarán la lanzadera más tarde.

—¡Maldita sea, Alby! ¿Es esa zorra de Sofía Tanaka la que te nubla el juicio?

—¿Pero por qué tienes que meter a... ?

—¡El consejo no va a aceptar vuestra rebeldía! ¡Nadie os estaba dando a elegir!

Alby se disponía a responder, pero Sofía le tiró del brazo para encarar la imagen de Caterina en su visor de muñeca.

—Escucha, maldita bruja, vuelve con los del consejo a quienes tanto lames el culo y tal vez algo más, y diles que si no quieren pacificar este lugar con nosotros, que se larguen de aquí y busquen otra Tierra...

Alby retiró su brazo bruscamente, aunque no pudo evitar que se escuchara de fondo un *¡Jodida psicópata!* por parte de Sofía. En el visor, Caterina podía calcinar con la mirada.

—Ya veo que tenía razón, es decepcionante ver cómo te controlan por la polla, Alby.

—Caterina, no vas a sacar nada de mí llevando esto a lo personal. Ya sabes lo que comunicar al consejo. No tengo ninguna necesidad de discutir contigo.

—Pues deberías —dijo ella.

— Explícate.

— Yo soy el consejo, Alby.

— ¿¡Qué!?

— Fui elegida hace días para llevar personalmente esta crisis. Y no os va a gustar tenerme de enemiga.

Por eso siempre contactaba ella... ahora sí que tenía un problema. Ni siquiera sabía qué decir.

— Sé que en el fondo no quieres —dijo ella sin pasar por alto su titubeo—. Esa no es tu gente, los tuyos están aquí, Alby. Os lo voy a ordenar por última vez. Volved, la misión ha terminado.

Alby se volvió hacia sus compañeros, buscando respuestas en sus miradas, pero nada había cambiado.

— No —replicó.

El rostro de la jefa del consejo se contrajo en una mueca de furia salvaje, y cortó la comunicación sin replicar. Ni falta que hacía.

— ¿Era así cuando salías con ella? —dijo Sofia.

— Estamos solos —se limitó a decir Alby a los demás—. Los que se quieran marchar son libres de hacerlo.

— Yo no me iré —anunció Francis—. Me quedaré con vosotros.

— ¿Nadie se va?

Los dubitativos negaron con la cabeza.

Algo es algo, pensó.

Se reunieron para discutir qué harían a continuación. Ramón planteó la idea de empezar contando la verdad a los armantinos, en lugar de seguir interviniendo en la sombra. La idea parecía algo brusca, pero tremendamente novedosa.

–Si los de arriba intentan repoblar Armantia, creo que es mejor que estén prevenidos. Eso también nos haría a nosotros menos vulnerables –insistió Ramón.

–Creo que al menos deberían saberlo los familiares armantinos que tengáis, para ver cómo reaccionan –sugirió Alby.

–Ya lo saben –dijo Ramón con una sonrisa de disculpa–. Por eso creo que funcionará.

–¿Lo hacemos? –preguntó Alby a los presentes.

A nadie se le ocurrió un argumento en contra.

Así pues, al día siguiente volvieron a redistribuirse por toda Armantia destapando el pastel colonial a los estupefactos armantinos. En al menos dos países los incrédulos fueron mayores que los crédulos, pero en general a los enviados les bastó enseñar su tecnología para convencerles de su historia. Arriba pretendían minar Armantia, y a sus habitantes, borrarlos del mapa.

El clima de peligro creció, y muchos armantinos (algunos religiosos hablaban de castigo divino), acordaron poner fin temporalmente a sus disputas para convencer a quienes estaban en órbita de que Armantia podía ser un lugar próspero después de todo, y que por tanto no habría necesidad de exterminar para repoblar. Los enviados acabaron con sus esperanzas cuando les dijeron que era demasiado tarde para hacer las paces.

Alby pudo contactar a través de su IA con algunos amigos de la nave para interesarse por la situación. Lamentablemente no sabían qué se traía el consejo entre manos, pero sí que la población de la nave estaba muy enfadada con los enviados. No parecía que fueran a ponerse de su parte.

La segunda semana tras la última comunicación con Caterina comenzó de forma trágica. El cadáver de Ramón fue encontrado con evidentes señales de ataque con arma... colonial. Esto consiguió que los restantes enviados volvieran a reunirse en un clima más tenso. Algunos acusaban a

los que inicialmente estaban dubitativos, como Francis, de estar a las órdenes de Caterina y haberle asesinado.

–¡Una cosa es que al principio estuviera en desacuerdo con Ramón y otra muy distinta es que le mate! –se defendió.

–No creo que haya sido ninguno de nosotros –dijo Alby–. Eso es lo que quieren, separarnos, sembrar la duda entre nosotros. La cuestión es cómo han llegado a Ramón.

Contactó con Caterina desde el visor, y para su sorpresa, esta aceptó la comunicación.

–Si no es para la rendición, no me interesa lo que tengas que decir.

–Habéis asesinado a Ramón, eso muy rastrero hasta para ti, Caterina.

–Ya os dije que no os gustaría tenerme de enemiga, y no me habéis dejado más remedio –reconoció sin pudor–. Si no queréis seguir a Ramón, usad la puñetera lanzadera. Si regresáis prometo amnistía, incluso con vuestros familiares armantinos. Pero ateneos a las consecuencias de permanecer en Armantia.

–¿Sabe la población que matas a enviados?

Caterina sonrió con sorna.

–Cómo no, preocupado por lo que piensa la gente... ¿por qué siempre crees que van a estar en contra de esto? Lo que yo hago es la extensión de lo que ellos quieren, Alby.

–Permíteme que lo dude.

–Duda lo que quieras, vosotros sois el puñado de colonos aprovechados que impiden a una población cansada de huir, establecerse al fin. Vosotros sois los que creáis familias al aire libre en lugar de encerrados en una enorme lata de sardinas cuyo viciado aire se ha reciclado innumerables veces y provoca jaquecas. Vosotros sois los traidores que cambiáis a vuestra civilización en éxodo por una panda de analfabetos corruptos, malvados y autodestructores. Así os ve la gente, Alby. Así piensa tu *población*.

—Por que así nos ha mostrado el consejo.

—Exageras nuestra intervención. Y aguardo una respuesta.

Alby consultó a los demás. Esta vez los rostros tenían más de preocupación que de decisión, pero nadie parecía dispuesto a irse. Pudo leer en muchos ojos, sin embargo, que sin lazos familiares probablemente hubieran abandonado.

—¿Y bien? —insistió Caterina.

Mantén su buena disposición, pero la insistencia y arrogancia de Caterina colmaron la enorme paciencia de Alby.

—¿Y bien? —repitió él—. Pues que te vas a meter la amnistía por donde te quepa. Y sabotaremos cualquier intento de repoblación. Los armantinos ya están advertidos.

—Qué miedo —replicó poco impresionada—. ¿Es a Sofía a quien escucho tras tus palabras? Lástima, vosotros lo habéis querido.

Tras las últimas palabras de Caterina se produjo un silencio incómodo. Uno de los enviados, aún pensativo, con la mirada puesta más allá de la pared, dijo algo que sorprendió a los demás.

—Nos van a matar a todos.

Un comentario profético, pues fue el siguiente en morir. La alarma se extendió entre los enviados, así como la psicosis por saber quién sería el siguiente. Optaron por rodearse de un selecto grupo de armantinos de confianza para regresar a la clandestinidad, pues la vida pública se hizo muy peligrosa más allá de que hubiera coloniales infiltrados; corrían rumores de que estos untaban a armantinos influyentes para su busca y captura. Alby y Sofía se refugiaron en una casucha en las montañas, lejos de las intrigantes y peligrosas urbes. Dejaron de usar sus visores de muñeca para comunicarse por temor a ser interceptados, lo que les aisló aún más.

Una mañana en la que Alby permaneció en cama debido a una fuerte gripe, Sofía acudió a interceptar a su contacto en la ciudad para estar al día sobre el estado de la situación. Tras varias horas de convalecencia,

Alby sintió vibrar su visor. Una comunicación entrante... de Caterina. ¿Debía aceptar?

–Hola, Alby.

No se comunicaban desde la muerte de Ramón, un año atrás. ¿Por qué accedió a hablar con ella? Tal vez planteara una tregua, un cambio de planes. La situación de los pocos enviados que quedaban con vida era desesperada.

–No tienes buena cara, ¿estás enfermo?

No había respondido, pero no sabía si debía hacerlo. Se sentía febril y con dolor de cabeza, si ella quería decirle algo que fuera al grano.

–He estado pensando... ¿Desde cuándo tienes esas ínfulas de *William Wallace*?

–No tengo ningunas...

–Venga ya, Alby. Cuando te propuse la recolonización hace años, no intentaste detenerme, sino mirar hacia otro lado. ¿Y ahora vas de salvador de Armantia?

–Son personas como tú y yo, Caterina.

–No me vengas con esas, hablamos del destino de la especie humana. Hay que pensar en el futuro, a largo plazo Armantia está muerta con o sin nosotros, y lo sabes.

–Caterina, Armantia es resultado de una recolonización como la que tú quieres llevar a cabo. Tu Armantia fracasaría igual que para ti lo ha hecho esta, y propiciarás que otros cometan el mismo error en el futuro.

–Nosotros tenemos mejores medios, no volverá a ocurrir.

–Arrogante.

–Calzonazos.

–¿Para qué has contactado, Caterina?

—He arreglado la posibilidad de que vuelvas. Tengo una buena historia para protegerte, el consejo me dejará hacer. Sólo tú, sin Tanaka ni los demás enviados que queden con vida.

No puede ser.

—Caterina... ¿por qué lo haces?

—¡Maldito idiota! ¡Porque te sigo queriendo!

No, no puede ser.

—¿Pero qué me estás diciendo? —exclamó él con tos estrepitosa— ¡Rompimos porque eres una celosa inestable! Necesitabas ayuda entonces y la necesitas ahora. Lo nuestro está muerto y enterrado, y jamás volvería con una psicópata. ¡Sólo tú eres capaz de pedirme que vuelva tras las matanzas que has ordenado!

Ella le miró unos instantes en silencio, sin abrir del todo los ojos.

—Eres tú quien ha enterrado lo nuestro en este mismo instante, junto, por cierto, a lo tuyo con Sofía Tanaka. He hecho lo que he podido, pero ya te has posicionado, Alby. No te protegeré más. He localizado la señal de esta comunicación y es cuestión de tiempo que vayan a por ti. Adiós, imbécil —dijo cortando la comunicación con un atisbo de ira.

Alby se abrigó con lo que pudo y salió de la casa para dirigirse a la urbe. La fiebre no había remitido, pero temía lo peor de la mención de Sofía en la conversación.

El camino fue duro, se mareaba con facilidad y la nariz le goteaba sin cesar. Era extraña la mezcla de fiebre y apremio. Tambaleándose, se topó con una ciudad muerta.

Los cadáveres yacían por todas partes, sin signos aparentes de violencia. Se dirigió corriendo al lugar en el que Sofía contactaría con su enlace, y la encontró tumbada boca arriba con los ojos desorbitados.

Estaba muerta. Todos muertos.

Se sentó a su lado para recuperar el resuello, para llorarla. Tras un par de horas, llegaron armantinos asustados y le contaron lo que pasó; al

parecer una niebla amarillenta empezó a extenderse desde el centro de la ciudad. Los transeúntes se llevaban las manos al cuello y respiraban con dificultad, hasta morir asfixiados. Los que tuvieron tiempo de refugiarse en lugares sin ventilación, sobrevivieron, y las mujeres buscaban a sus maridos e hijos entre los cadáveres.

Alby miró al cielo instintivamente, consumido por la furia. Allí arriba les orbitaba Caterina. Sentada cómodamente frente a su consola, decidiendo el destino de millones de personas. Sin culpa, sin riesgos. La grandísima hija de puta.

Tras enterrar a Sofía permaneció en la ciudad a la expectativa. A juzgar por las noticias de las escasas personas que llegaban, el gaseamiento era generalizado en toda Armantia. Estaban menguando a la población hasta tener un pequeño y manejable grupo de supervivientes.

La repoblación estaba en marcha.

Buscó cobijo en casa de la persona más relacionada con los enviados que conocía. No había noticias de ninguno, tal vez fuera el último que quedaba, por lo que durante un tiempo se limitó a sobrevivir. A las pocas semanas descendió el ejército colonial para gobernar Armantia y obligó a organizar a los supervivientes, y a apilar y quemar los cadáveres que fenecieron tras la niebla amarilla, como se la conocía. Era altamente probable que se mostrara a los soldados el rostro de todos los enviados, por lo que Alby prefirió quedarse en casa de su anfitrión durante el sitio, el cual le contaba todo lo que ocurría en el exterior

—No podrás quedarte demasiado —le advirtió el armantino—, ahora ellos nos dan la comida y el agua, y tenemos que presentarnos a un censo todas las mañanas. A muchos los han trasladado ya a centros de internamiento que se están convirtiendo en nuestros nuevos hogares, en los que convivimos con gentes desconocidas mientras unas máquinas enormes y horribles derrumban nuestras casas desde los cimientos.

Ya estaban reuniendo a los nativos supervivientes junto a colonos de la nave, el núcleo de la nueva Armantia, mientras toda la maquinaria colonizadora reconstruía el lugar. Hasta entonces Alby había llevado los

establecimientos más complejos, pero esta vez seguramente se estaría encargando del proceso Caterina personalmente. Mintió cuando dijo que el proceso duraría una década, lo estaba ejecutando a toda prisa.

No volvió a ver a su compañero armantino, probablemente llevado a los centros de internamiento. Alby, deprimido, desquiciado y carente de cualquier motivación para seguir viviendo, se limitó a ver pasar los días desde la cama, acabando con los escasos alimentos que quedaban en aquella casa. Sofía, muerta. Los enviados, muertos. Los armantinos, casi exterminados.

Una mañana, los bruscos temblores de la casa le obligaron a salir corriendo, por miedo a que se derrumbara con él dentro. Afuera pudo observar a una de las pesadas bestias mecánicas arremetiendo contra la edificación, y optó por salir de allí para que no le descubrieran. Para su sorpresa, sólo las máquinas de obra recorrían las calles, por lo que decidió dar un paseo por la irreconocible ciudad. ¿Cuánto tiempo pasó en aquella casa? ¿Un mes? ¿Dos? La ciudad, antaño similar a la Londres de la revolución industrial, empezaba a parecerse al *atrezzo* de alguna monstruosa dramatización histórica. Casas y castillos medievales, con extrañas mezclas de otras culturas y épocas. Parecía una inmensa broma, la triste demostración de un programa colonial ejecutado a toda prisa y sin asesoramiento. ¿Aquello era lo que les sugería la edad media? Esperaba que al menos crearan una población más coherente.

Ese era otro asunto, la gente. ¿Dónde estaba? Por las indicaciones que recordaba del dueño de la casa, Alby partió hacia donde creía que encontraría uno de esos centros de internamiento.

A mitad de camino, se topó con una gigante fila de gente en dirección al núcleo de la ciudad. Vestían ropas medievales, indistintamente de la alta o baja edad media, e iban cargados de sacos y bestias. Para su sorpresa, entre ellos distinguió a Pablo, el hermano de un buen amigo suyo de la nave colonial. Se incorporó a la fila de gente, a su lado, y le preguntó por la situación en la nave.

—No sé de qué me habláis, señor.

La forma de hablar le puso en guardia.

—¿No eres Pablo?

—Mi nombre es Scott, señor.

—¿Y a dónde vais todos, Scott?

—De regreso a nuestras casas hervinesas, naturalmente. La peste ya se ha ido, y hay mucho por hacer.

—¿Herviqué?

—¿Es que os habéis dado un golpe en la cabeza? ¡Estáis en el reino de Hervine!

Alby no pudo sino apartarse del grupo de caminantes y contemplar su andadura con estupefacción. ¡Les habían borrado la memoria! Y no sólo a los armantinos, sino también a los civiles voluntarios que eligieron establecerse allí abajo. Dudaba mucho que el borrado formara parte del trato, aquello era un escándalo y en la nave probablemente nadie lo sabría.

Definitivamente, Caterina se había salido con la suya. Su medioevo paródico, de similar rigor al de un carnaval, estaba cerca de ver concluida su construcción al menos en aquella zona, y los enviados debían estar todos muertos, menos él. Contemplando a aquellas gentes con nuevas identidades partiendo hacia la capital de un país, Hervine, que no existía el día anterior, como si siempre hubieran formado parte de él, decidió continuar su camino hacia el centro de internamiento. Quería contactar con alguien que al menos fuera de la nave... y recordara haber estado en ella.

No se vio defraudado. A las afueras de la ciudad encontró un descampado lleno de enormes tiendas de campaña, de las cuales aún salía gente en dirección al interior de la ciudad.

Así que ahí les lavan el cerebro...

Había una fila de personas aguardando, no obstante, para entrar en una de las tiendas. Era su oportunidad.

Tal y como pensaba, nadie entre los guardias le reconoció. Había perdido peso, estaba demacrado y la barba le cubría casi toda la cara. Claro que, en lo demás tampoco era el mismo Alby de siempre. Cuando llegó su turno, atravesó un pasillo de biombos hasta dar con una sala en la que sólo encontró a un hombre de bata verde.

—Síntese —dijo el extraño sin apartar la mirada de la jeringuilla a la que daba golpecitos con el dedo.

—¿Así es como les insertan personalidades? —comentó tomando asiento.

El hombre le miró sin pestañear, intentando identificarle. Alby ya le conocía, Gizmo era el neurólogo más famoso de la nave. No le imaginaba colaborando con Caterina.

—No temas —dijo Gizmo, reconociéndole al fin—. No llamaré a seguridad.

—¿Qué haces, Gizmo?

—Detecto reproche en esas palabras, pero ya sabes lo que hay, Alby. Este es mi destino por cuatro meses, tengo sueldo extra y dos hijos aguardándome a la vuelta. Así que, respondiendo a tu pregunta, mi trabajo —replicó sentándose él también, y dejando la inyección en una mesa.

—¿Es verdad eso de que toda la población estuvo de acuerdo en esto, Gizmo?

—Más o menos. No creas que fue unánime, pero en nuestra situación, tras tantos años huyendo y con una Tierra habitable aquí abajo, las opiniones disidentes son contempladas casi como terrorismo. Hubo altercados con grupos de defensa de los derechos humanos, y murieron once personas.

—Ya sabrás que gasearon la ciudad —dijo Alby suspirando un cansancio de semanas—, imagino que también las demás. Murió Sofía, probablemente como los demás enviados. Fue horrible.

Gizmo negó con la cabeza en silencio, el cual se extendió por varios minutos, hasta que un guardia asomó tras un biombo.

—¿Va todo bien?

—Sí —contestó Gizmo—. Tengo que hacer unas pruebas adicionales con este, diez minutos como máximo.

—De acuerdo —dijo el guardia saliendo de la sala.

Regresó el incómodo silencio. Gizmo zapateaba rítmicamente mirando el suelo, como si recordara alguna canción.

—Se están montando —dijo al fin el neurólogo— varias instalaciones en distintos enclaves de Armantia, llamadas *Diploma*, en las que se almacenarán inyecciones de memoria como estas con un montón de información sobre nuestra humanidad, las corales y todo eso. Y se me ocurre que ya que estás aquí, podría extraer una muestra de tu memoria por *interés científico*. Como nunca se sabe, una partida de copias de tus recuerdos podría ir a parar a una de esas instalaciones por *error administrativo*. Ocurriría que quienes se las inyectaran en el futuro, se enterarían de todo lo que pasó aquí hasta el punto de, posiblemente, evitar otro ciclo.

El cansancio y pesimismo de Alby le retrasaron a la hora de entender lo que le decía.

—¿Harías eso por mí? —dijo al fin.

Gizmo se encogió de hombros, restándole importancia.

—Nadie lo descubrirá hasta dentro de mucho, mucho tiempo. Dejaremos a unos vigilantes guardando perpetuamente esos lugares, para que cuando la situación sea propicia, inoculen esa sabiduría a la población. La cuestión es, Alby... ¿y ahora qué?

—*Ahora qué...* —repitió él clavado en el asiento. Involuntariamente miró a la jeringuilla durante unos instantes.

—¿Una inyección? —se preguntó el neurólogo con incredulidad.

—¿Por qué no? Mírame, así no voy a durar mucho. Ya no puedo hacer nada, y hay muertes que me persiguen. O le robo el arma a uno de los guardias de ahí fuera y me pego un tiro... o ya que ha pasado todo esto, le doy una oportunidad a esta nueva Armantia. ¿Lo olvidaría todo?

—Todo lo que te identifica o sea moderno.

—¿Y hablaré esa espantosa mezcla de español antiguo y contemporáneo que he oído ahí fuera?

Por primera vez en toda la conversación, Gizmo sonrió.

—Eh, yo no he diseñado esta nueva Armantia, pero te comprendo. He oído que los del consejo, con Caterina a la cabeza, están rediseñando Armantia a la carrera para evitar conspiraciones de los enviados. Aún temen que os pudiérais estar organizando. Claro que a costa de reducir el proceso de diez años a unos meses.

Alby continuó con los ojos puestos en la jeringa.

—¿Y cómo va eso? —dijo señalándola— ¿Cada inyección es una personalidad diferente?

—Profesiones más bien. Muchos de estos primeros armantinos serán emprendedores.

Una sonrisa infantil estiró la barba de Alby.

—¿Tienes por ahí a algún alquimista?

—Claro, unos cuantos —replicó Gizmo contagiándose de su sonrisa—, reconozco esa risita.

—De pequeño jugaba mucho a mezclar cualquier cosa.

Gizmo le miró a los ojos casi medio minuto, valorando la situación.

—Eso está hecho.

Tras tomarle las muestras correspondientes, el neurólogo examinó su archivo hasta dar con el contenido adecuado, y empezó a preparar la jeringuilla.

—¿Duele?

—No.

—¿Tarda mucho en hacer efecto?

—Es gradual, cuando pase una hora serás un alquimista hervinés.

—¿Cómo me llamaré? No, espera, no quiero saberlo.

—¿Listo? —dijo Gizmo con la inyección a escasos centímetros de la nuca.

—Lo que ha pasado aquí tiene que saberse, Gizmo. Aunque sea para no repetir nuestros errores.

—Haré lo posible para que tu memoria se difunda. Crearé cuantas copias pueda, compañero.

—Adelante.

Phileas Smith, de aspecto desarrapado pero mentalmente lúcido, acudía con sus permanencias de vuelta a su ciudad natal, la capital del reino de Hervine. Tal y como le contaron, al fin la peste había abandonado sus calles dando así por finalizado el destierro de los hervineses que huyeron a tiempo. Su mente ya bullía de ideas, ansiaba reconstruir su taller y ponerse manos a la obra.

¿Qué nuevas y maravillosas aleaciones descubriría? Hervine sería un referente en tales cuestiones gracias a él, el alquimista.

Primer interludio

Olaf miraba a su madre sin salir de su asombro, masticando el bizcocho del postre.

—¡Qué historia! Ahora entiendo lo del ciclo. Pero... ¿qué fue de la memoria de Alby, madre? ¿Se supo más de él?

—Cuando tu padre fue a Diploma tras mis pasos, encontró a Boris en mi lugar. Este descubrió el lugar en el que se almacenaban las inyecciones de memoria de Alby, e inyectó a Olaf por sorpresa.

—¡Entonces fue mi padre el destinatario de la memoria de Alby!

Lo tremendista del tono obligó a Marla a sonreír.

—Sí, sí, fue él. Aquello prendió su determinación, aunque también, me temo, acabó con su vida. Las inyecciones eran demasiado caducas, ni siquiera los recuerdos fueron nítidos.

—Si el maldito Boris no le hubiera inyectado...

—Eso me gusta pensar —dijo ella—, pero tu padre no opinaba igual.

—¿Ah no? ¿Es que quería morir?

—No, claro que no. Entiende, hijo, que un apuesto mando militar turinense no es el mejor ejemplo de persona capaz de lidiar con bucles temporales o multiversos. Estuvo sometido a mucha presión debido a los acontecimientos. Y aunque yo intenté no ponérselo difícil, la naturaleza de nuestra relación tampoco era sencilla. La lucidez que adquirió con la memoria de Alby le hizo sentirse verdaderamente libre por primera vez en su vida. Al fin sabía lo suficiente para actuar. Creo que se hubiera inyectado él mismo aún sabiendo de antemano que podía morir, con tal de que los armantinos no se vieran arrastrados por una vorágine de acontecimientos que no entendían.

–Pues yo preferiría que estuviera aquí.

Marla le acarició la mejilla, encantada.

–Pues claro, y yo.

–¡Otra, otra historia!

–Te has animado ¿Eh? Muy bien, veamos... ¿Sabes quién fue Ellen Lynn?

–Claro, la gobernadora hervinesa que te dio el gobierno a ti por un tiempo.

–Cierto, pero... ¿y si te digo que más personas como yo han hollado Armantia?

–¿Como tú?

–Copias de mí, de otros universos.

Olaf permaneció boquiabierto antes de formular la pregunta que le abrumaba.

–¿Cuántas madres tengo?

–¡Eh! Sólo yo, ¿de acuerdo? De todas formas, ahora mismo en Armantia únicamente hay una Marla Enea. Pero no siempre fue así, llegamos a coincidir tres.

–¿Y qué tiene que ver Ellen Lynn con todo esto?

Marla le miró fijamente, provocando a su hijo con una sonrisa de oreja a oreja. Casi podía sentir como suya la fascinación de Olaf.

–¿Quieres decir que Lynn fue... ?

–Deja que te explique –dijo Marla.

“La primera, querida”

Cuando Marla apareció, la lluvia era débil. El trauma del secuestro de Boris empeoró su brusca aparición en aquel mundo, lo que casi la sume en la inconsciencia. Su corazón aún latía con fuerza recordando cómo un grupo de Boris irrumpió en Alix para alarma de todos. Ella estaba hablando con un monitor de época sobre una misión cuando sintió un agudo pinchazo en la espalda. Debía tratarse de un dardo neuroparalizante, porque despertó en el interior de una de las cápsulas de la sala de tránsito, y el choque de adrenalina al ver a varios Boris eliminando el sistema de seguridad que limitaba los viajes a la red de Alix disipó rápidamente el efecto del dardo. Pero no pudo sino golpear inútilmente el cristal que la separaba del exterior.

Y ahora se encontraba en un lugar desconocido, con casi toda seguridad del caos. Vio a Boris manipular tan rápidamente la interfaz multiversal, que temía que su destino fuera un universo al azar. Las coordenadas espaciales no se pueden cambiar con tanta facilidad, por lo que aparecería siempre en el lugar que ocupa la Tierra en el universo durante la época de Alix. Sin embargo, la variedad de universos también afecta al propio planeta Tierra. Hubiera podido aparecer en un universo en el que la Tierra tuviera una atmósfera irrespirable, o en el que sencillamente hubiera sido destruida. Durante milésimas de segundo, cuando gritaba en la cápsula mientras Boris manipulaba la interfaz en la sala de control, llegó a temer que se materializara en mitad del gélido vacío espacial.

Pero el entorno se presentaba tan familiar como podía serlo un bosque húmedo, repleto de traicioneras piedras musgosas. Nada especialmente alienígena. Buscó refugio bajo la copa de un árbol, mientras, acurrucada y jadeante, aclaraba sus ideas. Aún no lo podía creer, ocurrió relativamente rápido y estaba condenada a pasar el resto de su vida en un mundo... ¿extraño? ¿Fue el asalto de los Boris por ella? ¿Qué pretendían?

Tal vez seguía en su mundo. Tal vez sólo la trasladó en el espacio, juzgando el paisaje diría que se encontraba en algún bosque noreuropeo. Nadie estaba allí esperándola, ni vio presencia humana alguna en la hora que pasó sentada junto a aquel árbol. Cansada de estar allí dándole vueltas a todo, Marla se levantó y, estirando las piernas, decidió caminar. Esperaba encontrar algo de civilización tarde o temprano, aún no había motivo para perder la calma.

Anduvo y anduvo, y un hormigueo desazonante le surgía del estómago. Tan sólo bosque. El cielo al menos se despejaba, pero sólo para dejar entrever que el atardecer estaba cerca de su fin, y tendría poco tiempo más de luz. La incipiente sed no ayudaba.

Algo la puso en guardia; el cielo se volvía progresivamente azul. Si era un amanecer, estaba durando demasiado. Y sin rastro humano.

Maldita sea.

En un momento de frustración, echó a correr. El suelo resbaladizo jugaba en su contra, pero no estaba dispuesta a que oscureciera sin encontrar al menos un miserable cartel, una lata de refresco tirada... algo.

Dolor.

Su pie derecho se había doblado en un ángulo imposible al deslizarse en una piedra, y dado que se encontraba descendiendo por una pequeña ladera, resbaló por el suelo hasta que la cuesta se hizo más empinada. Dio tumbos por tiempo indefinido hasta dar con un árbol que la detuvo a la altura del abdomen. Apenas podía pensar por la conmoción, sólo se maldecía por su torpeza.

Tras unos quince minutos recuperando el resuello en el suelo, pues el cansancio de la carrera se cernió sobre ella desde la caída, abrió al fin los ojos. Comprobó que el árbol la previno de un fatal abismo unos metros más allá. Sin embargo, la verdadera sorpresa llegó cuando alzó un poco más la mirada.

Un enorme valle se extendía allá abajo hasta casi el horizonte, bañado por la potente luz azul que irradiaba la mitad superior de un gigante astro

en cuyo centro ya se adivinaba un cráter de grandes dimensiones. Un cíclope que se asomaba para vigilar el valle. El bosque se detenía al comienzo de un enorme cúmulo de edificaciones bastante rústicas, entre las que encontró... ¡castillos! Castillos medievales. No entendía nada. ¿Qué clase de fantasía estaba viviendo?

Se recogió las piernas, sentada con la espalda pegada al árbol, y miró a su alrededor como si fuera la primera vez que veía el bosque. Aquel no era su mundo, y no sabía a qué atenerse. Podría ser atacada en cualquier momento por un animal extraño. Pero aquellas casas, aquellos castillos, las calles... no eran extraños para ella.

¿Por qué allí? ¿Era su destino deliberado? ¿Simplemente Boris se deshizo de ella en cualquier lugar del caos y cayó en aquel mundo? Al menos ya encontró rastro humano, aunque no fuera el que esperaba. Sintió la tentación de adentrarse en aquel lugar, pero su hinchado y dolorido tobillo le sugería esperar, al menos hasta el amanecer. Sin embargo, un frío húmedo comenzaba a penetrar su traje y quedaba toda la noche por delante, por lo que prefirió aprovechar que tenía el pie caliente para avanzar cuanto pudiera. Más tarde el dolor sería insoportable.

Cojeando, rodeó el abismo por el que casi cae buscando la forma más rápida de aproximarse al pueblo. En algún momento sintió la necesidad de llorar, pero la desesperación inicial había sido sustituida por la curiosidad. La imagen del valle, con los tejados de las casas resplandecientes de puro azul por aquella enorme Luna que sólo asomaba la mitad, no salía de su mente.

Y otra luz la detuvo. El resplandor anaranjado se desplazaba a lo largo de la foresta a unos cincuenta metros de ella. Debía tratarse de alguien con una antorcha. ¡Gente! Con cuanto sigilo pudo debido al lastimoso estado de su pie derecho, se acercó por un lateral, hasta vislumbrar tras la vegetación a dos hombres que cargaban con sendos sacos sobre la espalda.

— ¡Te pillé!

Eso fue lo último que escuchó antes de perder la conciencia. Cuando despertó le dolía la parte trasera de la cabeza.

—Pensaba que te pasarías el día durmiendo.

Una voz masculina a su izquierda. De ese tipo de trances solía despertar en un hospital, pero para su decepción estaba rodeada de barrotes. Y su compañero, en la celda adyacente, también. Más allá del metal, unas escaleras ascendían hasta no sabía dónde.

—¿Dónde estoy? —dijo ella palpándose la cabeza. Tenía en el pelo un pegote de sangre seca donde le dolía.

—En la cárcel de Halfwood —dijo él. Le adjudicaba alrededor de veinticinco años, aunque era difícil de asegurar por lo sucio que estaba. Sus prendas eran sencillas, casi medievales, y una fea cicatriz le cruzaba el cuero cabelludo.

—¿Y dónde está eso?

Poco a poco, las náuseas la dejaron pensar. Lo aceptó muy naturalmente, pero lo cierto es que aquel chico hablaba su mismo idioma. Un dato interesante.

En lugar de responder, la cara de su interlocutor se iluminó como si viera oro. Instintivamente, Marla miró tras de sí, pero sólo encontró la pared.

Era a ella a quien miraba.

—¿Ocurre algo?

—Tus dientes —replicó el chico—. ¡Son blancos como la leche!

Evidentemente no tendrían dentríficos por allí.

—¿Pero dónde estamos?

—Ya te lo he dicho. Me llamo Drake, ¿y tú?

—Eso no importa. ¿Y dónde está esta cárcel, Drake?

—En Halfwood —replicó él como si fuera lo más obvio del mundo.

Maldito idiota.

—¿Y dónde está Halfwood?

– ¡En Hervine! – exclamó con cabeza alta, como si aprobara un examen de geografía.

– Ya. ¿Y dónde está Hervine, Drake?

– En Armantia. Como ves sé muchas cosas – añadió sonriendo. En efecto, le faltaban no pocos dientes.

– ¿Y Armantia? – dijo ella exasperada.

El rostro de Drake palideció.

– Eh... pues... Armantia... caramba... ¿en el mar?

Marla se incorporó con dificultad, notando el regreso de la circulación a sus extremidades, así como el dolor de su maltrecho tobillo.

– Gracias, Drake – dijo resoplando de decepción.

– También sé domar y castrar caballos, ordeñar, y reducir a tres bandidos armados.

¿Y qué diablos me importa?

– Estupendo.

– Y saldré en sólo dos semanas.

Ella le miró con el ceño fruncido, antes de darse cuenta. Era justo lo que le faltaba. Que le tirara los tejos un rufián de un mundo medievo-fantástico.

– ¿Sabes por qué estoy aquí, Drake?

– Oí decir al guardia que acechabas en un camino, como los ladrones. No creo que seas una ladrona, aunque con ese vestido tan raro...

Su mono gris ciertamente destacaba en aquel lugar. Así que fue por eso. Vigilaba a aquellos dos hombres cuando alguien golpeó su cabeza creyendo que era una asalta-caminos.

Durante varias horas se acostumbró a escuchar a Drake, su única fuente de información. A pesar de su correcta labia era un poco analfabeto, y carne de cárcel acostumbrado a pequeños hurtos y rencillas taberneras,

pero de cada fechoría que rememoraba ella aprendía más y más sobre Armantia, y Drake continuaba animado al ver que lo que decía era de su interés. Probablemente no estaba acostumbrado a eso. Cuanto escuchaba sobre aquel lugar la fascinaba, algunos aspectos comunes eran medievales, pero otros sonaban mucho más contemporáneos.

–¿No me dirás tu nombre? –insistió él.

¿Y qué riesgo corría? El chico se lo había ganado.

–Me llamo Marla. Marla Enea Benavente.

–Marla, Marla... me suena dulicense.

–Ciertamente no soy de Hervine.

–Sin duda, lady Marla.

Por consideración intentó no reírse delante de él. ¿Lady Marla? Aquello era demasiado.

Varias pisadas les alertaron, y acto seguido una sombra se proyectó por las escaleras que descendían a la celda. Y apareció quien tardaba en hacerlo, el carcelero. Un tipo mayor, enjuto, con primitivas lentes y andar tranquilo.

–¿Cual es vuestro nombre, extraña señora? –dijo mirándola con las lentes en la punta de la nariz. El sonido de las llaves que portaba era escandaloso.

–Se llama Marla –añadió Drake desafiante.

–Eso es lo único que conseguirás de una dama en tu vida, Drake. Su nombre, y tal vez algún bofetón. Ladronzuelo del tres al cuarto...

–Tiene razón –dijo ella–, me llamo Marla. Marla Enea Benavente.

–Vaya, en verdad el conde es sorprendente. Sabía que llegaríais.

–¿Qué conde?

–No es asunto vuestro.

¡Alguien esperaba por ella!

—¿Cuándo saldré de aquí?

—Cuando seáis juzgada. Tal vez el conde medie por vos, pero no es seguro.

Marla pensó con rapidez. No podía esperar tanto.

—¿Veis este anillo? —dijo al carcelero adoptando su forma de hablar. Se refería a su IA, naturalmente— Es de oro puro. Si me liberáis, es vuestro.

Se lo tendió a través de los barrotes, y su destinatario lo examinó con atención.

—Nunca había visto algo tan pulido, es sorprendente. Mm... hay trato.

Tras meterse el anillo en uno de sus bolsillos, procedió a abrir la celda de Marla. En cuanto se abrió la puerta, el alguacil recibió un puñetazo en la mejilla que le dejó en el suelo.

Drake no salía de su asombro.

—¡Pero... ! ¿Qué hacéis? ¡Os pueden colgar por eso!

Ella ya estaba extrayendo su IA del bolsillo del inconsciente carcelero.

—Lo siento, esto no está en venta.

—Lady Marla...

Drake la miró con cara de cordero degollado, gesto que puso en blanco los ojos de Marla.

—¿Cómo sé que no me delatarás? —dijo ella.

—Yo también estaría escapando, señora. Además... os puedo llevar a donde el conde reside.

—¿En serio?

Drake asintió con la cabeza, por lo que ella se afanó en probar varias llaves en la puerta de su celda hasta dar con la adecuada.

—Vamos.

—Esperad —dijo Drake, para darle uno de los trajes con capucha colgados en la pared—, sin esto llamaréis demasiado la atención.

Salieron de inmediato al exterior, y ella apenas se limitó a seguir a Drake. Las calles estaban llenas de gentes con ropas medievales, pero la arquitectura mezclaba ese estilo con algunos toques orientales y cantidades ingentes de mármol. Algunas edificaciones parecían homenajes a populares templos griegos.

—No sois muy discreta.

—Es que estoy herida.

La hinchazón de su pie crecía como el dolor, por lo que su cojera se pronunciaba.

Tras alrededor de diez interminables minutos, se aproximaron a un pequeño castillo cercado por una muralla. Se accedía a través de un arco custodiado por dos guardias armados con picas.

—Es ahí.

—Gracias, Drake.

Este permaneció tras ella, a la espera de que entrara. Marla decidió hablar con el guardia de la izquierda.

—Vengo a ver al conde.

A juzgar por la mirada con la que fue recorrida de arriba a abajo, no convenció al guardia.

—¿Y quién lo dice?

—Decidle al conde que Marla Enea quiere hablar con él.

—Perdeos, pordiosera.

Aquello la irritó de veras. En otras circunstancias no le costaría reducir a aquellos dos tipos, pero su dolorido pie dificultaba las cosas, así que se aproximó a Drake.

—Necesito un favor.

—Ya veo que no os dejan pasar. Pero si esperáis, el propio conde saldrá.

—No puedo esperar, me es vital hablar con él, es la única persona que me conoce en este lugar.

—¿Él os conoce a vos pero no al revés?

—Algo así.

Aquello dejó pensativo a Drake, y no era lo que ella quería que tuviera en mente en aquellos momentos.

—Yo me puedo encargar de uno —le dijo—, tú podrías reducir al otro.

Drake la agarró del brazo, obligándola a alejarse unos metros de allí.

—¿Dónde habéis dejado la cordura? Sí, robo algunas cosas, pero no soy tan osado como para luchar contra un guardia armado.

—¿Acaso no podéis? —provocó ella.

—¡Podría tumbarlos antes de que se dieran cuenta! —dijo él enfadado— Pero luego, en el mejor de los casos, pasaría mi vida pudriéndome en una celda. Tal vez ya lo haga por haber escapado con vos.

—Nada que perder, entonces. Pero si me ayudas a llegar al conde, tal vez le convenza para interceder por ti —no era una mentira flagrante, pero desde luego no tenía ni idea de si tal cosa sería posible.

Tras pensarlo unos instantes, Drake señaló a los guardias.

—Tú el izquierdo, yo el derecho.

Se aproximaron nuevamente, y ya a media distancia Marla les habló para desconcentrarles.

—Por favor, necesitamos una audiencia con el conde...

El golpe de Drake dejó a su objetivo fuera de combate. Cuando su compañero se dispuso a ayudarlo, Marla le atizó desde atrás.

—Ahora corred adentro, antes de alguien pase por aquí, y tomad esto —dijo Drake tendiéndole un cuchillo mientras examinaba las pertenencias de los guardias para robárselas.

Ella entró tan rápido como su cojera le permitió, y fue abriendo puertas y recorriendo pasillos sin saber muy bien dónde encontrar al misterioso conde. Tras una entrada encontró a un hombre que cargaba sendos jarrones.

—¿Podéis decirme dónde puedo encontrar al conde? —dijo ella deteniéndose y hablando educadamente.

—¿Quién diablos sois vos? ¡Guar...!

¡Maldita sea!

Antes de que terminara el grito se situó tras su espalda con el cuchillo en el cuello del desconocido, obligándole a dejar caer las jarras al suelo.

—Me llevaréis ante el conde, ahora mismo. Sabéis lo que os espera al próximo grito.

—Pero... pero... ahora debe estar terminando su almuerzo... nadie le molesta cuando...

Marla situó el cuchillo en el costado, presionándolo lo justo para que el hombre diera un respingo. Seguramente la capucha le daba un aire más siniestro.

—Vamos.

Afortunadamente no se toparon con nadie más hasta llegar a una puerta sensiblemente más grande que las demás.

—Está ahí dentro, es el salón.

—Abridla.

El criado abrió dubitativo la puerta que daba al salón, y Marla entró cojeando en busca del conde. Tal y como esperaba, lo encontró sentado en la mesa, apenas terminando de comer. El rostro le llamó la atención de inmediato.

¡Pero si es Boris Ourumov!

—¡Tú!

Se dispuso a propinarle un buen puñetazo, pero el tipo que la trajo, en un arrebato de valentía, la agarró por el brazo.

—Está bien, está bien —dijo Boris al hombre incorporándose—, puedes irte.

—¿Por qué me has traído aquí, maldito cabrón? ¡Me has secuestrado! Ya estás tardando en devolverme a Alix.

—¿Devolverte a Alix? Ni que ella fuera tu madre —replicó tomando asiento alrededor de la enorme mesa de madera que cubría la gran sala—. Pero es cierto que te debo una explicación. Anda, siéntate, además debes tener hambre.

—¡No quiero una explicación, quiero volver!

—Si dejas que te explique...

—¡Quiero regresar ahora mismo!

Boris se encogió de hombros.

—Pues lo siento, pero no podemos volver ninguno de los dos. Ve haciéndote a la idea.

Marla se acercó a él, apoyando ambas manos sobre la mesa con mirada amenazadora.

—Tú me trajiste, tú harás que regrese. Nadie más puede en este lugar.

—Destruí la unidad, Marla.

Ella se dejó caer sobre la silla, intentando digerir con la mano en la frente lo que acaba de escuchar.

—¿Que has hecho qué? ¡Irresponsable hijo de puta! ¿Acaso me preguntaste si me quería quedar aquí? ¡En un medioevo de pacotilla donde cualquier enfermedad puede matarme!

—¿Me permites explicarme? —dijo despacio y suspirando, parecía cansado.

Marla tuvo que aspirar hondo varias veces, sentía enrojecer los pómulos de la rabia y eso le nublaba el juicio, tenía que intentar calmarse.

– Escupe –dijo cruzándose de brazos.

– Por dónde empezar... –dijo el fugitivo.

– Podrías empezar por la maldita razón por la que estoy aquí.

– Ah, eso.

Boris estaba absolutamente encorvado en su silla, la cabeza apoyada en su mano y los ojos fijos más allá de la pared.

– Estoy esperando –insistió ella.

El la miró sin decir nada. Marla esperaba algún plan maligno, Boris la retenía para joder a Alix, tal vez. O la tomaba como rehén. Era evidente que tenía algún plan ventajoso, algún poder. Pero eso no encajaba con el tipo mustio y pensativo que tenía delante.

– ¿Sabes qué hace Alix, Marla? –dijo al fin.

– Trabajo para ellos, te diré –replicó con hostilidad.

– Julio Steinberg está alquilando la tecnología multiversal a terceros, para propósitos particulares.

– ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Boris se relamió lentamente, parecía que le costara hablar.

– Lo he visto en tantos universos... tarde o temprano meterá las narices en un universo en el que alguien como él estará esperándole. Hay una Alix de otro universo, Marla, que se dedica a dominar todos los que visita, creando una gran red, un imperio. A tu universo le quedaba poco para ser esclavizado por dicho imperio, que se hace llamar La Red de la Humanidad.

– Ya, vamos, que me has salvado. No me jodas, Boris, y dime la verdad.

– Yo fui quien lo creó todo... quien lo inició todo... –dijo él ignorándola. Sus ojos vidriosos no parecían mentir.

¿Acaso dice la verdad?

—Una de las razones por las que te traje, Marla, es porque te iban a quitar de en medio pronto, como a todos los veteranos. Ya sabes, los que aún vivíais fuera de la compañía. Los que oportunamente sufren el *mal multiversal*.

—Eso... —iba a decir que era imposible, pero de hecho no le sorprendería nada con lo oscura que se estaba volviendo la compañía. Se limitó a negar con la cabeza en silencio.

—Pero, ¿por qué aquí? —dijo al fin.

—Quiero que la humanidad tenga otra oportunidad, lejos de nuestro espectro de universos y de los viajes *multiversales* en general. Me he convertido en el pacifista de la zona —añadió con una sonrisa triste—. Y quiero que vosotras me ayudéis.

—¿Nosotras? ¿Te has traído a más gente?

Boris tomó un sorbo de vino, tal vez dándose tiempo para pensar lo que diría a continuación.

—De hecho yo no soy el Boris de tu universo. Entré en dos más aparte del mío para traerte. Digamos que te he traído tres veces, una de las veces en mi propio universo.

—Tres ve... Espera... ¿Qué? ¿Hay dobles de mí por aquí? ¡Serás cabrón! ¡Eso es... inmoral! ¡Antinatural! ¡Y va contra todos los protocolos de Alix!

—Esos protocolos los diseñé yo —dijo sonriendo brevemente—. En cualquier caso, me temo que las otras dos llegarán dentro de muchos, muchos años, incluida la de mi universo. Desafortunadamente, las posibilidades de que las veamos en vida son muy escasas. Un lamentable error de cálculo por mi parte que nos deja a nosotros dos en este lugar.

—Pero, ¿y los otros Boris que vi en la sala de tránsito? Tus cómplices.

Él apretó los labios unos instantes, antes de responder.

—Les pedí ayuda. Colaboraron en los asaltos a Alix para traeros. Pero yo creé la unidad, el dispositivo de viaje portable. Ellos no. Lo querían.

Uno intentó matarme, de hecho. Así que les despisté y me vine aquí sin decirles nada. No eran de fiar.

–Pues eran dobles tuyos.

–Luego yo tampoco soy de fiar, ¿eh? –dijo volviendo a reír, mientras comía un pedazo de pan. Le ofreció a Marla, señalando a su vez un pequeño cuenco de miel.

¡Qué diablos! Necesitaba azúcar, al menos para pensar.

–¿Y qué tiene este lugar de especial? ¡Si parece sacado de una historia de espada y brujería! –dijo rebañando pan en la miel.

–Me temo que es más mundano que eso –replicó Boris masticando con rapidez para poder hablar. Verla a ella sentada y comiendo en lugar de levantada y amenazante también pareció tranquilizarle—. Armantia... la verdad es que de todos los mundos del caos a los que mandé las sondas clandestinamente para investigar, esta es la única Tierra que encontré habitada. Y me ha resultado profundamente intrigante. Nada de por aquí es muy natural, ni la historia llega más allá de unos pocos siglos atrás. Tengo la impresión de que este sitio fue diseñado con mi mismo propósito en mente.

–He visto cosas muy familiares, sí. Los nombres, por ejemplo, son anglosajones.

–Sí, aquí en Hervine son ingleses. En Dulice son españoles como el tuyo, en Debrán franceses, y en Turín nórdicos, vikingos sobre todo.

–¡Qué mezcla!

–Exacto. Todo parece un corta y pega a lo loco de nuestro pasado. Arbitrario, pero no aleatorio. Me intriga profundamente.

–¿Pero qué quieres de mí exactamente? ¿Por qué narices tuviste que traerme a mí y no a otro? Yo no era la mejor agente.

–En fin, este es mi, digamos, cuartel general, y estoy intentando que este lugar no se eche a perder como nuestros mundos originales. En Turín hay una feroz guerra civil que mantiene el reino partido en dos. Y aquí en

Hervine, el país aparentemente más avanzado de todos, tiene a un déspota analfabeto de rey desde hace poco, y puede prender de pólvora toda Armantia. Llevo tiempo planeando cómo derrocarlo para que en su lugar gobierne una mujer.

—¿Quién?

Boris rió entre dientes antes de dar otro trago.

—¿Yo? —exclamó ella señalándose con una rebanada de pan con miel— ¡Eso es una locura! Y si esto es tan medieval como parece, más absurdo es que reine una mujer.

—Tal vez en el resto de Armantia, pero aquí en Hervine es posible, Marla. Y quiero que este país sea ejemplo para otros, y estoy seguro de que tú sabrás impulsar los derechos de la mujer en esta sociedad, por ejemplo. Sé que a ti te gusta mucho la historia, es una de las principales razones por las que te escogí. Sabes pensar a largo plazo. Tienes memoria histórica, algo que aquí no existe. Si sigues mi plan, en Armantia podrás moldear y acelerar el porvenir. Sabrás hacerlo.

Marla se detuvo a pensar. Aquello ocurría demasiado aprisa. Pero no tenía con qué responder a Boris más que con ira, porque todos sus argumentos eran sensatos. ¿Quería volver? Ya no podría, y quedarse en Alix, por lo que dijo, sería peor. Además, persistía el plus de la libertad... en la compañía sólo era un cero a la izquierda.

—Pero... según Drake, mi compañero de celda, mi nombre es dulicense, no hervinés. ¿Supondrá un problema?

—Probablemente. Ya te dije que en Dulice se usan nombres españoles, y no se llevan muy bien con los hervineses. Pero eso también está pensado, he pensado en un nombre que aquí suena muy bien para una líder.

—¿Cuál?

—Ellen Lynn.

—Ellen Lynn... —repitió ella lentamente— Háblame de Hervine.

Mientras devoraba más comida en la mesa, y aplacaba su sed, Boris la puso al día sobre el país en el que estaban. Política, sociedad, injusticias, desigualdades, corrupción...

Ella sólo asentía, y tras saciarse y limpiarse con la manga del traje que tenía sobre su mono de Alix, permaneció pensativa algunos minutos, en los que aún miraba a Boris con algo de resentimiento.

–Y voy permanecer aquí para siempre.

–Como yo.

Suspiró con cansancio, sintiendo latir el tobillo.

–Ellen Lynn derrocará a ese rey –dijo al fin.

Segundo interludio

—Ese Boris está en todas partes... qué miedo —dijo Olaf.

—Es normal, fue el creador de la tecnología para viajar a otros universos, el primero que se reunió con sus otros *yo* —replicó Marla.

—¿No le odias?

—Qué pregunta... —dijo ella suspirando con la mirada fija en su hijo, sin saber por dónde empezar—. Hay muchos Boris rondando por ahí, a la mayoría no los conozco, ni quiero... al que odié mucho tiempo no obstante fue al primero, el que como a Lynn me trajo a Armantia. Pero los años me han forzado a pensar y a ponerme en su piel. Sólo era un hombre normal que descubrió algo extraordinario y cometió la estupidez de venderlo. Luego intentó arreglar parte del desaguisado. Durante un tiempo, el hecho de traerme aquí fue una maldición, pero luego se convirtió en un regalo que dio lugar a otros como tú. Mi mundo, hijo, no era uno que hubiera deseado para ti.

—A mí me encantaría visitarlo.

—Estoy segura. ¿Continuamos?

—¡Vale! Pero esta vez quiero elegir yo la historia.

—Dispara.

—¿Qué sabes de *la leyenda del errante dorado*?

—¿La qué?

—Vamos, madre, no soy un niño. En los últimos años la gente ha visto fugazmente a un hombre de piel oscura y hábito dorado recorriendo parajes solitarios por toda Armantia. Dicen que desaparece cuando la gente se acerca.

—Ya.

—¡Sabes algo! ¡Has puesto esa cara, sabes algo! ¡Dímelo, quiero saberlo!

—No es la historia que esperas oír, Olaf, es más aburrida. No creo que la entenderas, y sólo tenemos el resto de la tarde para estas historias.

—¡No! ¡Quiero la leyenda del errante dorado!

—Te diré lo que vamos a hacer. Te voy a permitir escoger libremente otro tema, ¿de acuerdo? Y te contaré lo que sé sobre esa leyenda al final, será el último relato.

—¿Prometido? —inquirió su hijo, suspicaz.

—Prometido.

—Está bien... pues quiero que me cuentes... hmm... ¡Ya sé!

—Qué miedo.

—Mi padre y tú debisteis ser jóvenes alguna vez. Me has contado muchas veces cómo os conocisteis, pero nunca has ido más atrás. Sé poco o nada de vuestro pasado.

—Eh, hablas de dos historias, tramposete.

—No pretenderías que escogiera entre mi madre y mi padre —dijo con sarcasmo.

—Está bien, astuto sinvergüenza —replicó ella, en realidad feliz por el interés del chico—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo acabó él siendo la mano derecha del país más poderoso de Armantia? ¿Y cómo acabaste tú viajando entre universos?

—Ah, eso.

—Te ha cambiado la cara, madre.

—Sí, es por... no importa. En realidad son dos buenas preguntas, y tú ya eres mayorcito para escuchar las respuestas.

Esas palabras triplicaron la atención de Olaf, y le obligó a reclinarse en su silla con cara a la vez seria y fascinada, mientras su madre cruzaba los dedos sobre la mesa mirando más allá de ella, como si invocara los recuerdos...

Dos almas, dos universos

Algún lugar de La Tierra, Enero de 2153, ocho años antes de la desaparición de Marla Enea en Alix B

—Marco Tulio Cicerón —dijo la presencia virtual del profesor— provocó la ira de Marco Antonio al escribir sus famosas *Filípicas*, en las que criticaba con dureza a aquel. Cicerón apoyaba al rival de Marco Antonio, Octavio, pero finalmente este pactó con Antonio, y por tanto Cicerón quedó desprotegido. Los sicarios de Marco Antonio acabaron con su vida poco después. Y así murió un hombre poderoso en un estado militar como Roma, y no lo fue por blandir espadas ni comandar ejércitos. Como ven, los asesinatos que cercenan la libertad de expresión no son sólo cosa de estos años.

Nítidamente, el profesor señalaba mapas animados y recreaciones virtuales de los sucesos que narraba, ante la atenta mirada de una de sus alumnas, que lo contemplaba absorta sentada cómodamente en su apartamento, junto a su pareja. Marla Enea Benavente aún poseía ese brillo en los ojos propio de la juventud cuando salió de casa con su novio Tomás. No le importaba que fuera siete años mayor que ella. Se preguntaba si no se estaría enamorando demasiado como algún compañero le sugirió, pero las circunstancias pesaban, pues sus padres murieron en la pandemia de gripe del dos mil ciento treinta y nueve, cuando ella tenía ocho años, y dado que tenían un trato nefasto con el resto de la familia, lo que quedaba de infancia transcurrió en un orfanato.

A sus veintidós años, el único apoyo que le quedaba era Tomás King.

—De verdad que no sé cómo puedes seguirle, si parece que se vaya a caer a trozos. Tienes un montón de narradores en la IA que te pueden

repetir lo que dice con una locución decente y tonos más interesantes —dijo Tomás mientras sacaban su comida de un expendedor callejero.

—No te metas con él por su edad, es probablemente el mejor profesor de historia del país —replicó ella sabiendo a quién se refería—. A nadie oirás hablar de la antigua Roma como a él. Además, se las sigue arreglando para contarlos de forma interesante, no quiero sustituir su voz por la de un narrador.

—Pero, ¿y te enteras de lo que dice?

—¡Eh! Balbucea un poco, es normal a su edad.

—Era broma, mujer, era broma. ¿Quieres el de queso?

—Vale —dijo ella aceptando el bocadillo.

Armantia, Terra Nueva, dos años antes del encuentro entre Olaf Bersi y Marla Enea

—¿Pero por qué te importa tanto esa leyenda, hijo? —dijo Harald Bersi a su hijo Olaf.

—Siempre me ha cautivado, la misión de los vigilantes es muy noble.

—Pero si yo fuera un vigilante no te lo confesaría, ¿no crees?

—Me lo confesaste cuando tenía quince años, padre. Me dijiste que eras de los últimos, y que me contarías dónde está el mítico lugar llamado *Diploma cuando me consideraras preparado*.

—¿Dije eso? Estaría borracho.

—Muy bien, sigue guardando tu secreto. Pero te advierto que hace trece años de aquello, y he detenido varios conflictos entre Debrán y Turín, quizá más de lo que logró el propio Boris de Alix en vida. ¿Es que no es suficiente?

Harald Bersi lanzó una sonora carcajada.

—¿Qué le ves a esos vigilantes para que te obsesionen tanto?

—Mantienen la paz en las sombras, donde ningún corrupto puede impedirselo.

—Viendo cómo van las cosas, no parece que les vaya muy bien. Turín y Debrán vuelven a estar al borde de la guerra, Olaf.

—Lo que corrobora que queden pocos y necesiten más gente, padre.

—Tal vez. Por no decir que eso de ir en las sombras como tú dices, sin que nadie sepa y valore lo que hacen, no creo que les motive mucho.

—Bueno, es un sacrificio.

—¿Y qué me dices de la responsabilidad? ¿Cómo saben lo que está bien y mal? ¿O acaso es correcto intervenir en el día a día sin que los demás lo sepan? También tendrían sus dilemas.

—Si existieran.

El padre estrechó una sonrisa cómplice.

—Si existieran.

—Vamos, dímelo...

—Hijo, lo único que quieres es que yo sea vigilante para que te nombre mi sucesor.

—Por eso entré en el ejército —dijo Olaf sonriendo.

—Sí, promoviendo la sensatez y la prudencia entre el aguerrido cuerpo militar turinense —replicó su padre imitándole—. Hay que tener valor. Pero eso me enorgullece.

—Quizá así un día un vigilante tenga a bien aceptarme, padre.

—Sí, si existieran seguramente así les llamarías la atención. Vamos, dejemos de hablar de las oscuridades de la historia, estamos en pleno festejo vacacional. ¡El júbilo recorre Turín!

—Sal tú, yo soy un traidor, ya sabes.

—Eh, no digas eso. Que cuatro idiotas no soporten que tu esposa sea debrana y además toda una dama como Amandine no te tiene que encerrar en tus propios aposentos.

—Ya. Bueno, ve tú, yo me uno luego.

Marla y Tomás recorrieron juntos el camino de vuelta, hablando sobre lo rápido que ella estaba terminando su licenciatura, cuando otro chico al que recordaba haber visto rondando la universidad, les detuvo.

—Tú eres Tomás King, ¿no? —dijo el joven, vestido con chándal y camisa verde— El de la conferencia humanista.

—Claro, pero es que ahora estoy...

—Pues el cielo tiene un mensaje para ti, capullo.

Al contrario de como lo vivió Marla, todo ocurrió en cuestión de segundos. El desconocido sacó algo oscuro de su bolsillo y disparó con ello en la cara de Tomás. Este cayó hacia atrás violentamente, empujando a una Marla paralizada de miedo con el rostro salpicado de sangre y los tímpanos aún temblando por el estruendo. Su novio estaba en el suelo, y el atacante perdido entre una multitud histérica.

En medio del caos, los gritos, los tropiezos y las primeras sirenas, Marla sólo sentía que todo lo bueno que quedaba en el mundo era arrastrado por una mano negra que se lo extirpaba del corazón.

No habló cuando llegó la policía y la interrogó, ni cuando los sanitarios certificaron que él estaba muerto y ella se encontraba bien. Sólo en comisaría pudieron despegar su mirada del infinito.

—Si sigue sin contestar me veré obligado a que un psicólogo valore sus facultades mentales —dijo el oficial al otro lado de la mesa.

—¿Qué quiere que le diga? —replicó ella al fin, irritada.

El hombre, de cincuenta y tantos y un gran bigote gris, se reclinó en su asiento con una sonrisa moderada.

—Sólo quería que dijera algo. Bien, el asesino de su pareja se llama Reinaldo Cornell, miembro del grupo fundamentalista *Valores Perdidos*. Al parecer llevaba un tiempo acudiendo a las conferencias de su novio. ¿Le conoce?

Marla advirtió que tres fotos del individuo estaban en el panel de la mesa.

—No —dijo ella quemándolas con los ojos.

El oficial asintió como si esperara esa respuesta. De pronto apoyó un dedo en la oreja, mirando en todas direcciones y asintiendo nuevamente.

—Bien —dijo él—, me acaban de comunicar que se ha producido un tiroteo en el metro con varios miembros de *Valores Perdidos*, en el que todos fueron abatidos. Parece ser que el asesino de Tomás se encuentra entre las víctimas.

Marla le miró con renovado interés.

—¿Ha muerto?

—Eso creo. ¿Quiere que le traigamos nuevas fotos de su cadáver?

Consideró que haber visto a su novio muerto ya era bastante para un día.

—Creo que con estas ya tengo suficiente —replicó señalando a la mesa.

Volvió a contemplar las fotos de Reinaldo unos instantes, como si las viera por primera vez. De hecho, el oficial no supo cómo interpretar esa mirada.

—Usted quería que muriera, ¿no?

Los ojos de Marla reflejaban una mezcla de odio y amargura.

—No así. No tan simple. No tan rápido.

—Lo entiendo, pero tomarse la justicia por su mano no le iba a devolver a su novio.

—Si sintiera lo que yo en estos momentos, señor oficial, desearía quitarse de encima la pesada losa de la impunidad tomándose la justicia por su cuenta, con todos los respetos.

—Ya... oiga, es usted joven, hágame caso, ha sufrido una desgracia y una injusticia, y no soy ajeno su dolor, pero aunque le parezca mentira, lo superará.

—Y ahora me dirá que sabe lo que siento... —dijo ella desviando la mirada y cruzándose de brazos.

—De hecho —interrumpió el oficial bruscamente— yo puedo decir que he sobrevivido a mis hijos, ¿y usted? Así que no intente tocarme las pelotas por esa vía. Si quiere psicólogos se los puedo proporcionar de oficio, si no los quiere, haga una declaración aunque sea escueta, fírmela, vaya a casa y descanse. Mañana será otro día. Tiene suerte de seguir viva, maldita sea.

Seguir viva...

En un mundo de desgracias y odios, ¿en quién podía descargar los suyos? Pensó en ello durante el camino de vuelta, y una vez entró en su apartamento la noción del tiempo salió por la ventana. No hizo sino llorar, comer, dormir, y consultar asqueada los noticiarios.

En alguno de los días sucesivos optó por escuchar los últimos mensajes que había acumulado la IA de su apartamento, sólo por curiosidad.

—Marla —dijo una de sus compañeras de la facultad—, todo el mundo pregunta por ti. No recibes a nadie, ni real ni virtualmente. Sé que son momentos duros, pero si ahora te aislas... estás alejando al mundo de ti, y eso es peligroso. Por favor, da señales de vida...

¿Y quién querría tener cerca a un mundo como este?

El mundo... cada vez que salía allí fuera tenía que alternar el horror con la normalidad, la aberración con lo cotidiano, la maldad y la corrupción con la entereza y la justa indignación. ¿Cómo se puede mantener la cordura en un mundo tan extremo?

Todos tienen sus métodos. Algunos se enfrían selectivamente, otros prefieren la evasión y la feliz ignorancia.

Ella tenía a Tomás.

Tenía.

Olaf tardó toda una hora en llegar a la conclusión de que su padre tenía razón, el día era cálido e invitaba a estar al aire libre. Siempre era agradable ver tanta alegría en la calle, al menos por unos días. Las rencillas políticas y territoriales podían esperar, pues en la cabaña que la familia Bersi tenía para las fiestas le aguardaba un banquete preparado por sus hermanos, y su padre seguramente estaría ayudando a su esposa Amandine en la elaboración del postre, no en vano fue un famoso pastelero una vez.

Una columna de humo que se alzaba sobre la muchedumbre atrajo poderosamente su atención, pues era demasiado grande para resultar de la cocina. Los rumores crecieron entre el gentío, y algunos empezaron a gritar histéricos.

Olaf se dirigió al fuego tan rápido como pudo, tropezando con los desorientados transeúntes para toparse con lo inesperado.

La cabaña de los Bersi estaba consumida por las llamas. Ni siquiera cayó en la cuenta de que quien le sujetaba mientras intentaba acercarse al fuego era su amigo Keith Taylor, probablemente de camino a palacio para entregar un mensaje al Rey de Turín.

Cuando volvió en sí, agarró a Keith por el pecho, suplicándole que dijera que todos salieron vivos antes del fuego. La silenciosa negativa le hizo derrumbarse en la hierba que rodeaba a las ya humeantes ruinas. Sus padres, sus hermanos, su esposa y algunos parientes y amigos. ¿Cómo era posible?

Otro miembro del ejército, un tal Sigmund Harek, mayor que él en el rango, le explicó que varios individuos lanzaron antorchas dentro y fuera, y bloquearon las puertas desde el exterior mientras aún preparaban la

cabaña. Para cuando el humo comenzó a ser notorio fuera de ella, ya era demasiado tarde.

—Fueron debranos, estoy seguro —dijo Sigmund con desprecio—. Hay testigos que afirman haberles visto con ropas debranas. Con suerte esto será suficiente para declarar la guerra a esos beatos malnacidos.

La ira de Olaf chocó brutalmente contra su sentido de la diplomacia. Tras lo que había pasado, ¿cómo podría seguir animando a mantener la paz con Debrán? Creía tener una buena relación con el rey Gorza, por las pocas entrevistas que tuvieron. Todo aquello contra lo que luchaba le acababa de señalar a él personalmente, con un dedo terriblemente poderoso.

Durante todo el día siguiente se refugió en sí mismo, y le dio un nuevo significado al término “parquedad”. Las pesquisas realizadas a partir del incidente no aclaraban en absoluto que se tratara de un ataque debrano, pero todos lo pensaban, y eso fue lo más doloroso.

Así y todo, en el funeral se presentó el joven heredero debrano, Girome, con varios soldados vestidos de azul como es común allí, para presentar el pésame de la realeza debrana en persona. Olaf apreció el gesto a sabiendas de que aquella visita no tenía sentido si el ataque hubiera sido debrano, y sin olvidar que el rey Gorza le dio a entender una vez (indirectamente para no aparentar debilidad) que a Debrán no le interesaba una guerra abierta con Turín.

Sin embargo, la presencia de Girome no hizo sino aumentar la suspicacia general. Por fuera muchos militares turinenses sentían su pérdida, sin embargo sus miradas parecían gritar al unísono ¡Esto es lo que pasa cuando te relacionas con debranos e incluso los defiendes!

Al regreso se dirigió directamente a su casa sin pasar por el cuartel, pues le aconsejaron que acudiera al día siguiente. En la puerta le esperaba Keith para decirle que había investigado por su cuenta, y que sospechaba, de hecho, de una autoría turinense. En la cabeza de Olaf no cabía que alguien de su propia tierra pudiera querer tal cosa, hasta que su amigo se explicó; una facción ultra-patriota de Turín organizó los asesinatos con

dos objetivos: castigar a Olaf, un mando militar turinense casado con una debrana y por otro lado provocar una guerra entre ambos reinos para desentumecer la maquinaria militar turinense.

Eso no hizo sino empeorar el estado de ánimo de Olaf, preguntándose qué diablos pretendía defender allí, pero tenía clara una cosa: quería vengarse.

Keith organizó un encuentro en un bosque a las afueras con el que creía el principal instigador, de forma que Olaf pudiera sorprenderle. Cuando, embaucado por Keith, el sospechoso confesó su crimen pensando que dichas palabras no saldrían del lugar, Olaf, que lo escuchó tras un árbol próximo, hizo acto de presencia.

Por la sorpresa, el individuo intentó escapar, pero Keith le sostuvo por los brazos y le obligó a ponerse de rodillas. Sus ojos brillaron cuando Olaf desenfundó su espada, y apoyó la hoja entre el cuello y el hombro. Pero luego alzó la cabeza, orgulloso y desafiante.

—¿Por qué? —preguntó Olaf.

—Sabes muy bien por qué —replicó el hombre, de unas cuarenta primaveras.

Olaf acercó un poco más su cara prendida de ira.

—Ilústrame.

—¡Empezaste tú, maldita sea! Casándote con esa hembra debrana, un alto mando militar turinense como tú... ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Constantemente hemos tenido que aguantar a esos chalados religiosos, provocándonos en la frontera, robándonos acuerdos comerciales, poniendo en duda nuestra territorialidad... Yo y mis chicos hicimos un favor a nuestra patria, defendimos a Turín de traidores como tú, que no sólo osaste casarte con uno de ellos, sino que intentas difuminar el odio y resentimiento natural que surge entre nuestras tropas ante la impunidad debrana, acobardándonos, debilitándonos. Podría preguntarte cuánto oro debrano tiene que ver con esa actitud, ¿o acaso te han convertido a su religión? Pero ya no me importa... te dimos una lección.

La ira acabó enrojeciendo el rostro de Olaf, que ante aquellas palabras no pudo sino alzar la espada. Keith sujetó más fuerte al sentenciado, y este ladeó la cabeza exponiendo aún más su cuello.

La aterradora desazón que Marla sintió los primeros días se vio rápidamente sobrepasada por el odio y la sed de venganza, todo ello multiplicado por el recuerdo de la impunidad. Pero incluso eso se frustró. El comisario le dijo que el asesino de Tomás estaba muerto, y aún no se sentía resarcida.

Un nuevo mensaje de voz resonó en el apartamento.

—Sabemos lo duro que te debe estar resultando esto. Nosotros podemos cambiarlo, Marla. No tienes por qué acabar así. A cambio de dedicación te ofrecemos justicia y una nueva vida. Preséntate sola en el parque *Otto Linderbrock* a las nueve horas si aceptas. Confía en nuestra palabra de que no te arrepentirás.

Aquel fue el primer mensaje que la sacó de su melancólico ensimismamiento. Hablaba de nosotros... ¿Quiénes? Sonaba a secta. ¿*Valores Perdidos* tendiendo una trampa?

Pues esta vez la sorpresa la daré yo, pensó ella en su particular burbuja emocional. E hizo lo que nunca, por sus propias convicciones, se atrevió a hacer.

Compró una pistola.

Paciente, esperó directamente en el lugar convenido. Aquel parque, más que por niños era transitado por adictos a las drogas emocionales, compuestos que estimulaban el cerebro selectivamente, de forma que reprodujeran sensaciones concretas. Las vendían como recreaciones de todo tipo de vivencias, pero lo cierto es que casi siempre se limitaban a las mismas sensaciones básicas con muchos nombres diferentes, pues la mayoría buscaba orgasmos y experiencias místicas.

Hacía un frío idóneo para justificar su corpulento abrigo oscuro en el que no se distinguía el bulto dejado por su arma, alojada en el bolsillo

derecho. A la hora prevista, un individuo de mediana edad se acercó a ella desde la lejanía, aparentemente sin estar drogado. Era alto y de expresión neutra.

–¿Paseamos? –se limitó a decir a su lado sin mirarla.

Marla asintió con la cabeza, antes de empezar a andar a su lado.

–Debes entender que no te podemos contar todo hasta que decidas aceptar nuestra propuesta.

–Me lo ponéis difícil.

El desconocido sonrió, exhalando vaho.

–Estamos creando algo extraordinario en secreto, y necesitamos gente que nos ayude en estos primeros pasos. Gente que no tenga asuntos pendientes en el mundo real. Tú encajas en el perfil, Marla.

–Dudo que tengáis algo que ofrecerme en estos momentos.

El hombre no respondió a eso. Se limitaron a andar hasta una enorme y sucia nave industrial cercana al parque. La conocía, se trataba de unos almacenes abandonados que no hicieron sino darle mala espina.

Al entrar el individuo habló por su IA y acto seguido entró una enorme furgoneta blanca e impoluta, casi nueva. Marla tensó todos los músculos, esperando cualquier cosa.

De la parte trasera salió una mujer con gafas oscuras y traje muy formal, casi de ejecutiva. Tenía, sin embargo, cara de muy malas pulgas. Echó un vistazo alrededor, y volvió entrar, para salir dando empujones a un tipo con los ojos vendados, maniatado y amordazado que...

¡Es él!

El asesino de Tomás tenía incluso la misma ropa que llevaba aquel maldito día. Pero murió en el tiroteo según la policía... ¡Incluso le ofrecieron ver el cuerpo!

–¿Cómo es posible? –dijo en voz alta—. Me dijeron que estaba muerto.

La mujer empujó a Reinaldo hasta Marla, y le propinó una patada en la pierna que le obligó a arrodillarse frente a ella. Acto seguido retiró la venda de sus ojos.

—Te prometimos venganza —dijo el hombre que la llevó hasta allí—, y aquí la tienes. Sabemos que llevas un arma encima. Te prometo que nadie se va a enterar.

Miró a aquel tipo de forma distinta. ¿Cómo sabía lo de la pistola? ¿Acaso la siguieron?

—Pero... no, no puedo, este tipo debe ser un doble del verdadero, alguien inocente, Reinaldo Cornell murió...

Su anónimo acompañante se aproximó al joven asesino, y le quitó la mordaza de un tirón.

—Es tuyo —dijo apartándose.

Al verle a cara descubierta constató que, si no era el verdadero asesino, debía tratarse de un hermano gemelo. Este miró a Marla con cara de desprecio, y escupió a sus pies.

Tenía que ser él.

Mecánicamente, sacó su arma, quitó el seguro siguiendo las indicaciones que le dieron en la tienda, y apuntó a su rostro tal y como él había hecho con Tomás.

—¿Fuiste tú?

—Y lo volvería a hacer —manifestó él, orgulloso.

Los ojos de Marla empezaron a ponerse vidriosos, y su dedo ansioso por apretar el gatillo.

—Yo seré el mártir, y tú la infamia —se atrevió a decir el arrodillado cuando Olaf mantenía en alto su espada.

—No mereces tener un juicio.

—¿Qué juicio? —dijo él— No puedes probar nada, y nadie te creará. Puedes matarme ahora, pero eso no será justicia. ¿Y qué es mi muerte comparado con lo que te hemos hecho a ti? —añadió con una sonrisa.

Olaf deseaba con todo su corazón blandir su espada, decapitarle allí mismo. Nadie se lo reprocharía, nadie se enteraría, su atormentado corazón quedaría un poco más en paz. Pero la maldita voz de su padre aún resonaba en su cabeza. ¿Por qué? ¿Por qué tenía él que cargar con esa responsabilidad? ¿Por qué continuar manteniendo la paz entre quienes querían despedazarse con todas sus fuerzas? Aquel tipejo realmente pensaba que había obrado bien, su mirada llevaba la seguridad de tener la razón de su lado como sólo los fanáticos podían. ¿Cómo atormentar a alguien así? ¿Cómo lograr que sintiera el castigo, que pudiera arrepentirse?

—¡Por Turín! —gritó el sentenciado ante su inminente muerte, cerrando los ojos.

Olaf dobló la mano para eliminar el canto de la espada de la trayectoria, y golpeó la mejilla de la víctima con la hoja. Este cayó, contuso pero vivo al suelo, perdiendo la conciencia.

—No quiero ni imaginarme lo que tienes que haberte reprimido —dijo Keith.

—No quieras, Keith. No quieras. Y ahora, si no te importa, me gustaría estar sólo en mi casa.

Una vez se despidieron, Olaf se encerró. No quería saber nada de nadie, y durante varias horas meditó la posibilidad de regresar y matar a aquel malnacido, pero siempre le detenía la voz de su padre, comprendiendo más que nunca que tuvo que ser vigilante en vida.

Concluyó que la mejor manera de honrarle era seguir su camino. Si cedía a la furia conseguiría una pronta satisfacción, pero estaría lanzando una piedra contra su futuro y el de Armantia. Envidiaba a quien podía ignorar esas servidumbres, pero aprendió lo suficiente como para no hacerlo sin sentirse culpable. Por la educación que su padre, Harald Bersi, le dio.

A la mañana siguiente, repetidos golpes en la puerta le obligaron a abrirla, a pesar de que no quería recibir a nadie. Hizo bien: un mensajero le comunicó que el rey de Turín, Erik Sturla, esperaba verle. Acudió al castillo sin saber muy bien qué esperar, había visto muy pocas veces a Erik y nunca trató con él personalmente. Por eso sintió una punzada de inquietud cuando se aproximó a él en el salón del trono.

—Hola, Olaf Bersi.

—Alteza... —dijo él en una inclinación.

—Quiero que sepas que Celestia y yo lamentamos profundamente tu pérdida.

—Alteza... —repitió él inclinándose de nuevo.

—Siéntate —dijo el rey. Un siervo trajo apresuradamente una silla en la que tomar asiento frente a él.

—He oído —continuó Erik—, que el asesinato de tu familia no fue de mano debrana, sino de hecho nuestra, turinense.

—Yo también, alteza.

—Y que además tuviste la oportunidad de ajusticiar al responsable, y optaste por la piedad.

Caramba, las noticias vuelan.

—Así es, alteza.

—Entonces debes hacerte una idea, Olaf, de lo difícil que resulta mantener la paz en este país. Y espero que entiendas, aunque no lo compartas, que tal y como han ocurrido las cosas no puedo condenar a los verdaderos responsables en base a rumores. La corona se vería en un aprieto y acusada más de lo que ya está de ser demasiado... pacífica respecto a Debrán.

—Como decís, alteza, lo comprendo pero no lo comparto.

—Quiero que tengamos una conversación franca, Olaf, así que te permito dejar el protocolo mientras dure. Odio no saber lo que piensa la gente por estar ante un rey.

—De acuerdo, alteza.

—¿Cuál es tu posición respecto a Debrán?

—Es nuestro país vecino, alteza.

—¿Y qué opinas de Gorza, su rey?

—Es el monarca de nuestro país vecino, alteza.

Erik no pudo evitar reírse.

—Los rumores de tu prudencia se quedan cortos. Pero quizá sea demasiada. No te negaré que Gorza no me cae bien, Olaf. Mira a Turín por encima del hombro cuando nuestro ejército le podría aplastar en un día. Y lo peor es que él ni siquiera posee tal poder: está al merced de los líderes religiosos de su pueblo, intermediarios entre la corona y la plebe, que nos tratan a los turinenses con hostilidad y nos consideran impíos.

—¿Queréis que hable con franqueza, majestad?

—Adelante.

—Vos también estáis entre la espada y la pared, cercado por un ejército sin guerra y un pueblo preso del patriotismo más fanático que aboga por la invasión de Debrán. No somos tan diferentes.

Erik le miró muy seriamente, aunque Olaf notó que reprimía una sonrisa.

—¿Te das cuenta, Olaf, de que mucha gente no me hubiera dicho algo así por miedo a que ordenara cercenarle la lengua?

—Me pedisteis franqueza, excelencia.

El rey de Turín estalló en carcajadas y miró a Olaf con admiración.

—En verdad Celestia tiene buen ojo con los hombres, cómo te he podido pasar por alto tanto tiempo... tal vez veintiocho años sean pocos, pero eres

más lúcido que muchos que te doblan la edad. Con que Turín y Debrán son las dos caras de la misma moneda... ¿Eh?

—Algo así, alteza.

—Cuando era joven como tú, Olaf, tenía inquietudes parecidas a las tuyas. Como sabes, por aquel entonces nuestro reino estaba dividido en dos por la guerra. Así conocí a Boris de Alix, quien compartía esas inquietudes, y entre ambos conseguimos que yo reunificara los dos reinos bajo mi corona, y dispusieron las hostilidades que dividían a Turín.

—Así es, alteza.

—Tú me recuerdas a mí entonces, pero en una situación más complicada, en la que el pueblo parece aburrido de esa paz que hemos tenido estas décadas. En la que gente como nosotros no está muy bien vista. Hasta mi propio hijo, Gardar, empieza a verme como un magnánimo empedernido, y tiene trece años.

—No os sigo, alteza.

—Te digo, Olaf Bersi, que quedan pocos que compartan nuestras inquietudes, y que quiero que seas mi general y segundo al mando.

Olaf tardó unos instantes en pensar siquiera todo lo que aquello suponía.

—Venga, hazlo zorra negacionista. Seré un héroe en la otra vida. Tu novio, no. Vaya cara puso en ese instante, cuando supo que iba a morir por negar a Dios, y luego la tuya...

Marla tuvo la impresión de que el gatillo se apretó solo, activado no por su mente consciente, sino por el torbellino de furia que salió de sus entrañas. El retroceso le pilló por sorpresa, y la pistola se le cayó al suelo. Bajo la cabeza de su víctima, ya en el suelo, una mancha marrón oscuro se extendía lentamente.

Todavía existía fanatismo en la mirada del chico, y se sintió aún peor: no hubiera podido razonar con él su pérdida, ni hacerle sentir lo mismo

que sentía ella, ni obligarle a arrepentirse por las buenas o por las malas. La venganza le estaba vetada.

Un remolino de frustración doblegó sus rodillas. No se encontró con el tipo de maldad que esperaba; aún peor, había matado a un chico de su edad y Tomás continuaba muerto.

¿Pero qué diablos acabo de hacer?

Las manos de su anónimo guía se posaron en sus hombros.

—Lo has hecho muy bien, Marla. No pasa nada, vamos, levanta...

Ella se sobresaltó por el contacto, erguiéndose muy envarada.

—¡No me toques! ¿Quién carajo eres?

—Trabajo para una empresa que necesita gente como tú.

Al bajar la mirada se topó con el cadáver del joven en un charco de sangre de un tamaño ya considerable. No pudo sino taparse la boca y contener la respiración ante semejante visión.

Que siguiera pendiente de Reinaldo molestó al hombre, quien gesticuló a la mujer de gafas oscuras. Esta entró de nuevo en la parte trasera del vehículo, y uno a uno fueron saliendo más chicos, unos seis. Todos vendados, todos maniatados, todos amordazados. Todos exactamente iguales.

El desconocido la miraba, pendiente de su reacción.

—Pero, pero... —balbuceó ella sin comprender.

—Olvídate de él, hay más. Ya te dije que estamos haciendo algo extraordinario, y queremos que nos ayudes.

—¿Y por qué yo? Lo mio es la historia, esto es... ¿Clonación?

—Es mucho más que eso. E insisto en que das el perfil que necesitamos. Has vengado a tu novio, y con nosotros te espera una existencia ajena al mundo que aborreces. ¿Qué nos dices?

Marla sólo podía mirar el cadáver mientras se enjugaba las lágrimas, lo que volvió a exasperar a su interlocutor.

—En tu nueva vida tendrás sobradas ocasiones para redimirte de todo lo malo que creas haber hecho hoy, Marla.

—Siento que todo lo que fui ha terminado de morir aquí, y no veo qué sentido tiene tu proposición.

—De eso se trata —replicó él con una leve sonrisa—. Si superas algunas pruebas, te enseñaré tu propio certificado de defunción. Dejarás de existir para el mundo tal y como él ha dejado de hacerlo para ti, y comenzarás una nueva vida con nosotros. No te lo plantees como un callejón sin salida, Marla. Todo el mundo merece otra oportunidad.

Ella volvió la mirada a la salida de la nave. En una cosa tenía razón aquel desconocido, aborrecía el mundo en el que vivía.

Se aproximó a él temblorosa, incapaz de mirarle a la cara. El hombre, visiblemente satisfecho ante su elección, le dio indicaciones para subirse en el asiento del acompañante del vehículo. La mujer de las gafas permaneció en la nave con los seis asesinos de Tomás.

—Por ahora puedes llamarme Marco —reveló su acompañante conduciendo el vehículo hasta la salida—, más adelante te daré mi nombre completo.

—¿Qué va a ser de ellos? —dijo Marla mientras dejaban atrás la zona.

—Nosotros nos ocupamos. En fin, por el tráfico diría que hay media hora hasta la compañía, así que podemos aprovechar para tener una charla. Y dime, Marla...

Al oír su nombre, ella le miró preguntándose de qué querría hablar.

—¿Te resulta familiar el concepto de *multiverso*?

Tercer interludio

Olaf permaneció varios minutos en silencio, incapaz de decir palabra.

–No te la tenía que haber contado –concluyó Marla.

–No, está bien. Es sólo que no me lo esperaba.

–Ya, a los padres nunca les pasan esas cosas ¿eh? –dijo ella con una sonrisa triste.

–Algo así.

–Pues algo nuevo que has aprendido. No tuvimos una vida fácil, pero en fin... todo eso pasó hace mucho, y ahora estamos aquí.

Se produjo un silencio incómodo.

–¿Quieres saber de algo en concreto? –insistió Marla.

Olaf la miró, arrebatado de sus dilucidaciones.

–En ese sitio en el que trabajaste... ¿vieron alguna vez universos diferentes a este y al tuyo?

–Ya lo creo. En Alix B sólo investigábamos universos como el que la compañía habitaba. Aunque... en otra división subterránea, Alix A, sí que escrutaban universos de todos los colores. Pero tras tanto ahondar en lo desconocido sin cuidado, ocurrió algo terrible y Alix A desapareció.

Marla casi vuelve a sonreír al ver la predecible cara de fascinación, expectación y algo de morbo que el rostro de su hijo mostraba tras el tono misterioso en el que pronunció aquellas palabras.

–Diría que te interesa esa historia –dijo ella.

Olaf asintió con la cabeza, por lo que Marla tomó un poco de agua antes de comenzar el nuevo relato.

El incidente Magallanes

Bernardo llevó su bandeja a una de las mesas del comedor común de las instalaciones subterráneas de Alix, y se sentó deliberadamente al lado de *la morena de Alix B*, como la conocían hasta ese momento. Su pelo oscuro llegaba hasta los hombros, lo que unido a su particular belleza y la forma física consecuencia de los exigentes entrenamientos que reciben los agentes de campo, provocaron que Bernardo se encontrara en aquella mesa y no en otra.

—Hola —dijo al posar la bandeja en la mesa.

Ella se limitó a mirarle a los ojos unos segundos, y a reanudar su almuerzo.

Pocas posibilidades.

—¿Has visto las noticias, alguna novedad? —insistió.

La chica negó con la cabeza prestando atención únicamente a su comida. No, definitivamente no había mucho que hacer, así que acudió al resguardo de Valverde, uno de sus compañeros, que comía un par de mesas más allá.

—¿De qué te ríes? —dijo Bernardo al sentarse a su lado.

Valverde señaló a la chica con un ademán.

—Olvídate, Bernan, esa es un bicho raro.

—Ya he visto, ya. ¿Qué le ocurre?

—Quién sabe... La trajo Marco, de hecho es su pupila. Se llama Marla, y lleva aquí casi desde el principio, pero no se deja ver mucho. He oído que tuvo una desgracia antes de venir y aprovecharon para reclutarla, supongo que eso la dejó tocada. Yo de ti no me acercaba mucho.

—¿Es que no hay una tía buena normal en este lugar? —se lamentó Bernardo.

—¿Y tú no puedes pensar en otra cosa? ¿Cuál es tu próximo trabajo?

—Parece que *Alix A* va a tener por fin algo de acción. Se comenta que Julio, el nuevo presi, está presionando para sacarle algo de rentabilidad a este lugar. Todo indica que el salto resultante va a ser esta tarde, y yo tengo todas las papeletas de ser el enviado. *Magallanes*, se llama la operación. No me dice nada.

—Ese Julio Steinberg... no sé yo —dijo Valverde ahogando un eructo—. Este es un lugar de investigación, si empezamos con el ansia de plata las cosas se van a hacer con menos cuidado. A Boris seguro que no le va a gustar.

—Boris no manda un carajo en esta compañía. Uy, uy —dijo Bernardo consultando su IA—, no sólo se ha confirmado el salto, sino que vas a ser tú el enviado.

Valverde dejó de comer, sorprendido.

—¿Yo? ¿Seguro?

—Ya lo creo. Y lo vas a hacer en plena digestión.

—Mierda —replicó consultando también su IA—, me quieren allí de inmediato. Ya te contaré —añadió saliendo tan rápido como pudo.

Valverde descendió hasta las instalaciones de *Alix A* pasando cuan rápido pudo todos los puestos y compuertas de seguridad. Su propia IA le guió hasta la sala de tránsito, donde encontró a Boris en persona, no sin sorpresa pues no solía interactuar con los agentes. Hablaba con otros dos empleados visiblemente enfadado.

—Ese *economidiota* lo va a estropear todo —decía Boris—, no deja de husmear. Bastó que leyera el informe preliminar de las sondas sobre la civilización humanoide para que interviniera, malditos analfabetos de corbata... ¡Los odio!

—Pero, ¿y qué quiere? —preguntó uno de sus ayudantes.

Valverde permaneció erguido, a la espera.

—De la lista de objetos que identificamos en los datos, le llamó la atención un aparato que cicatriza heridas. Lo quiere. Sí, como suena, lo ha visto y lo quiere. Como los niños caprichosos.

Un carraspeo de garganta logró que se percataran de la presencia de Valverde.

—Ah, sí. Irás con él —dijo Boris señalando a un compañero que estaba en la esquina. Le conocía, realizó con él algunos viajes en el pasado. Se llamaba Alexandre.

—¿Y bien? —dijo Valverde.

Boris consultaba datos en una consola incrustada en la pared y les hizo un gesto de espera con la mano. Valverde aprovechó para interrogar con la mirada a su compañero, pero Alexandre se encogió de hombros. No sabía más que él.

—Lamentablemente para vosotros, vais a ser los recaderos del nuevo presidente de la compañía. Bien, esta misión es especial, porque se trata de un mundo del caos que está habitado y no por humanos exactamente.

—Eso no me gusta —protestó Alexandre—, no me gusta nada.

—No he terminado. No son humanos *del todo*. Yo diría que son *sapiens* en un estadio más avanzado de la evolución, a juzgar por la anatomía, ni hablemos ya de la tecnología.

—Peor lo pones —añadió Valverde.

—Las quejas remitídlas al señor Steinberg, para mí esta operación no tiene pies ni cabeza. Pero claro, *lo quiere*. Mirad bien esta imagen.

Valverde contempló en la consola una foto que correspondía a un extraño dispositivo cónico en forma de *boomerang*. Se asemejaba a los antiguos secadores de pelo del siglo XX. Entonces cayó en la cuenta de que la prolongación blanquecina de la parte inferior era una mano de cuatro dedos., con una pequeña protuberancia en lugar del meñique. Se podía

apreciar la textura de la piel, de una transparencia levemente superior a la de un ser humano. Ningún pelo.

Por su columna vertebral ascendió un escalofrío.

—Debéis traerlos uno de estos —dijo Boris señalando al chisme—. Por lo que nos han enseñado las sondas, tiene el poder de reparar las heridas a escala microscópica en cuestión de segundos. Imagino que el señor Steinberg quiere aprovechar esta tecnología para favorecer a la compañía matriz, Alix Corp, y darle un empujoncito al departamento de investigación y desarrollo. Ya le advertí que no tiene por qué funcionar con seres humanos, pero a él le vale —Boris gruñó y chasqueó la lengua, visiblemente crispado—. ¡Si arriba hicieran bien su trabajo no tendrían que exprimirnos a los de abajo!

—¿Y... cómo...? —balbuceó Valverde.

—Ah, eso. Será rápido. Un disparo a uno de ellos y lo usará para curarse. Cuando lo saque se lo arrebatáis, rematadle si es necesario.

Valverde y Alexandre se miraron, incrédulos.

—¡¿Qué?! —gritaron al unísono.

—Lo siento, es lo que hay y tiene que ser hoy. De todas formas, suena más dramático de lo que realmente es. Gracias a las sondas tenemos las coordenadas de un lugar que sólo parece frecuentar uno de ellos. No penséis que os vamos a dejar en un tumulto.

—Qué tranquilos nos dejáis.

Boris frunció los labios, mirando a ambos.

—Sé que todo esto es muy precario, yo fui el primero en estar en contra de esta idea. Haremos esto: vosotros le disparáis, y si por casualidad el bicho fuera antibalas, regresáis. Desde que veáis, oigáis, oláis o sintáis cualquier cosa fuera de lo normal, ¡regresad! Si os entretenéis me veré obligado a no dejaros volver. ¡Vamos, vamos!

Boris nunca estaba con los que daban los saltos, por lo que verle dando órdenes en la sala de tránsito era muy extraño, y no calmaba los ánimos precisamente.

Valverde y Alexandre se miraban nerviosos dentro de las cápsulas, mientras en la sala de control el propio Boris manejaba la interfaz multiversal para mandarles allí.

La primera reacción siempre es rechazo a la luz. En su caso, Valverde se limitó a escudriñar su entorno con la mano en la frente. Estaban en la costa, casi podría decirse que en una playa. Nada en el paisaje le dio la impresión de estar en un mundo diferente al suyo.

—Escondámonos —dijo Alexandre—, el bicho debe llegar en cualquier momento.

—¿Pero y por dónde?

Retrocedieron hasta unos matorrales, y esperaron.

La tensión fue en aumento hasta que una figura humanoide, alta y delgada, apareció caminando desde un extremo de la playa. Valverde preparó su arma y apuntó como pudo entre las ramas. Ambos intentaron hacer el menor ruido posible, y cuando el ser estuvo a menos de veinte metros, disparó.

La víctima cayó al suelo emitiendo un extraño grito, parecido al llanto de un bebé pero más grave. Ambos salieron corriendo a su encuentro, y comprobaron que efectivamente el ser ya estaba usando el artefacto para curar su herida. La sangre salpicada en el suelo era más pálida que la humana.

Al verles, el humanoide se arrastró en dirección contraria, visiblemente aterrorizado. Eso no lo esperaban, ciertamente el terror era mutuo. Sin pensárselo, Alexandre le propinó una patada en la cabeza que no supo si lo dejaría muerto o inconsciente. A la vista el ser parecía más frágil que ellos, y por un momento se sintieron brutales neandertales agrediendo a un sapiens.

Valverde tomó el sofisticado sanador y le hizo un gesto a su compañero para volver tan rápido como pudieran al punto de encuentro. Pero a mitad de camino Alexandre emitió un grito desgarrador, y se precipitó en la arena intentando quitarse algo de la espalda.

Mierda, le han disparado.

A lo lejos, más figuras como aquellas se aproximaban, obligando a Valverde a acudir al sitio de recogida tan pronto como fue capaz.

Tuvo que explicar varias veces lo ocurrido en la sala de tránsito, pues obviamente cuando desaparecía un empleado en un viaje las pesquisas eran más numerosas de lo normal. Sin embargo, debido a la propia naturaleza de aquel viaje, no le presionaron demasiado. Si hubiera contado cosas más terroríficas también le hubieran creído.

Le dejaron el resto del día libre, pero Valverde no hizo nada concreto. Se limitó a vagar por las instalaciones, visitando de cuando en cuando el bar. La imagen de aquella extraña criatura aterrorizada y gimoteante intentando alejarse de él le persiguió hasta la cama.

Bernardo despertó al día siguiente soñoliento, con el característico aburrimiento de los últimos días, pero se alegró de encontrar a su compañero Valverde en el bar, con quien charló durante el desayuno. Sabía lo que le había ocurrido a la misión del día anterior, si bien escucharlo de su compañero era otra cosa. Lo que ocurrió en aquel otro mundo había marcado a Valverde, y ahí estaba, taciturno y meditabundo.

Tras recomendar a su amigo un antihistamínico para un fuerte escozor que sentía en las manos, Bernardo abandonó el bar para dirigirse al departamento de recursos humanos. Quería dejar de ser agente de campo por un tiempo, sobre todo viendo qué les obligaban a hacer últimamente.

Afortunadamente había una vacante de prácticas de operador en la sala de tránsito, y aprovechando que no había viajes programados para aquella tarde, el operador de guardia estuvo explicándole durante horas el funcionamiento de la maquinaria. Los operadores trabajan en una sala adyacente a la de tránsito, separadas por una enorme cristalera. Mientras

tomaba notas en su IA a solas, pues su mentor había salido a tomar algo al bar, la voz de la maquinaria habló alto y claro.

–Solicitud de regreso.

Bernardo miró con curiosidad a la consola. ¿Solicitud de regreso? Se suponía que no había ningún viaje programado para el resto del día, y sin embargo se trataba del regreso de un viaje reciente. ¿Un despiste de su instructor? Recordó sus palabras posteriores recalcando que, una vez confirmado el origen, las solicitudes se debían admitir de inmediato pues el agente podría encontrarse en una situación crítica. Así que aceptó la solicitud, y la IA de la maquinaria calculó el regreso para tres minutos.

Pasó apenas un minuto hasta que llegó el operador de guardia del bar, y al entrar en la sala de control Bernardo contó lo ocurrido. El hombre le miró con extrañeza, pero cuando miró el código de agente asignado al regreso sus ojos se abrieron como la onda que crea una gota en un estanque.

–¿Pero qué carajo has hecho?! –gritó intentando manipular la IA.

–He aceptado, como me dijiste que hiciera en estas situaciones –replicó él molesto.

–¡Pero esta no es una situación...! ¡Maldita sea! No hay manera de cancelarlo...

Bernardo percibió el galope de su corazón ante no sabía qué, contemplando al operador llamar a los técnicos de la sala de tránsito a través de su IA personal.

Estaba histérico.

–¿Me vas a decir qué está pasando?

–¡Es Alexandre! –gritó– El de la misión de ayer, el que fue capturado en aquel mundo, ¿entiendes? No puede volver bajo ninguna circunstancia ¡Ni siquiera sabemos si realmente es él, mierda!

La maquinaria empezó a zumbear como un reactor, preparándose para la llegada, lo que les angustió aún más. Sólo quedaba un minuto.

En pocos instantes llegaron tres técnicos portando su equipamiento en maletines. Con una rapidez inusitada, retiraron uno de los mosaicos del suelo de la sala de tránsito, y empezaron a separar cables.

—¡Sólo quedan treinta segundos, inútiles! —gritó el operador fuera de sí.

Los técnicos ni se inmutaron ante los gritos, y continuaron apartando cables mientras otro les daba indicaciones consultando su IA de muñeca.

La cuenta atrás marcaba diez segundos, y Bernardo sintió la tentación de darle un puñetazo al aterrado operador, que daba golpes al cristal para apremiar a los técnicos. No lo conseguirían.

Al fin, uno de ellos alzó una triunfal mano agarrando un grueso cable arrancado, al tiempo que se vio cegado por un destello cuyo origen estaba en el centro de la sala de tránsito. Al destello le siguió una implosión que acabó impregnando el cristal por el que miraban el operador y Bernardo de un líquido oscuro, con viscosos tropezones. El operador se dio cuenta antes que él de qué se trataba, y fue tras su violento vómito cuando Bernardo también entendió lo que había pasado.

—No... no me digas que detuvimos la materialización... ¡a medias! Oh, *puaj...*

Pero no obtuvo respuesta. El operador se había desmayado.

A él le faltó poco para vomitar también, y salió de allí tan pronto se lo permitieron, pues bloquearon la entrada hasta aclarar lo sucedido.

Mientras llegaba a su dormitorio para dar carpetazo a aquel día lo antes posible, pensó en lo extraño que se estaba volviendo todo, lo que estaba cambiando *Alix A*. Cada vez menos información, cada vez misiones más peligrosas, cada vez más incidentes, muertes incluso.

Ayer lo de Valverde, hoy esto...

Al día siguiente, durante el desayuno, se le acercó un conocido de la enfermería, Esteban, con muy mala cara.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Bernardo tras hacerle sitio en la barra.

–Valverde ha muerto –replicó acomodándose al lado de Bernardo.

Parpadeó muy rápidamente, aún con algo de sueño.

–Una extraña reacción –continuó Esteban–, se le ulceró todo el cuerpo. Fue horrible. Están investigando su mapa genético por si se tratara de un desorden de ese tipo. Tal vez fuera una reacción alérgica al viaje de hace dos días.

–Tal vez, ayer le vi ayer rascándose mucho las manos.

–Sí, ahí debió empezar.

–Espero que aquel maldito chisme valiera la pena –dijo Bernardo dando sorbos de su batido.

–Me temo que no –anunció Esteban–. Tras pocas horas de estudio, el artefacto que se trajo Valverde se derritió como si fuera miel. Biodegradable en nuestro ambiente. Ya no sirve.

Bernardo no pudo sino negar con la cabeza, en un ademán de desaprobación.

Cada vez le gustaba menos aquella compañía, claro que el contrato de Alix para sus instalaciones secretas es de por vida y sólo se rescinde con la muerte.

Estban se marchó a la enfermería tras despedirse y palmearle el hombro. Durante unos minutos Bernardo permaneció allí, abatido, acabando lentamente con su desayuno. Echó un vistazo a los demás trabajadores que comían en las mesas, unos diez, completamente ajenos a todo lo que él había pasado. Le llamó la atención una mujer que consultaba su IA completamente absorta, mientras se rascaba insistentemente la mano derecha.

Mientras se rascaba insistentemente sus manos. Mientras...

La inyección de adrenalina tras atar cabos le hizo empezar una frenética carrera hacia la salida de Alix A.

–¡Eh, con cuidado!

Sabía que tenía cámaras observándole en cada pasillo que atravesaba a toda velocidad, pero con suerte no le verían.

—¡Berni, pero qué...!

Su corazón bombeaba como nunca antes lo hizo y cuando llegó a la compuerta de despresurización dijo en voz alta su nombre y número de identificación, casi sin aliento, pero la compuerta no se abrió.

Procuró respirar hondo y calmarse, pues probablemente estaba tan cansado que su voz salió irreconocible.

—Bernardo Shepard, código dos, cuatro, dos, uno, cinco, hache, Alix A
—dijo con voz más clara, nuevamente sin éxito.

Cuando aspiraba para repetir su nombre, las luces se apagaron y el zumbido de los ventiladores del suministro de aire dejó de oírse.

Apenas prestaba atención a los gritos de pánico provenientes del pasillo que daba a la instalación, ahora a oscuras. Se limitó a golpear la compuerta con puñetazos y patadas.

Una vez, y otra, y otra más...

Cuarto interludio

– ¡Guau! – exclamó Olaf–. Creo que ahora entiendo la importancia de los gérmenes...

– Me alegra oír eso.

– Tantos universos... creo que me duele la cabeza de sólo imaginarlo.

– Sí, es complicado.

– ¿Cómo puedes saber con tanto detalle lo que allí ocurrió?

– Me lo contó el *errante dorado*...

– Muy graciosa – dijo él al ver la carcajada de su madre originada su cara al escuchar cualquier cosa sobre aquella leyenda–. Creo que ahora me apetece una historia que transcurra en este universo, sin tantas complicaciones.

– ¿Como por ejemplo?

– ¡El errante dorado!

Marla puso los ojos en blanco.

– Ya te dije que al final, y aún lo estoy pensando. Pero estoy de acuerdo, hagamos un descanso del multiverso, Armantia también tiene historias interesantes.

– ¿Tienes algo de asesinatos reales, traiciones e intrigas palaciegas?

– Como esas novelas que lees, ¿eh? Pues mira, sí, tengo una de esas.

– ¡Sí! – exclamó Olaf con excitación.

–Ni tu padre ni yo estuvimos involucrados directamente, pero todo se desarrolló a nuestro alrededor. Cuando Erik Sturla, antiguo rey de estas tierras, murió asesinado, casi se desencadena una guerra como sólo los más viejos de entonces recordaban. Que coincidiera con mi llegada ya dio bastante a los supersticiosos para relacionar ambas cosas y considerarme un pájaro de mal agüero. En fin, conoces algunos detalles.

–No mucho, y en la escuela apenas se habló de eso. Sé más sobre lo que hicisteis mi padre y tú para evitar la guerra, pero la muerte de Erik parece un asunto incómodo hoy en día.

–Porque una facción debrana estuvo involucrada, y ahora que Debrán no existe, pues fue anexionada a Turín, se prefiere obviar el tema para no herir sensibilidades ni reabrir viejas heridas entre la población turinense y debrana, aún en proceso de integración. Pero olvidar es malo, en mi opinión... Todo comenzó hace tantos años como tienes, Armantia había gozado de más de medio siglo de paz, pero la situación se estaba volviendo insostenible...

Una muerte anunciada

—Esto no tiene sentido, Olaf —dijo Erik, rey de Turín. Al fruncir el ceño, pensativo, un mar de arrugas recorrió su viejo rostro; ya empezaba a sentirse mayor para aquello—, los hervineses siempre han sido nuestros aliados más cercanos. ¿Para qué iban a querer espiar en nuestro territorio? —alzó la mano y cerró los ojos, ante un recuerdo lejano que le llegaba— ¿No ocurrió una vez que agentes debranos se hicieron pasar por hervineses aquí?

—Así es, mi señor —respondió Olaf—, es una posibilidad a tener en cuenta.

—Mantenme informado.

—Sí, señor.

Olaf salió del gran salón y se dirigió a la armería. Cabeza del aparato militar de Turín y segundo del rey, Olaf había mantenido al ejército turinense durante varios años como el mayor y mejor entrenado de toda Armantia. *Gran General* lo llamaban, pese a que no había ejercido en ninguna guerra o batalla.

Encontró en la armería a Gardar, hijo y heredero del rey, quien practicaba distintos toques con varios soldados. Estocadas rápidas, *clinc clanc* y otro soldado con acero a centímetros del cuello; pero no pasó por alto que los soldados se dejaban vencer disimuladamente para satisfacer al joven heredero.

—Dejadnos a solas —dijo Olaf a los soldados, quienes no habían reparado en su presencia.

—Ah, Olaf —exclamó Gardar con sorpresa— ¿Has visto cómo dejo a tus soldados? Se diría que alguien no hace su trabajo últimamente.

—No lo haces mal —replicó extrayendo una espada de la pared—. Pero deberías separar un poco más las piernas y vigilar tu flanco derecho. El enemigo no tiene porqué ser diestro. Y esto no es un juego, la arrogancia y las chanzas sólo tienen cabida en las disputas de holgazanes taberneros —añadió contemplando su reflejo en la hoja—, pero eso lo podemos arreglar ahora.

Gardar se colocó en guardia, esperando el ataque. Olaf se acercó a él, aparentemente relajado, y comenzó a andar en círculos alrededor del dispuesto heredero, quien no le quitaba ojo. A Gardar le ponía de los nervios que Olaf caminarara cuando se suponía que lanzaría un ataque de un momento a otro. Le bastó al general mirar apenas un instante al suelo para que Gardar involuntariamente hiciera lo mismo, momento que aprovechó para lanzar una estocada que su oponente apenas pudo rechazar.

Gardar enfureció.

—Concentración.

Esta vez atacó el chico. Sucesión de estocadas con cuello y abdomen como objetivo. *Clanc, clinc*, una tras otra Olaf las detenía sosteniendo la espada con una sola mano. *Debo haberlo irritado de verdad*, pensó, *cuánta fuerza. Ya aprenderá a controlarla*. De improviso, Gardar lanzó una punta a su pierna izquierda, que esquivó de milagro.

—Esa ha estado bien —concedió Olaf. Pero le dio la impresión de que de no haberlo esquivado hubiera acabado herido. Se separaron, esta vez le tocaba atacar a Olaf de nuevo. Una vez más, el general anduvo alrededor del enfurecido Gardar, pero sin atacar, simplemente le miraba a los ojos. La desesperación de Gardar se hacía más evidente.

—¿Es que no piensas atacar?

—¿Como si fuera mi turno? ¿Crees que el enemigo va a luchar contigo por turnos, Gardar?

—¿Qué enemigo? —dijo el heredero mirando a su alrededor— No hay enemigos, Olaf, nunca los hubo. Tenemos al mejor ejército de Armantia

podriéndose en campeonatos zafios y tareas banales. Ese es tu problema y el de tus hombres, que... —el aire silbó con el paso de la espada de Olaf, que pilló totalmente desprevenido a Gardar. El choque entre las dos espadas fue brutal, e hizo retroceder bruscamente al hijo del rey.

—Hablas demasiado, Gardar, ese es tu problema.

El contraataque de Gardar fue feroz, Olaf tuvo que valerse ya de las dos manos, rechazando y esquivando estocadas que iban en todas direcciones y que no estaban demasiado medidas a *casi* dar. En ese momento decidió acabar con aquello; modificó una de sus estocadas con fuerza y la espada de Gardar salió volando. Por breves instantes, la mirada del heredero siguió previsiblemente la trayectoria de su arma, momento en que Olaf aprovechó para darle un pequeño puntapié en el punto adecuado de su pierna, obligándole a arrodillarse. Antes de comenzar siquiera el ademán de levantarse, Gardar tenía la espada a centímetros de su cuello.

—¡Eh, eso no me lo has enseñado! —exclamó Gardar, su rostro enrojecido y contraído por la rabia y el esfuerzo.

—Todos tenemos una arma secreta. ¿Sigues queriendo un enemigo? —dijo Olaf jadeando.

—Sin una batalla esto es sólo n juego.

—No has estado en ninguna —dijo Olaf retirando su espada del cuello del heredero.

—Tú tampoco —espetó el heredero.

—Pero he conocido a gente que ha estado. Tu propio padre participó en la última. No deberías tener tantas ansias de verla —añadió colgando de nuevo su espada en la pared—. Buenos días —dijo al fin retirándose.

—Cobarde —alcanzó a decirle Gardar.

Olaf salió de la armería pensando, muy a pesar suyo y pataletas reales aparte, que Gardar tenía razón. Es difícil pretender tener un gran ejército preparado sin tener nada contra lo que prepararse. A menudo organizaban torneos y campeonatos, pero al final eran simples juegos para mantenerles

ocupados. Notaba esa presión en las filas, sus hombres buscaban la menor excusa para mantener una reyerta.

Había hablado mucho de ello con el rey Erik, quien hacía lo posible por no difundir sus roces diplomáticos con Debrán, pero la rivalidad era inevitable; Debrán era el otro gran reino de Armantia y además el país vecino, era la fuerza con la que los turinenses esperaban medirse algún día pese a que en la realidad Debrán no tuviera tal tradición militar. Era la nacionalidad de muchos de los villanos de la cultura popular turinense.

Se estaba enrareciendo el ambiente, sí. Y la posición del heredero no ayudaba nada. Nada en absoluto. Deseó que tuviera todo el tiempo del mundo posible para madurar antes de ser rey.

A caballo, Olaf se dirigió a la ciudad atajando por varias zonas verdes. A mitad de camino paró al oír un zumbido extraño proveniente de la tundra y, más allá, entre los árboles, fue sorprendido por un fugaz destello al que siguió un estruendo muy parecido al de un trueno, que le hizo caer del caballo. Soltando mil y un improperios entre doleroso por la caída y con un poco de cojera, se dirigió espada desenvainada y muy tenso hacia el lugar donde oyó el ¿trueno?

Observó que la hierba estaba aplastada en todas direcciones, cuyo centro era... una mujer que yacía en el suelo.

La escrutó sin terminar de identificarla. Debía estar en su tercer decenio, como él, tenía un cabello oscuro, muy levemente pelirrojo y llevaba una ropa extraña, de un sólo color y pegada al cuerpo, sin prendas sueltas. Temía que estuviera muerta, pero alcanzó a oír su respiración. Debía estar inconsciente, lo que le dio la suficiente confianza como para agacharse y verla más de cerca; llevaba algo blanco atado a su pecho, con una escritura rectilínea que no obstante pudo reconocer:

“M.E.B Alix B 34”

¿Alix? Conocía esa palabra. Decidió esperar a que la chica despertara y pudiera darle una explicación. Mientras, lo mantendría en secreto.

Tras echar un vistazo a su alrededor, la incorporó junto a él en su caballo con dificultad, atándola convenientemente, y continuó su camino hacia la ciudad mientras anochecía.

Despertó Girome, hijo e igualmente heredero de Gorza, Rey de Debrán. Pelo revuelto y castaño oscuro, tez pálida y bastante delgado, estaba cerca de su vigésimoquinto cumpleaños. Dado que no pudo volver a conciliar el sueño acudió sigiloso a la estancia en la que se encontraba su padre, que no le dejaba estar presente en las charlas importantes.

Así que hizo lo de costumbre; se acercó a la puerta hasta escuchar voces cerca de la esquina en la que podía ocultarse si alguien salía, y prestó atención...

—¿No te parece que te estás apresurando, Delvin? —preguntó su padre.

Gorza estaba ciertamente mejor alimentado a sus cuarenta y dos años que su hijo sin llegar a la obesidad, tenía un cabello rubio algo escaso y totalmente caído que le llegaba hasta los hombros y que con frecuencia le tapaba parte de la cara, dándole un aire inquietante.

—Considérelo excelencia, son ya trescientos años, debe admitir que Courville ya no es la zona más importante de Debrán, nuestra imagen precisa de un nuevo emplazamiento para el castillo —al ver que el rey se disponía a protestar, Delvin alzó una mano en un sinfín de apurados gestos, parte de su frenético estilo —¡No os preocupéis por las arcas! El todopoderoso proveerá de peones que puedan llevar a buen término semejante proyecto.

Delvin sí que le resultaba amenazador. Siempre con túnica oscura, calvo y con una desagradable sonrisa sin especial abundancia de dientes. Era el consejero del rey, pero también llevaba el aparato religioso que gobernaba al país. Girome había visto cómo Delvin podía hacer y deshacer la justicia debrana, pues *Suma Voz* era su cargo. Mantenía firme el poder de su padre, que por tanto dejaba hacer a Delvin, en una tensa simbiosis.

—La fe moverá montañas, pero no castillos —respondió su padre.

—Insisto en que su excelencia no debe preocuparse por ese punto. Como verá, la fe puede moverlo todo, nuestros sacerdotes se encargarán de dar el mensaje adecuado...

—La respuesta es no, Delvin.

—Pero su excelencia sabe que nuestros creyentes no estarían contentos.

—¡He dicho que no! —restalló Gorza, golpeando el trono con el puño— ¡Ni se te ocurra intentar chantajearme o amenazarme por la vía religiosa! Tú puedes controlar a los creyentes, pero yo puedo hacer que no salgas vivo de este salón. Recuerda en qué consiste nuestro acuerdo. Estás donde estás porque me puedes poner las cosas más fáciles.

—No lo olvido excelencia, en ningún momento he tenido tales intenciones —replicó con docilidad.

—Bien —dijo Gorza con una mirada inquisitiva—. Abordaremos este tema más tarde, ahora mismo quiero retomar lo del ejército debrano... tenemos hombres, los cuarteles están a punto... ¿Qué falta?

—Nuestros herreros y alquimistas están logrando grandes avances en la creación de armas que nos permitirían ser independientes de Dulice en no muchos años... y ya hay veteranos de las antiguas guerras dispuestos a instruir, pero... Mi señor, es imposible que todos estos movimientos pasen desapercibidos eternamente y sería una enorme provocación para el resto de Armantia... quiero decir, tenemos una paz que tardó mucho en cuajar, sigo sin ver la razón... En fin, ya conoce su excelencia mi opinión.

—De hecho sí, por lo que harías bien guardándotela... —el rey rascó su barba semicana unos instantes, pensativo— puedes estar tranquilo, Delvin, esto no lo hago por emprenderla con nadie, sino porque tengo un mal presentimiento...

—Todos tenemos presentimientos excelencia, pero no podemos dejar que...

—¿Sigue cayendo la economía dulicense, Delvin? —interrumpió el rey como si no le hubiera escuchado.

—¿Cómo dice vuestra excelencia?

–Dulice... creo recordar que su venta de armas había empezado a menguar más de lo habitual.

–Así es excelencia, probablemente estén afrontando su peor año en el comercio desde hace mucho tiempo.

–Eso creía... –dijo con aire absorto y a la vez grave– De hecho me he enterado hace poco que Turín les ha arrebatado un importante acuerdo comercial relacionado con el arroz... márchate Delvin, necesito pensar.

–¡Pero eso es mentira! –gritó Ellen Lynn. Anciana y viuda, Lynn era la gobernadora de Hervine, país adyacente al reino de Dulice, el cual les separaba de Turín y Debrán.

–Cierto, mi señora, pero eso es lo que parece comentarse en Turín: que intentamos espiar en su territorio –dijo preocupado el consejero Courtland, siempre firme y con educados gestos.

La gobernadora tamborileaba el apoya brazos del trono con el dedo índice, pensando. Su nerviosismo era bastante evidente.

–Alguien nos la está jugando, Courtland. Esto es inaceptable. Completamente inaceptable.

–¿En qué piensa mi señora?

–Envía un mensajero en secreto a Turín... y cuando digo secreto quiero decir que ni Debrán ni Dulice pueden olerle, le haremos pasar por donde más convenga sin pedir permiso, así que debe salir bien. No hablo de fronteras, quiero que llegue al mismísimo castillo de Erik, él entenderá que tanto riesgo no es por nada. Y envía al mejor hombre que tengas ¿Queda claro?

–Como el agua mi señora, creo que es, sin duda, tarea para Keith Taylor. ¿Qué mensaje deseáis transmitirle al Rey de Turín?

–Que sabemos lo que ellos creen saber, que por supuesto es falso y que tenga cuidado: todo esto tiene que ver con él, seguro. Anda más sobrado de enemigos que nosotros, bastante más.

—Así se hará. Por cierto mi señora, Dulice sigue a la espera de que les demos la fórmula de nuestro polvo explosivo a cambio de un buen surtido de armas. Quieren una respuesta.

—Antes muerta que dejar en manos de Dulice algo tan destructor. No lo usarían, harían algo aún peor: lo venderían. Imagínate que los señores de Los Feudos arreglaran sus diferencias con nuestro polvo explosivo, Courtland.

—Debiéramos responderles cuanto antes.

—Por supuesto, dales la negativa más cortés que sea posible. Pero que les quede claro que nuestros descubrimientos no están al servicio de la guerra. O al menos no a la que no sea nuestra.

—Presiento que ante la negativa se verán atraídos a la idea de tratar de hacerse con alguno de nuestros artesanos para tener el invento igualmente, mi señora.

—¿En serio crees que serían tan osados? Redobla pues la vigilancia y que cualquiera de nuestros sabios con conocimientos sensibles que quiera viajar a Los Feudos, lo haga a través de Debrán, lo más lejos posible de Dulice.

—¿Eso es todo, mi señora?

—Sí, puedes marcharte, Courtland.

No está resultando nada fácil, Boris, pensó Lynn. Nada fácil.

Raimundo y Carina, reyes de Dulice, recibían a tres de sus consejeros que entraban en el salón apurados y casi a traspiés. Era el matrimonio más joven que reinaba en Armantia, llegando ambos a la treintena. Gozaban de una gran imagen en su propio país, sobre todo por la inhóspita belleza de Carina: pelo dorado, suaves facciones y ojos verdes.

—¡Bien! —exclamó Raimundo, alzando y abriendo las manos con semblante alegre— ¿Qué estáis tan ansiosos por contarnos? ¿Cuales son las buenas nuevas?

—La situación es grave mi señor, Turín nos ha arrebatado la compra de arroz que casi teníamos cerrada, y las cosechas de este invierno han sido muy malas... —dijo un consejero mientras Raimundo fruncía el ceño.

—También nos hemos enterado, mi señor, de que Gorza está preparando un ejército y entrenando a sus propios artesanos y alquimistas para la creación de armamento y quién sabe si su venta; en no mucho tiempo dejarán de necesitarnos para armarse —añadió otro consejero casi sin aliento mientras Raimundo torcía aún más el gesto.

—Y, mi señor, hemos recibido la negativa de la gobernadora Lynn ante nuestra petición de polvo explosivo, y no parece muy interesada en comerciar con nosotros sobre sus otros descubrimientos —concluyó atropelladamente el tercer consejero, mientras Raimundo evidenciaba su asco.

—Querido —dijo a su lado Carina—, mi digestión se alegra de que no te hayas interesado por las malas nuevas.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Raimundo a sus consejeros, fastidiado por el sarcasmo— marcharos, Carina y yo tenemos que hablar en privado.

Los consejeros salieron del salón aliviados pero también visiblemente afectados, pues las nuevas eran en verdad muy malas. El rey miró fijamente a Carina, hablando en silencio.

—Ni se te ocurra... —dijo ella, adivinando sus pensamientos.

—Ya lo hemos hablado, es preciso.

—Raimundo, no. Tiene que haber otra manera...

—Carina, la gente va a pasar hambre y las arcas ya flaquean. Dulce se muere, y no voy a permitirlo. Ni tú tampoco.

La reina asintió, su mirada perdida en el suelo, en un silencio de varios minutos.

—¿Quiénes? —dijo al fin.

—Turín y Debrán. Su rivalidad facilitará mucho las cosas, además, Gorza se verá obligado a detener sus proyectos armamentísticos y ambos

nos comprarán armas a mansalva. Necesitamos una guerra –dijo el rey con tono seco, también sumido en sus pensamientos. Carina le seguía mirando como si aún faltara lo peor; provocar una guerra no era fácil.

–¿Y el detonante?

Raimundo la miró entonces directamente a los ojos.

–Un furtivo e inesperado ataque al rey de Turín. Nada fatal, un susto. Nos aseguraremos de que crean que fueron los debranos. Sabiendo la inquina que tienen los turinenses a los debranos, eso bastará.

Carina miró con desesperanza al estandarte dulicense colgado en el salón, las dos espadas con guirnaldas rojas. *Expuestas pero no dispuestas, pensó. Juntas pero no cruzadas en batalla. Y sin embargo ahora las usamos, indirectamente. Cuánto hemos cambiado...*

Keith Taylor atravesaba tan rápido como podía la espesura, bajo la Luna llena. Gracias a que la lluvia y los truenos amortiguaban sus pasos, su ritmo era más holgado. Ya estaba llegando al castillo de Erik, donde esperaba darle personalmente el mensaje que se le encomendó llevar de la gobernadora Lynn, cuando empezó a oír gritos que le obligaron a acercarse con el mayor de los sigilos, de arbusto en arbusto.

Quedó finalmente a una distancia prudente de un grupo de unas dos docenas de hombres, arqueros debranos a juzgar por la vestimenta, quienes parecían ocultarse tras la espesura entre cestos repletos de flechas.

¿Qué hacen estos aquí? Nada bueno.

Alguien que parecía liderarlos alzó un brazo y todos tensaron sus arcos apuntando al cielo. Tras unos instantes, gritó sonoramente y una considerable descarga de flechas se disparó a la campiña cercana al castillo, ante la estupefacción de Keith.

Gritos lejanos despertaron a Gardar, y le obligaron a salir de la cama. Junto a los gritos oía una lluvia insistente, no en vano fue un relámpago lo que indicó a sus aún entrecerrados ojos dónde estaba la ventana a la que se asomó; más gritos, caballos, arcos, relámpagos. Tardó en darse cuenta de lo que estaba pasando: el castillo estaba bajo ataque.

Alguien se asomó a su lado; era su madre, Celestia, quien también contemplaba horrorizada la escena. Los caballos eran los suyos, turinenses, y los arqueros parecían disparar a una arboleda cercana de la que igualmente salían flechas a destajo que no les dejaban acercarse.

Chirrido metálico y golpe seco. El portón castillo había caído y de él salía un destacamento liderado por Erik, su padre, dispuesto a apoyar a la caballería.

El grupo de arqueros se agitó mucho al ver algo que Keith no podía ver desde su posición. Empezaron a vociferar *¡El destacamento del rey! ¡Es él!* mientras el líder intentaba decir algo que no llegaba a trascender entre el griterío general. Parecía persuadir a sus hombres de atacar al rey, pero uno de los arqueros se volvió y atravesó la garganta del líder de un flechazo, ante la sorpresa de Keith.

La actitud de los anónimos invasores cambió y una brutal descarga de flechas cayó sobre el destacamento del rey cuando apenas había llegado a la infantería. Esta descarga fue significativa porque en ella predominaba el azul; todas las flechas tenían un pequeño banderín azul en la parte trasera, era el color de los útiles de batalla de Debrán y seguramente incluyera su estandarte aunque Gardar estaba demasiado lejos para fijarse.

Vio a su padre caer atravesado por varias de ellas así como a varios de los que estaban a su alrededor. Un escalofrío le subió desde el estómago mientras se le aceleraba el corazón; a su lado, su madre ahogó un grito.

Los alaridos que clamaban *¡El Rey ha caído!* lograron reagrupar a todos los turinenses alrededor de su cadáver, pero no salieron ya más flechas de la arboleda. Los atacantes se habían marchado.

Una mano apretó firme el hombro de Gardar, quien oyó a su madre decir, con la voz quebrada:

–Ahora eres el rey.

El peso de la mano le pareció de pronto insoportable.

Keith vio cómo los presuntos debranos ponían pies en polvorosa, y presumiblemente tropas turinenses irían detrás. ¡Habían abatido al rey Erik! Si se quedaba ahí... un espía extranjero en medio de un asesinato real era hombre muerto, así que siguió el ejemplo de los atacantes y huyó de allí tan rápido como pudo.

–Mi señor, tenemos que hablar de lo sucedido –le dijo Olaf, visiblemente cansado y cojeando tras el ataque. A Gardar le impresionó mucho que Olaf (otrotra compañero de juegos y maestro de armas) le saludara a la manera militar y se dirigiera a él como "mi señor".

–No hay nada de qué hablar. Tú lo has visto, Olaf, fueron los debranos. Ya conoces el odio y envidia de Gorza hacia... mi padre, hacia Turín, hacia todos nosotros.

–A eso mismo me refería, mi señor –dijo Olaf lentamente. Era evidente que Gardar ya estaba dirigiendo su odio a Debrán y el general elegía cuidadosamente sus palabras para no enfurecer aún más al joven rey por dejarle sin cabeza de turco. Porque sabía que al maldito niño le gustaba más una guerra que comer– Debéis ser precavido con las pruebas, es posible que los banderines azules fueran señuelos para hacernos creer que eran debranos. Este ataque supondría la declaración de una guerra que no les conviene, además de que faltan aún las razones para ella. Es importante no precipitarse ahora mi señor.

–Conozco ese tono Olaf. Estás dudando.

No puedo ocultárselo, pensó el general.

—Poco antes del ataque descubrimos que Gorza está armando un nuevo ejército y creando su propia industria armamentística. Y sí, es una poderosa coincidencia y algo nada convencional en tiempos de paz, pero sólo justificaría un ataque en el futuro, no ahora.

—¿Qué sugieres?

—Debéis exponerles la cuestión, mi señor. Dadles un mes para que nos ofrezcan pruebas de que el ataque no fue suyo. Dada la situación, moverán cielo y tierra en busca de ellas.

—Que sea una semana. ¿Dónde está mi madre?

—En sus aposentos, leyendo el testamento de vuestro padre como ordena la ley.

—De acuerdo —dijo Gardar pensativo. La cabeza le daba vueltas, estaba totalmente desorientado. No había terminado de aceptar lo sucedido y menos aún se hacía a la idea del compromiso que suponía ser rey de Turín. El mayor país de Armantia... se mareaba de pensarlo. Olaf seguía ahí, aguardando algo, y entonces cayó en la cuenta— Puedes retirarte.

Se dirigió a los aposentos de su madre, pero no vio a nadie en la habitación, tan sólo vio el baúl abierto y papeles revueltos. Afuera se oían gritos, que crecieron a alaridos y llantos, por lo que Gardar se vio obligado a asomarse. Uno de los guardias estaba asomado por una de las ventanas y fue a prevenir a Gardar cuando se dispuso a hacer lo mismo, pero no llegó a tiempo.

El cuerpo de Celestia yacía abajo sin vida, rodeado de gente. Gardar decidió entonces que no esperaría ninguna semana. Apretó los puños con lágrimas en los ojos y le asestó un doloroso golpe a la pared de piedra. El guardia se le acercó. Pudo reconocerle, era Sigmund Harek, de la guardia real. Le conocía de vista.

—Esta desgracia merece ser vengada, majestad. Sé quién lo hizo... y cómo vengar vuestra desgracia, si me dejáis aconsejaros.

El rey Gorza escuchó todo sin decir una palabra, asintiendo con la cabeza. Parecía haberlo encajado bien. Erik muerto. Sí. Debranos sospechosos. Ya. Reina tonta se suicida. Bien. Hijo vengativo hereda Turín. Genial... Permaneció rumiándolo largo rato en silencio, hasta que enloqueció y empezó a tirar cosas.

– ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! – gritaba una y otra vez.

– Excelencia, debéis considerar esto con calma...

– ¡No me vengas con esas, Delvin! ¡Un malnacido crío de quince años controla uno de los países más poderosos de Armantia, que curiosamente es adyacente al nuestro y cree que yo ordené matar a su padre! ¡Mal rayo parta a la calma! ¡Y encima a su madre le da por creerse pájara y descubren lo de nuestro ejército! Dios...

– Recurrís a Dios... nuestros sacerdotes pueden proporcionaros ayuda espiritual su exce...

– ¡Mal rayo te parta a ti también, Delvin!

– ¿Iréis al funeral? Habéis sido invitado, al igual que el resto de gobernantes.

– Pues claro que iré, eso como mínimo. Lo que me faltaba, tener que excusarme con el hijo de Erik. La cosa se va a poner muy, muy fea, Delvin. ¿No has recibido ninguna información al respecto?

– Ha sido una completa sorpresa, excelencia.

– No lo entiendo, no tenemos una enemistad tan flagrante con nadie. Vale, los turinenses nos tienen ganas, pero con su rey cadáver no podemos hablar de falsa acusación. Da igual, redobla la vigilancia en las fronteras de forma discreta mientras esto dure. Y entérate de qué se comenta en Los Feudos sobre esto.

– Así lo haré, excelencia.

Gorza no pudo ver la cara de Delvin al salir del salón. Sonreía de oreja a oreja.

—No me lo puedo creer —dijo Lynn, la gobernadora hervinesa. Volvió situar su lente ante sus cansados ojos y leyó de nuevo la nota enviada desde Turín que Courtland le había entregado— A Gorza el rey Erik le caía como un picotazo debajo de la espalda, pero no le creo capaz de esto. Y lo peor aún está por llegar —añadió apartando la lente—, sólo nos resta permanecer fuera del torbellino.

—¿Creéis en verdad que Turín tomará represalias? En la carta no culpan a Debrán directamente... —dijo Courtland.

—Salta a la vista que la ha escrito Olaf —replicó con un cansado suspiro—. Intenta ser diplomático, pero ahora tiene que aguantar los arrebatos de un quinceañero hecho rey. ¿Cómo es posible que coronen a alguien tan joven?

—En Turín quince es justamente la edad legal en la que un heredero puede reinar sin la ayuda de un tutor si así lo desea.

—Están locos. Y luego Celestia se suicida... Aquí hay muchas cosas que aún no sabemos —volvió a suspirar. Le echó una última ojeada a la nota, y se la devolvió a Courtland— Por cierto, ¿seguimos sin noticias de nuestro espía y mensajero favorito?

—No hay señales de Keith mi señora. Empiezo a temer por él. Las actuales circunstancias son las peores para su aparición en Turín, a decir verdad.

Raimundo terminó de leer para sí la nota y le dio una patada tal a una maceta que acabó desperdigada al otro lado del salón, tras lo cual soltó un sinfín de maldiciones.

—No tenía que morir... tenía que ser sólo un susto...

—¿Ha muerto?! —gritó Carina con los ojos desorbitados.

—Y Celestia se ha suicidado —añadió tras sentarse, tapándose la cara con las manos con gesto de cansancio— Qué desastre... El jefe de del grupo también fue asesinado. Nuestros arqueros nos traicionaron, pero a favor de quién...

–Gorza es el candidato número uno.

–No, el ataque ya se suponía debrano. Lo hubieran hecho ellos mismos, no tendría sentido. Eso es lo que más me preocupa, Carina. Primero, que alguien quisiera matar a Erik, y segundo, que conociera nuestras intenciones. En fin... a rey muerto, rey puesto ¿No es lo que dicen? Su hijo tomará la corona y nuestro plan sigue en el buen camino.

–En el buen camino –resopló Carina—. Te has cargado a los reyes de Turín, Raimundo, a los dos. ¿Nada que decir?

–Yo no he mat...

–Sí, has sido tú –cortó Carina—, tú ordenaste el ataque.

–Era necesario y lo sabes, Dulice se va a morir de hambre...

–... por tu penosa gestión...

–Nuestra penosa gestión, querida. Y no seas tan dramática. Son sólo negocios.

–Claro. Me pregunto qué ha evitado que seas señor en Los Feudos en vez de Rey de Dulice.

–No te pases –advirtió Raimundo levantando el dedo índice—. Además Erik podía haber muerto en cualquier momento, tenía ya una salud delicada y muchos inviernos a sus espaldas.

–Bonita excusa –dijo Carina—. Espero que el dinero te sirva al menos para crear una buena defensa por si Turín decide invadirnos con nuestras propias armas.

–¿Invadirnos Turín? Eso es lo más estúpido que he oído.

Quinto interludio

—¡Qué emocionante! Y qué villano ese Delvin. Pensaba que lo más ruin que había hecho era acuchillar a mi padre.

—Si sólo ves héroes y villanos, hijo, dejarás de ver que simplemente hay personas que hacen cosas buenas y malas, y sus consecuencias. El origen de la muerte del rey Erik no fue sólo Delvin.

—Te refieres a Raimundo, el rey de Dulice. Pero, madre, el no quería matar a nadie...

—No para crear la guerra. ¿Pero luego qué crees que sucedería en la guerra? La gente muere en las guerras, Olaf. Cuando todo aquello pasó, Keith y yo hablamos de ello en una ocasión; llegamos a la conclusión de que los que crean y difunden el odio son quienes provocan las guerras, no sólo los atacantes evidentes, sino también las negras manos que desde atrás les han empujado. Así que cuídate de ser superficial, no identifiques el odio con lo vulgar de las palabras, lo incorrecto de las formas o lo egoísta del gesto... hay gente refinada y de trato amable que moriría envenenada si se mordiera la lengua o le latiera demasiado su oscuro corazón. Recuerda, serán sus acciones las que hablen por ellos, no sus palabras.

—Creo que te entiendo.

—Yo no, pero con el tiempo lo harás, seguro.

—Siguiendo tu razonamiento, madre, también hay aparentes rufianes de buen corazón.

—Sí, hijo, aunque son los menos —añadió con un resoplido.

—¿Como Boris?

Marla permaneció pensativa unos instantes.

—No creo que fuera ni rufián ni bondadoso.

—¿Sólo traje a Armantia a dos más como tú?

—Sí. Espera, no... conocí una vez a alguien, un tal Miguel Hamilton, que envió otro Boris a Armantia en plena invasión de Gemini, con la intención de darme un mapa.

La sola mención del mapa disparó la imaginación de Olaf.

—¡Eso huele a aventura!

—Bueno, lo cierto es que fue su última aventura. No tuvo tanta suerte como nosotras. ¿Así que hay historia?

—Hay historia —animó Olaf.

Marla dudó, sin quitar ojo al tono azulado que se iba apoderando del atardecer más allá de la ventana.

—No sé, ya es tarde.

—¡No te dejes la del errante dorado!

—Ya veremos. Pero sí, te contaré esta al menos mientras cenamos, porque creo que la historia de Miguel no merece caer en el olvido.

Cuestión de futuro

Un día después de la toma del mundo original de Marla por parte de la Red de la Humanidad

Miguel Hamilton se sentó pesadamente en su sofá, cansado.

—Com, audio, Isabel, trabajo.

Unos segundos más tarde una voz femenina llegó de todas direcciones.

—Miguel, ¿tú te aburres o qué?

—Necesito estar informado, Isa, ya sabes. ¿Cómo va eso?

—Pues por lo que sé, hay rumores sobre una enfermedad degenerativa de Julio Steinberg, que explicaría su anciano aspecto cuando salió en los medios anunciando *La Red de la Humanidad*. Pero también hay informes contradictorios del gobierno, el ejército asegura que no sabía nada. Steinberg no contó con ellos. Sí lo hizo, en cambio, con un ejército más avanzado de otro universo según parece, que son los que han tomado las calles de medio mundo.

—¿Y cómo van las luchas? ¿Hay negociaciones?

—No ha habido lucha posible Miguel, ya lo sabes. No tienen rival y nos pillaron por sorpresa. Sobre las *negociaciones*... nuestros gobernantes están llegando a matarse entre sí para ser elegidos lugartenientes de esta nueva provincia de *La Red de la Inhumanidad*.

—Previsible. ¿Y cuánto crees que esto nos afecta a nosotros?

—Pues bastante y para mal. No veo mucho futuro a las multinacionales de la información, mucho menos a pequeñas gestoras de noticias como la nuestra. Parece que esta vez serán otros quienes den las nuevas.

—Vaya, voy a tener volver a una bolsa de empleo. Maldita sea.

Se escuchó un cansado chasquido de lengua de Isabel.

—Intuyo que tu respuesta hubiera sido la misma de habernos invadido extraterrestres sedientos de sangre.

—No seas mala, tengo sentimientos.

—En el culo.

—Oh, venga... ¿Qué podría empeorar? Si al final van a estar los mismos llevando el barco. Armonizarán las leyes con el resto de mundos de esa Red de la Humanidad y en lugar de una globalización tendremos una multiversalización.

—¿No quieres nada más?

—No. Creo que a partir de ahora sólo obtendremos confirmaciones de lo que ya sabemos-tememos. Mañana te doy otro toque, necesito pensar.

—Adiós.

Se levantó para echarle un vistazo a su colección de licores, pero no llegó; a medio camino se produjo un destello cegador en medio del salón y fue empujado violentamente de vuelta al sofá, cayéndole encima algunas de las cosas que había dejado tiradas.

—Pero qué...

Un hombre con uniforme oscuro estaba enfrente, mirándole. Con toda la parsimonia del mundo, se sentó delante y tras observarle unos instantes le hizo un gesto de apremio para que también tomara asiento.

—Miguel Hamilton, ¿verdad?

Tengo que estar soñando.

—No ponga esa cara de lelo, sabe quién soy —dijo el hombre.

—Sí, usted es el Nobel fugado... Boris Ourumov ¿No? ¿Pero cómo ha...?

—¿... aparecido en su casa como por arte de magia? Olvida usted quién desarrolló la tecnología multiversal.

—Pero... yo... nunca le he conocido en persona...

—Si quiere me voy —dijo en un ademán de levantarse.

Repentino como un resorte, el instinto caza-noticias de Miguel reaccionó.

—¡No! Espere...

—Ese es el Miguel que esperaba ver —respondió Boris sonriendo y acomodándose.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lamento no poder ofrecerle más información sobre eso.

—Y bien —dijo Miguel acomodándose de nuevo en el sofá, muy lentamente y sin quitarle ojo—, ¿puede decirme por qué quiere hablar conmigo?

—Por una proposición que quiero hacerle. Y ya de paso... quizá quiera usted una exclusiva mundial antes de dejar el trabajo —dijo señalando con el pulgar a la ventana que tenía tras de sí—. Al fin y al cabo, no puedo hacer daño con ello. Diga lo que diga, este mundo ya está condenado.

—¿Cómo es eso?

Boris suspiró.

—No sé si podrá usted resumir esto para la prensa.

—Deje eso de mi mano. A quienes se materializan en el salón de mi casa les doy un trato especial. Fíjese que se ha ganado usted la posibilidad de que le crea. Ya sabe, un reporterucho como yo no acostumbra a entrevistarse con un premio Nobel fugitivo.

—Le he elegido porque no está usted untado.

—Me alegra saberlo. Mm... y ahora que le tengo aquí... no sé qué preguntarle.

—Lo suponía.

—Supone usted mucho de mí.

—Es que sé mucho sobre usted, de lo contrario no le estaría hablando. Al grano, como sabe trabajé para la corporación Alix en la tecnología multiversal que ha llevado a este mundo a unirse a la infame “Red de la Humanidad”.

—¿Qué sabe de ella?

—A decir verdad me colé a través de ella. No soy el Boris de este mundo como está usted pensando; él inició nuestra pequeña revuelta y tuvo la suerte de ir a... da igual. El caso es que esta *red* no es más que la demostración de lo que puede conseguir la tecnología multiversal en malas manos.

Miguel bufó.

—Ya que se me ha aparecido en el salón cuénteme algo que no sepa.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del recién llegado. Boris se levantó para servirse él mismo una pequeña ración de licor.

—Claro, puede servirse —dijo Miguel para atenuar la descortesía. Ese Boris debía estar acostumbrado a hacer lo que quería.

—Lo que no sabe usted, señor Hamilton, es que todos los rumores sobre Julio Steinberg, el presidente de la compañía, son falsos. El señor Steinberg de este mundo desapareció, probablemente huyó a otro universo.

—Entonces, el que se ha apoderado de los medios... ¿Quién es?

—Un Julio Steinberg de otro universo, que aparte de ser más viejo y al contrario que su alterego de este mundo, se alió con el ejército y ha llevado el alcance de la palabra “conquista” más allá de las fronteras tradicionales. Básicamente es el emperador de esta nueva red de universos.

—Ya veo.

Boris bebió un sorbo arrugando el rostro, y miró hacia la ventana.

—Ya veo —repitió él—. Dígame —añadió señalando a la ventana con el vaso—, ¿qué es lo que ve?

Miguel se incorporó sin ganas, acercándose a la ventana.

—Máquinas desconocidas tomando el control, y un nuevo imperio en ciernes.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Malo, supongo. Un poquito peor que antes. En realidad no cambia mucho las cosas.

—En cierto modo no. Seguirán las guerras, pero entre mundos o redes de universos. Los países pasarán a ser meras provincias de estas redes, y verá usted a este país quejándose de que su homónimo en otro universo ha tenido mayores subvenciones del imperio del señor Steinberg. Es sólo una cuestión de escala. Pero usted lo dice como si este nuevo poder, esta nueva forma de control, fuera a estabilizar algo las cosas. Todo lo contrario, señor Hamilton. Acelera el fin —suspiró y bebió lo que quedaba de licor, aclarándose la garganta—. Han pasado varios imperios como este por el multiverso, y eventualmente se encontrarán y se destruirán.

—Qué optimista.

Boris le miró muy serio.

—Le hablo de lo que he visto, señor Hamilton. Así que, lamento echar por tierra sus perspectivas de futuro, pero el destino de todos los que le rodean es la muerte en cuestión de décadas.

Dejó el vaso vacío con fuerza sobre un cristal, sellando su lapidaria disertación, y volvió a sentarse. Miguel permaneció unos instantes mirando por la ventana, sumido en sus pensamientos, y regresó con Boris para tomar la palabra.

—Aparte de terminar con las perspectivas de futuro propias de mi tierna edad, me ha dado la impresión de que me ha excluido de tan fatal desenlace.

—Eso dependerá de usted. Puedo salvarle si coopera.

—Creo que soy yo quien debería hacer las preguntas.

—La entrevista ha terminado, señor Hamilton.

—¿Y qué se supone que debería hacer?

Boris asintió con una sonrisa, pues su interlocutor parecía estar aceptando.

—He oído que es usted muy bueno encontrando a gente.

—No sé a qué se refiere.

—Vamos, ya sé que estuvo dos años en el servicio secreto. Operación “*Carmen San Diego*”. Encontró a aquella disidente en Indonesia tan sólo a partir del nombre. Usted sabe moverse, por eso me interesa.

—¿Pero cómo puede saber todo lo que...?

—Ya estoy dando más explicaciones de las que pensaba darle — interrumpió Boris.

Pero la mención del servicio secreto, una parte de su pasado que nunca contaba, enfadó a Miguel.

—Pues deberá darme más si está usted intentando convencerme de algo.

Boris se mordió el labio inferior, cruzando los dedos de ambas manos. Tenía que ceder o le perdería.

—Mire... hay un mundo... una pequeña joya para la supervivencia de nuestra especie, perdido en la inmensidad del caos del multiverso. Yo y la gente con quien trabajo hemos conseguido mantenerlo a salvo del destino que nos espera aquí y en otros muchos universos. Hemos procurado alejarlo de todas estas redes, de escapar a nuestra extinción del multiverso. Y créame, no está resultando sencillo.

—Una bonita historia —dijo Miguel sin inmutarse.

—Contada por alguien que se ha materializado en el salón de su casa — replicó Boris levemente molesto ante su aparente falta de sensibilidad.

—*Touché*. Pero no estoy seguro de ser la persona adecuada para ese discurso, pues dudo que lamentase especialmente nuestra extinción. ¿Se lo ha planteado?

—Pues no. Verá usted, tengo un problema de objetividad cuando se trata de la supervivencia de los seres humanos; soy uno. Señor Hamilton... soy consciente de qué le lleva a pensar eso, es normal viendo el mundo en que vive. Al fin y al cabo, la media de supervivencia de todas las especies que han hollado este planeta es de unos cuatro millones de años, y nosotros, los poderosos humanos, no duraremos ni la mitad a este paso. Pero yo le hablo de un acto de rebeldía evolutiva, de engañar a Osiris. De esperanza.

Miguel empezaba a consternarse.

—Pero... ¿qué quiere de mí?

—Como le dije, hemos mantenido a la Red de la Humanidad lejos de ese mundo, pero ahora está sufriendo un ataque que no esperábamos. Necesitamos que le lleve usted algo a uno de nuestros embajadores allí. La cuestión será dar con la persona, naturalmente.

—¿Sólo eso? ¿Para eso me necesitan a mí?

—Los de mi organización y yo, no estamos en edad de ser lo que se dice hombres de acción. Y en cuanto a encontrar a gente, usted no tiene rival.

—Ya, y... ¿qué recibo yo a cambio?

—Un futuro.

Miguel asintió, sopesando sus palabras.

—¿De cuánto tiempo dispongo para pensarlo?

—Del que aguante sentado en ese sofá.

Gruñó ante la prisa, pues odiaba tomar decisiones importantes así. Aunque, bien mirado, tampoco había demasiado que pensar; perdería su empleo tarde o temprano, y dudaba que pudiera volver a ganarse la vida como espía. A cambio, este hombre le prometía un lugar de nuevas oportunidades.

—De acuerdo, acepto.

—Estupendo. Venga y coloque la mano en este cubo de aquí, conmigo.

El corazón de Miguel comenzó a latir con violencia.

—¿Me va a doler? ¿Y si me transfiero mal?

—Olvídese de la mala ficción que haya consumido sobre esto, haga el favor. Bien, ahora no lo suelte, y por supuesto, no se mueva.

—¡Mierda! —exclamó Miguel.

—No grite —replicó Boris.

Su piel hormigueaba por el cambio de presión y temperatura. El calor era considerable, un sol de mediodía. Se encontraban en una playa de arena dorada y un lejano petardeo atrajo su atención.

—¿Qué es ese sonido?

—Bien, escuche —el tono de voz de Boris reflejaba cansancio, al igual que su sudoroso rostro.

—Me noto algo febril, o es este calor...

—Escúcheme, esta es la persona que debe encontrar.

Miguel tomó la hoja que Boris le tendió; un extraño mapa que señalaba un lugar llamado Diploma, y al otro lado el perfil de empleado de una agente de campo de Alix, en concreto de una división llamada Alix B. Marla Enea Benavente, treinta años, experiencia en bla, bla, bla...

—Por lo menos es guapa —dijo al fin intentando reír.

Boris resopló poniendo los ojos en blanco.

—El caso es que ella es de su mismo universo, trabajaba en Alix antes de la invasión de la Erre Hache. Obtendrá más explicaciones de ella.

El tono en el que le hablaba era totalmente diferente al que usó para convencerle antes del salto, como si hasta entonces hubiera portado una careta.

—¿Sólo de ella? ¿Qué ocurre con los demás?

—Estamos en un lugar llamado Armantia que tiene un corte muy, digamos, medieval, por lo que los demás no le serán de mucha ayuda en este asunto.

—¿Medieval? ¿Cómo que medieval? ¡Yo no dejo mi universo para jugar a *Dragones y Mazmorras*! ¡Me ha engañado!

—En absoluto, ni le hablé de estas gentes ni usted me preguntó.

—¿Y qué más me voy a encontrar, eh?

—Una invasión.

—¿Qué?

—Armantia está siendo atacada en este mismo instante desde el mar por una fuerza más avanzada tecnológicamente.

—Quiero volver.

—Lo siento, ya no puede. Oh, olvidé mencionar que en estos saltos entre universos diferentes se envejece unos cuantos años, empieza por esa fiebre que tiene. No creo que le gustara volver a hacerlo.

—¡Será hijo de puta! ¡Todo lo que me ha contado es mentira!

—En absoluto, sencillamente había cosas que no le había contado, pero todo es cierto. Armantia necesita su ayuda, señor Hamilton.

Miguel aún no podía creerse el brete en el que estaba metido, y escuchaba alarmado el lejano eco de los disparos.

—¿Y esos disparos? ¿No me dijo que esto era de corte medieval?

—Armantia sí, los invasores por desgracia tienen rifles al estilo napoleónico. Es la propia Red de la Humanidad quien ha instigado el ataque desde las sombras, dado que es aquí, en Armantia, donde residen algunos de los que huyen de ellos, cosa que no pueden permitir.

—¿Pues sabe qué le digo? Que me sale más a cuenta trabajar para la Red de la Humanidad que para usted. Al menos no me harían estas jugarretas.

—Ya lo hizo.

Miguel resopló con hastío. Desde el salto, cada vez que Boris abría la boca era para soltar alguna sorpresita.

—Explíquese.

—Digo que ya trabajó para La Red de la Humanidad. O al menos su doble, al que recluté en otro universo idéntico al suyo. Por desgracia la Erre Hache se había adelantado, y convirtió a su otro yo en una suerte de agente doble. Ahora está ahí arriba —dijo señalando al cielo—, con los míos, en la estación Oberón. Urdiendo planes para volverles en mi contra. Así que, clandestinamente, he repetido el viaje para captar a otro Miguel no untado, usted, cosa que no se esperaban pero que me ha costado otro puñado de años de mi vida en un viaje a otro universo diferente. No puedo permitir que la Erre Hache capture a esa persona —añadió señalando el papel que le había dado.

—¡No me extraña que le haya traicionado! —dijo Miguel cegado de ira— ¡Eso prueba que la oferta de la Red de la Humanidad es más sensata que la suya!

—Oferta —repitió Boris despectivamente, negando con la cabeza.

—¡Sí, oferta, por si no se ha dado cuenta trabajo por libre para el mejor postor! ¡Así que creo que me voy a asociar con mi otro yo, dado que si para él fue una buena oferta, para mí seguro que también lo es!

Boris caminó en círculo, mirando el suelo con ambas manos en la espalda, buscando cómo reconducir la situación.

—La razón por la que no puede unirse ya a la Erre Hache, señor Hamilton, es porque su otro yo le mataría. Usted no tolera la competencia, recuerde sus años de espía.

Miguel permaneció unos instantes pensativo, pero luego agitó la mano con desdén.

—Tonterías. ¿Por qué me iba a matar mi otro yo? ¡Deberíamos ser un gran equipo!

—Porque en el fondo, señor Hamilton, y al igual que su otro yo, usted sabe qué clase de persona es, aunque no lo quiera reconocer.

Aquello fue para Miguel como un golpe en el estómago, que le obligó sentarse en la arena. Él podía elegir cómo actuar con otras personas, esconder su propia falta de moral bajo mil excusas, fingir determinados comportamientos y emociones para obtener un trato agradable de otra gente. Pero nada de eso funcionaría con su doble. Dos Miguel Hamilton acabarían matándose. Aquel maldito imbécil tenía toda la razón, sencillamente él era de esa clase de gente.

—Y si soy tan cabrón, ¿por qué me ha escogido?

—Es bueno para lo que le quiero, y como le he dicho... esta es tierra de oportunidades. Todo el mundo puede cambiar. El problema suele residir en que pocos saben que deben hacerlo, pero a usted ya le ha influido el simple hecho de imaginarse a su doble rondando por ahí. Le ha hecho verse tal cual es. Estoy seguro de que ahora querrá cambiar. Yo convivo allí arriba con muchos dobles míos, de hecho soy el número catorce, y créame, me ha bastado para actuar de espaldas a ellos aunque se suponga que todos somos iguales.

Boris se sentó a su lado, en la arena, antes de continuar.

—Si todo el mundo pudiera convivir con su doble por breve tiempo, las cosas irían mejor.

—¿Por qué por breve tiempo?

—Antes de matarse entre sí.

—¿En serio eso es tan común?

—Sí, tiende a ocurrir incluso entre gente que no es como usted. Influyen muchos factores, pero hay un instinto primitivo poderoso. Convivir con otra persona idéntica provoca la sensación de que uno ha perdido valor, de que no es necesario, lo que despierta una básica e irracional defensa de su propia individualidad. Uno quiere ser el ganador. Es una paranoia que ha provocado varios muertos entre nosotros, los Boris.

—¿Y usted lo haría?

—Hasta ahora no, puedo razonarlo. Entonces, ¿me ayudará?

—No ha jugado limpio.

—No podía arriesgarme a que se arrepintiera antes de venir.

Miguel miró la orilla, el mar cristalino y las diminutas olas que parecían querer alcanzarle si se les daba el suficiente tiempo. El sol empezaba a lamerle la piel con lengua de fuego, y sintió escalofríos debido a la fiebre. Debería ponerse pronto en movimiento.

—Qué remedio. Le ayudaré.

Boris señaló el extremo de la playa, en la que el acantilado se perdía hacia la izquierda.

—Detrás de esa palmera tiene un traje de soldado invasor, y un rifle cargado. Estará más seguro así cuando atraviere la refriega. Sabemos que la chica se dirigía al pueblo, tendrá que buscarla y darle el papel. De haber huido ya de la batalla, la encontrará en una ciudad próxima, capital de este país llamado Turín.

—¿Tengo que decirle algo a esa tal Marla?

—No, ella sabrá interpretar el papel.

—¿Y luego de dárselo?

Boris se encogió de hombros.

—Búsquese la vida, me consta que se le da muy bien. Tal vez la chica pueda ayudarle.

—De acuerdo —dijo Miguel tras gruñir, volviendo a contemplar la hoja —, supongo que aquí nos despedimos.

Sin embargo, el viejo ya se alejaba hacia el otro extremo de la playa, levemente encorvado con las manos en los bolsillos.

Muy a su pesar, Miguel se desnudó para vestir aquel extraño uniforme, el cual le quedaba algo corto de manga. El rifle parecía una auténtica antigualla, debía ser toda una fiesta recargarlo. Ojalá no tuviera que usarlo.

Así, vestido de invasor de no sabía dónde, procedió a cruzar la esquina del acantilado en la que terminaba la playa y se topó con una enorme bahía asaltada por gigantescos veleros como nunca vio en películas históricas; algunos ya estaban en la costa y desembarcaban soldados vestidos como él, gritando algo de Ishtar. A esa distancia podía escuchar algunos alaridos.

El corazón impulsaba la adrenalina por todo su cuerpo. Él no firmó por meterse en ninguna batalla, se sabía un superviviente, y una regla para sobrevivir es no meterse en el fuego cruzado. Maldita sea.

Avanzó a la carrera para rodear la bahía y acceder al pueblo desde un lateral, agradeciendo que la escasa brisa resbalara en su cara y refrescara su febril piel. Temía lo que pudiera ocurrir al toparse con otros invasores. ¿Se conocían todos las caras?

No tardó mucho en averiguarlo. Entró en el pueblo corriendo, agarrando el rifle como si fuera a disparar en cualquier momento, y mirando constantemente alrededor, cuando encontró a uno apostado tras una casa, disparando con una rodilla en el suelo para mejorar la puntería. Miguel simulaba estar pendiente de la batalla como él, pero de lo que no quitaba ojo era de la reacción del anónimo atacante. Este le echó un vistazo mientras recargaba el rifle, y dirigió a Miguel un gesto de asentimiento. *Todo va bien*, parecía indicar.

Miguel suspiró con alivio. Pasaría por un soldado invasor más, nadie intentaría identificarlo ni mucho menos atacarle. Así que podía dedicarse a lo que realmente le envió Boris.

Un individuo, presumiblemente aldeano, se topó con Miguel mientras cruzaba una esquina, y permaneció paralizado frente a él, mirándole con los ojos desorbitados de terror. Miguel le apuntaba con el rifle para no levantar sospechas, pero no sabía qué hacer.

Repentinamente, el aldeano se vio arrojado violentamente al suelo, con la espalda de la camisa empapándose de sangre. El sonido del disparo aún retumbaba en el aire como un trueno.

—¡Gracias —dijo a Miguel un soldado invasor al otro lado del cadáver—, no paraba de correr!

Contempló con absoluto estupor al soldado correr hacia el interior del pueblo. Había matado a aquel hombre ante sus ojos, y él no hizo nada por evitarlo. Podía haberle advertido, obligado a correr, gritarle que huyera... y lo único que consiguió fue señalarlo como blanco. Eso hacía él en su pasado de espía, encontrar y señalar blancos. Lo demás no era cosa suya. Tampoco debía serlo aquel hombre tumbado boca abajo en el suelo, con una mancha de sangre oscura extendiéndose bajo su abdomen.

Iba a salir corriendo de allí, sin saber qué hacer. Nada de lo que le dijo Boris valía aquel horror, ni él estaba allí ya para persuadirle. Tiraría aquel papel y huiría. Se buscaría la vida, como dijo, ya que estaba atrapado en aquel mundo, aquel universo.

Usted sabe qué clase de persona es.

La voz de Boris retumbaba en su cabeza mientras advertía que su uniforme portaba pequeñas manchas de sangre, posiblemente salpicaduras del asesinato que acababa de presenciar.

—¡Carajo! —gritó frustrado. Ya no quedaban comodines, ni escudos, ni subterfugios mentales con los que no sentir la culpa. Ahora empezaba a sentir asco de sí mismo.

Ahora empezaba a verse como le veían otros.

Se dirigió cuan rápido pudo hacia el interior del pueblo, dispuesto a hacer la primera cosa honorable de su vida. Aunque fuera de esa clase de personas, aunque sólo quisiera dejar de sentir náusea de sí mismo.

Hizo caso omiso de los aldeanos que huían hacia el interior, si bien procuraba alejarse de los demás soldados para no levantar sospechas. Sin embargo, el vestir como un soldado invasor no ayudaba a que la gente se estuviera quieta para identificar a aquella chica, Marla. Pero le mantenía con vida.

Intentaba agudizar la vista para captar la cara de todas las mujeres que veía huir a lo lejos, pero necesitaba acercarse más, y los aldeanos ya

estaban abandonado el pueblo para empezar a subir una de las montañas que cercaban la bahía. Tendría que empezar a subir él también.

Una chica captó su atención por su sospechoso comportamiento. Estaba a un lado de una de las casas más cercanas a la montaña, justo en el lateral que daba a la pendiente de subida. Mientras los demás aldeanos corrían cuesta arriba entre gritos de terror, la chica, con un traje del estilo del de los aldeanos pero con altura y pelo que coincidían con la descripción del perfil —aún no alcanzaba a verle la cara— discutía con alguien, y se asomaba de cuando en cuando por la otra esquina de la casa probablemente para ver si se acercaba algún atacante.

—¡No te detengas, ahora iré yo! ¡Corre! —gritó la chica a uno de los que estaban entre el gentío que huía por la montaña.

Tras echar otro vistazo por la otra esquina, la chica se volvió para huir por otro flanco de la montaña, lo que le permitió ver fugazmente su rostro.

¡Se parecía, y la estaba perdiendo!

Corrió cuan rápido pudo hasta llegar a la pendiente de subida, donde comprendió que no podría acercarse más que hasta aquel momento —no estaba muy en forma—. Se encontraba a apenas diez metros tras ella, y decidió detenerla.

—¡Quieta! —gritó, el eco rebotando entre los árboles de la montaña.

Ella alzó las manos, una buena señal.

—Date la vuelta, despacio.

El pelo oscuro hasta los hombros, ojos que se adivinaban verdes, aquellos pómulos... Se parecía mucho, tendría que asegurarse.

—No te muevas —añadió, buscando el papel en su traje. Cuando lo pudo sacar comparó el rostro de la fotografía con el que tenía delante. Sí, eran condenadamente parecidas.

—¿Marla? —dijo bajando levemente el arma para suavizar la tensión y entrecerrando los ojos para escrutar cada facción de su rostro—. ¿Eres tú? ¿Marla Enea Benavente?

Ella abrió más los ojos, sorprendida y no para bien. Era ella, su objetivo, su enlace. Sólo tenía que darle el maldito mapa.

Un impacto de bala restalló en un árbol cercano, lo que le obligó a agacharse entre maldiciones. Cuando volvió a alzar la mirada, la chica ya estaba subiendo por la montaña, regresando al flujo de aldeanos que huían por ella.

Ni podía acercarse a la muchedumbre como si nada vestido de invasor, ni podía prescindir del disfraz y el rifle si no quería ser abatido por los atacantes.

¡Maldita sea!

Optó por atravesar la montaña en otra dirección, intentaría localizar a Marla en aquella ciudad que dijo Boris, la capital de Turín.

Las siguientes horas fueron muy difusas para él. Al llegar a la cima divisó lo que podía ser la ciudad a lo lejos, y era en verdad muy lejos. Recorrió hacia ella un camino desierto bajo aquel sol de castigo, todo por evitar en lo posible el contacto con la población local. Tenía mucha sed, y su fiebre no remitía.

Para su sorpresa, al anochecer emergió del horizonte un enorme astro con un gran cráter en el centro que resultó ser el origen de la extraña luz azul que bañaba el paisaje durante el ocaso. Se sorprendió de ver una noche sin oscuridad, aunque la luz era mucho más tenue que la del sol, y no emitía calor. Al principio se asustó por la falta de costumbre de ver algo tan grande en el cielo, parecía que se le fuera a caer encima. Más tarde se acostumbró a ignorarlo cuando, tras descansar a la interperie, se obligó a continuar el camino hacia la urbe medieval que ya se advinaba en la lejanía.

A pesar de cansancio y mareo, Miguel pensó durante el viaje. Aún estaba a tiempo de abandonar e intentar vivir su vida. ¿Qué hacía vagando por aquel mundo extraño? La cabeza le daba vueltas, y el sol volvía a darle al día un aire de normalidad al hacerse con el cielo, sustituyendo a aquella monstruosidad azulada. Era una locura, durante el ataque encontró a la chica por casualidad, ¿debía hacerlo en una ciudad? ¡Cuando él era espía

sabía por dónde iba y cómo moverse! Y encima iba disfrazado de invasor. Pero ni quería ir desnudo, ni deshacerse del rifle.

El sol empezó a ser más odioso que aquella bizarra parodia de La Luna, y nuevamente le envolvió en un abrazo de llamas infernales. La cabeza le daba vueltas, tenía mucha ansia de agua, la fiebre casi le hacía delirar. Finalmente se detuvo para mantener la cordura y no caerse al suelo, necesitaba pensar. Se encontraba en un terreno algo árido, pero con un río cerca. Frente a él, otra ladera que subir. Respiró hondo para intentar sacar fuerzas, podría refrescarse en el río, tal vez incluso beber agua.

Con ojos entrecerrados, alzó la mirada desafiando al sol maldito y abrasador. *Usted sabe qué clase de persona es.* ¿Era aquel tortuoso viaje su castigo? ¿En verdad haría algún bien entregando aquel papel? La chica no se alegró de verle, precisamente. Claro que él iba disfrazado de invasor. No, estaba buscando excusas de nuevo para huir y ocultarse en las sombras, como de costumbre. Pretendiendo indiferencia ante el bien y el mal, sólo para no sentirse mal cuando hacía algo malo. Si en verdad aquel mundo era una nueva oportunidad para la humanidad, sobraban personas como él. Durante sus años en el servicio secreto siempre trabajó entre bastidores. Señalaba blancos o conseguía información. Le asustaba involucrarse de verdad, pues en el fondo sabía que la mayoría de gente que localizaba sería asesinada, y que los secretos que robaba sólo beneficiarían a sus jefes.

Si aquel mundo en verdad era un nuevo comienzo, se involucraría, y lo haría por propia voluntad y para bien; entregaría a la tal Marla Enea Benavente aquel maldito mapa aunque fuera lo último que hiciera. En Armantia no podía volver a ser esa clase de persona.

Mientras divagaba, erguido pero tambaleante sobre sus pies, percibió algo extraño en el sol. Unas barillas negras lo atravesaron, separando por unos instantes al astro en pequeñas lascas, para luego volver a la normalidad. Cayó en la cuenta de lo que ocurría realmente demasiado tarde. Mil punzadas lacerantes le hicieron desplomarse, y el dolor lo torturó durante un minuto hasta perder el sentido.

Le había caído una lluvia de flechas.

Cuando despertó la fiebre había empeorado. Tuvo en ocasiones la impresión de murmurar pensamientos. Estaba tumbado, y cada vez que pensaba mover un músculo, terribles dolores delataban las partes del cuerpo atravesadas. Era una pesadilla, una dolorosa y neblinosa pesadilla.

Tras escuchar voces, se esforzó en regresar a la realidad abriendo los ojos. A su derecha se encontraba ella, rodeada por dos hombres, probablemente soldados. Debía estar delirando, ¡estaba allí!

—Eres... eres.. tú... —alcanzó a balbucear Miguel.

La chica y uno de los que estaban a su lado discutieron acerca de si le conocían. Para su alivio, Marla confirmó el breve encuentro que tuvieron durante la invasión.

—Bol... sillo... Mi bolsillo... —murmuró de nuevo.

Se encontraba débil incluso para hablar, pero no se permitió olvidar la razón por la que realmente estaba allí.

La chica extrajo la hoja de su bolsillo, y al primer vistazo murmuró algo que dio a entender que la hoja había captado su atención. Pero Miguel alcanzó a ver el mapa, por lo que ella debía estar viendo su perfil de empleada.

—El... otro... el otro lado...

Cuando ella dio la vuelta al papel los sentidos de Miguel recuperaron algo de nitidez ante el momento crítico. Percibió los ojos abiertos de la chica, su respiración agitada, manos temblorosas. Fuera lo que fuera que estaba viendo en el mapa, era algo importante. Dijo algo a su compañero sin quitar ojo a la hoja.

—¿Está... bien? ¿Os vale? —alcanzó a susurrar con escasas fuerzas. Era ya lo único que quería saber, pues contaba con que aquellos serían sus últimos minutos.

—Desde luego, es justo lo que necesitábamos.

Miguel exhaló todo el aire que albergaban sus pulmones. La chica dijo algo más, pero ya daba igual. Lo que sucediera a partir de ahí era parte de

algo más grande que ya nunca sabría. Tampoco conocería Armantia, pero intuía que había hecho algo importante por ella, y sólo la muerte cerebral borraría de su mente el rostro fascinado de la chica al ver el mapa, resultado de su primer y último acto honorable.

No sabía cuánto mal haría su oscuro doble en aquel universo, aquel que captó la Red de la Humanidad, pero esperaba haberlo compensado. En cierto modo había actuado contra sí mismo, contra aquella clase de persona. Boris tenía razón, todo el mundo puede cambiar.

Último interludio

—Regáñame, madre, pero yo hubiera tirado el mapa y huido a la menor oportunidad.

Marla soltó una carcajada.

—Pero él no lo hizo después de todo. Sus acciones hablaron por él.

—¿Y qué fue de su doble oscuro?

—¿El otro Miguel? Me contó Enea que se permaneció en Gemini. Creo que era un completo idiota. Tal vez siga vivo. En fin, se hace de noche, y yo tengo ya la boca pastosa de tanto hablar. ¿Qué te ha parecido el regalo este año?

—Lo he disfrutado mucho, gracias, madre. Pero... ¿Y el errante dorado?

—Lo que quieres es una historia cautivadora y terrorífica que contar a tus amigos, y eso no te lo puedo dar, hijo. Lo siento.

—Bueno —dijo él intentando camuflar su decepción—, al menos me queda esto.

Pasó la mano sobre la cubierta de su ejemplar de "*Barco a La Luna y otras aventuras*". Adoraba el relieve.

—¿Qué clase de historias puede tener un libro de cuentos de tu mundo, madre?

—Pues ese no lo he leído. ¿Por qué no me lo lees en mi cumpleaños?

—¡Vale!

Tras darle un beso en la mejilla, Olaf subió a refugiarse en su cuarto a la luz de las velas, dispuesto a devorar aquel libro. Se trataba de una colección de cuentos para adolescentes, y Marla sabía que podría quedar

decepcionada al leerla a aquellas alturas. Pero si Olaf le leía el libro, podría vislumbrar en su rostro el que hubiera tenido ella si hubiera podido leerlo en su momento. O tal vez vería el de su padre leyéndoles si aún estuviera vivo.

Qué demonios, pensó ella al echar un vistazo a la Luna alzarse sobre las montañas. Tras subir las escaleras, encontró a su hijo metiéndose en la cama dispuesto a comenzar la lectura.

—El condenado errante dorado —dijo ella antes de suspirar profundamente—. Olvida lo que piensas sobre él, no tiene nada que ver con lo que se comenta.

El rostro de Olaf se iluminó más que las propias velas, y Marla se sentó junto a él en la cama.

—¡Vale, pero cuéntamelo!

—Pero ni una palabra a tus amigos, ¿de acuerdo?

—¡No diré nada, lo prometo!

—Está bien, está bien. ¿Recuerdas las historias de dioses y bolas de fuego cayendo del cielo tras la invasión?

—Claro —replicó Olaf antes de pestañear repetidamente.

—Obra suya, en parte. ¿Y recuerdas a Enea, mi doble? Fue él quien se la llevó a otro universo.

—¡Pero no lo dejes ahí!

Marla sonrió con cansancio.

—Nuestro primer encuentro se produjo hace once años...

Conversaciones con una protodeidad

Tras arropar al pequeño Olaf, ya dormido, Marla optó por salir a tomar el aire. Entre que su hijo se había perdido por la mañana en el mercado alrededor de una angustiada hora, y que Ivar Finn, un bibliotecario turinense (prendado por ella desde hacía meses) decidió al mediodía declararle su amor... aquel día había sido muy intenso.

Caminó hacia el mirador siempre vacío y silencioso a aquellas alturas de la noche, un lugar idóneo tanto para pensar como para despejar la cabeza.

No esta vez.

Una silueta se adivinaba ante la baranda. Muy poca gente compartía su pequeño santuario, menos aún a aquellas horas. Se aproximó silenciosa hasta situarse a su lado, pero al volver la cabeza su corazón dio un vuelco al identificar a su compañero de santuario.

—Tú debes ser el famoso Ishtar —dijo Marla boquiabierta, apoyada en la baranda de roble.

—Así me llaman aquí, sí.

Años atrás Enea le contó, justo antes de marcharse para siempre, sus encuentros con aquel extraño ser. No pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espina dorsal al pensar en su naturaleza... o tal vez en que no sabía lo que era en absoluto, sólo que no humano.

La emoción se convirtió en una punzada de inquietud.

—¿Vienes a sacarme de aquí, como hiciste con ella?

—¿Tengo que hacerlo? —replicó él sin mirarla.

—¿Qué haces aquí?

—Recordar.

A Marla no se le ocurría qué más decir, y él, de piel oscura y mirada penetrante, se limitaba a mirar el paisaje.

—¿Qué eres? —dijo al fin.

—Recuerda que soy el representante humano del resto de mi ser. Eso me limita a la hora de dar respuestas comprensibles.

—Me dijo Enea que originalmente fuiste humano.

—Así es.

—¿E ibas así? —dijo ella señalando con el dedo de arriba a abajo, en referencia a su hábito dorado.

—Lo que ves es la réplica exacta de mi existencia humana original.

—¿Y tu nombre? ¿Te llamabas Ishtar?

—No, ese nombre me lo pusieron cerca de aquí. Mi nombre humano fue Ramsés.

—¿Te molesta que te haga tantas preguntas?

—Responderlas me causa los mismos prejuicios que ignorarlas, ninguno. Pero el diálogo me ayuda a recordar, mantiene mi yo humano. El origen es lo único que diferencia a entes trascendentes como yo, "etéreos" los llamáis algunos. Me es imperativo cuidar y conservar mi origen humano. Los etéreos que pierden su origen acaban fundiéndose y dispersándose.

—Entonces... todo lo que has hecho aquí, ¿no era para ayudarnos, sino para recordar?

—Como dije, ayuda a mantener mi yo humano, este que te habla.

—Osea, que no tenemos ninguna importancia para ti.

Ramsés no respondió, y temió por un momento haberle enfadado.

—¿Tuviste hijos, Ramsés? Yo tengo uno de seis años.

—Me temo que mi existencia humana empezó muchísimo después que la tuya. No teníamos hijos, una central se encargaba conservar la variedad genética que los humanos ya no podíamos garantizar. Pero sí apadrinábamos. Yo llegué a tutelar a una chica y un chico.

Le resultaba imposible imaginar a Ramsés siendo algo remotamente parecido a un padre.

—Caramba... ¿Qué fue de ellos?

—Murieron.

—Lo siento. ¿Puedo saber qué ocurrió?

Quien viera a aquel hombre pensaría que hablaba consigo mismo, pues en ningún momento la había mirado. Sus ojos no se apartaban del horizonte.

—La última gran guerra humana de mi universo. Los pocos que no nacieron en centrales, intentaron sabotearlas y no pararon hasta conseguirlo.

—¿Qué pasó entonces?

—Muchos como yo sobrevivimos, porque llevábamos incorporados en nuestro propio cuerpo innumerables mecanismos de autorreparación y antioxidación, de tal forma que pudimos modificarnos a nosotros mismos en el momento y gozar de gran longevidad. Nuestros sentidos, además, se extendían por todo el planeta gracias a las nubes de nanomáquinas. Éramos laboratorio y cobaya a la vez. Los que iniciaron la revuelta fueron víctimas del propio estado en el que quedó el planeta tras la guerra, y desaparecieron.

—Quedasteis pues los *avanzados*, por así decirlo, como tú. ¿Qué fue de vosotros?

—Vivir sin la autopreservación como fin último de nuestra existencia supuso una crisis de identidad para todos. Sin la muerte no teníamos razón para vivir. Muchos desaparecieron convertidos en extraños seres sin objeto evolutivo. No sabían qué hacer, para qué existir. Se exterminaron sin quererlo. Yo supe evolucionar y lidiar con el paradigma cuántico. Me

rediseñé a mí mismo hasta hacerme capaz de viajar a otros universos. Eso lo cambió todo, fue el final de Ramsés. A partir de ahí dejé atrás mi humanidad y evolucioné hacia algo diferente.

Marla contemplaba estupefacta a su interlocutor.

—Pero... ¿Qué eres ahora? En Gemini te deificaron, y con pruebas muy terrenales.

—Necesitaban que su deidad se manifestara y un humano al que presté atención por haber viajado por el multiverso como tú o tu compañera, me rogó que lo interpretara para ellos, a lo que accedí.

—¿Te das cuenta, Ramsés, de que tienes respuestas a preguntas clave de la humanidad?

Mantuvo nuevamente su silencio, obligando a Marla a probar otro enfoque.

—¿Tienes idea de la sangre que se ha derramado a lo largo de nuestra historia para demostrar que existe un ser superior, a menudo una deidad personal? Dicen que en Gemini te comportaste como tal.

—Entiendo que aquellos actos os sorprendieran. Ese era el propósito.

—Yo no estuve, ¿qué hiciste, Ramsés?

—Aparecí y desaparecí varias veces, traje vivas a personas muertas, cambié el clima en múltiples ocasiones, hablé sin presencia visible, manipulé ondas cerebrales para manifestar mi voz directamente en la mente de otros.

¿Y si le pongo a prueba?

—¿Puedes saber qué piensa una persona que esté en otra colonia ahora mismo?

—Claro.

—¿Y todos los habitantes de este planeta?

—Requeriría muy poco de mi ser dedicar la atención justa a cada humano simultáneamente. Incluso podría replicar esta misma

representación de Ramsés cuantas veces desee. Para mí el ser humano es muy elemental.

—¿Pero cómo puedes hacer esas cosas?

—Las limitaciones de ser humano me impiden explicarlo con claridad.

—Pues usa argumentos escalables.

—¿Escalables?

—Ya sabes... simplifícalo buscando símiles con cosas que yo conozca. Sé que no puedo entenderlo a fondo, sólo quiero hacerme una idea.

—Creo que te entiendo. Mi habilidad para cambiar de universo evolucionó hasta convertirse en una extensión de mi ser y eso incluye los desplazamientos en el espacio y en el tiempo, tanto de mi ser como sólo de algunos de mis sentidos. Puedo aparecer en otro emplazamiento instantáneamente, pero no hace falta que lo haga todo mi ser, bastan pequeñas cantidades de información con objetivos concretos, como registrar imágenes o sonidos, u ondas cerebrales. Ubicuidad. Satisfacer lo que los gemineanos esperaban de su Dios fue fácil, porque sólo se trataba de necesidades humanas. Incluso algunas de las habilidades ya las tenía incorporadas en mi ser cuando yo mismo era humano, como la regeneración celular. Hice crecer la pierna de un mutilado. Otras habilidades sólo las conseguí tras mi última transmutación humana: traje de otro universo poco antes de morir a alguien que en este llevaba nueve años fenecido, lo cual tomaron como una resurrección. La mitad de las cosas que hice ya eran teóricamente imaginables en tu tiempo.

Sin ella misma esperarlo, Marla soltó una carcaja da de admiración.

—¡Un dios humano! Esto sí que no se me hubiera ocurrido nunca...

—Argumento escalable. Más cerca de tu tiempo que del mío, la gente asignaba nombre a habilidades que deseaba tener: telepatía, telequinesis... pero eventualmente vosotros mismos las hicisteis posibles, a menudo de forma más sofisticada.

—¿Cómo?

—Con los implantes cerebrales podíais transmitirlos mucho más que pensamientos. Incluso antes de tú nacer, una primitiva interfaz cerebral conectada a un electroimán ya permitía telequinesis básica.

—Quieres decir que terminamos haciendo realidad nuestros anhelos hasta el punto de crear dioses...

—Esa es una simplificación burdamente humana de lo que soy, pero como dijiste, así te puedes hacer una idea. Otros entes alcanzaron mi nivel de trascendencia, otros "etéreos" con los que interactúo regularmente, pero su origen no es humano ni tomaron el mismo camino para convertirse en lo que son. Supongo que eso es lo que diferenció a los humanos de los extraterrestres que nunca conocieron, la creatividad. El ser humano es fundamentalmente un creador que durante mucho tiempo rehuyó de su habilidad buscando, por contra, ser creado.

—Creo que cuando vuelva a la cama mi cabeza va a explotar.

—Tú preguntas, yo respondo.

—Ese es el problema, tienes respuesta para todo. Me da miedo preguntar más.

—No hay respuesta para todo.

—¿Qué es lo que no puedes responder?

—Argumento escala...

—Ya, ya, imagino que mis dilemas existenciales son incomprensibles para un cavernícola, puedo imaginar la comparación. Pero, esas preguntas humanas... quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos...

—No son esas las que yo me hago. Aunque entiendo que vosotros os las hagáis.

—Pero tú fuiste humano, Ramsés, también debiste hacértelas. ¿Has obtenido respuesta?

—Las preguntas las creasteis vosotros, por tanto sólo vosotros podréis responderos. Cuando yo era humano ya no eran relevantes. Esas preguntas tenían más sentido en otro tiempo como el tuyo, cuando aún

existía el concepto de padre e hijo biológico, ya que durante su primera etapa la humanidad siempre se vio a sí misma como un hijo sin padre; un niño que deambulaba por un mundo desconocido con amnesia total, sin mapa ni manual. Siempre perdido, siempre esperando a que viniera un mayor a calmar sus lamentos y señalarle el camino a casa. Y proyectar a ese alguien fue lo primero que hizo con su incipiente poder creador.

—No culpo a mis ancestros. Tuvo que ser horrible, Ramsés. El despertar de nuestro ser. No me gustaría estar en la piel del primero de nosotros que tomó conciencia de sí mismo y comprendió, más allá de sus instintos animales y sin la coraza de conocimientos y respuestas que tenemos los de mi tiempo, y no digamos ya los del tuyo, que se enfrentaba a una vida caótica y dolorosa y que al final, moriría.

—Cuando yo era como me ves, estábamos en otra etapa, posterior a la tuya. Al ser tan evidente que podíamos cambiarnos a nosotros mismos y vivir fuera de la Tierra, más allá de cualquier evolución natural y sabiendo con meridiana claridad de dónde veníamos, el *quiénes somos* se convirtió en *quiénes queremos ser*, y el *a dónde vamos*, en un *a dónde queremos ir*. En esa segunda etapa dejamos de delegar la responsabilidad de nuestros actos, lo que también fue difícil y originó nuevos conflictos.

—La historia de nuestra especie —bufó Marla—. ¿Qué destino nos espera? ¿Acabaremos con nosotros mismos?

Por primera vez, vio a Ramsés sonreír. ¡Algo que le hacía humano!

—¿He dicho algo gracioso?

—Seguís esperando a que alguien os diga lo que tenéis que hacer.

—¡No pretenderás que teniéndote aquí no te saque partido! Y no has respondido a mi pregunta.

—Nada dura para siempre, Marla, el cómo dependerá de vosotros. Las posibilidades, como lo universos, son infinitas. En unos os destruí, en otros os destruyen. Y en otros, como tantas especies, desapareceréis porque evolucionaréis a otra cosa.

—¿A ti, por ejemplo?

—El mío es uno de muchos caminos. Evolución es cambio, no necesariamente mejora.

—Y más a corto plazo... ¿Qué esperas que ocurra con este lugar? ¿Conseguiremos que Armantia sea una nueva oportunidad para los que estamos aquí?

—Dependerá de vosotros.

De tan imperturbable que parecía Ramsés, Marla no tuvo reparo en picarle un poco. Había llegado a la conclusión de que no podría ofenderle aunque quisiera.

—¡Vaya un Dios! ¿No puedes adivinar el futuro?

—Podría relatar los acontecimientos que afectarían a tu persona desde este instante, pero tras conocerlos te comportarías de forma diferente, con lo que ya estarías creando un nuevo futuro. Veo que intentas probarme, sin embargo esto que he dicho ya debía saberse en tu época.

—Y antes —replicó ella con una sonrisa queda—, pero es cierto, quería probarte. En realidad, a mí me interesa mucho más el pasado, pues de él depende lo bien que me vaya el futuro. Dime, Ramsés... ¿Podrás ayudarme en eso?

—Sí, y en tu caso es aún más fácil, pues debido a mi interés por tu persona tengo todos los registros de vosotras y lo que os ha rodeado.

—¿Todos los registros? ¿Quieres decir... todo?

—Pregunta.

Pero nadie articuló palabra. Ramsés proyectaba nítidamente en su conciencia cuanto tenía registrado acerca de las cuestiones que ella esbozaba mentalmente, de todos los vacíos de la historia de su vida y la de los personajes secundarios que por ella se cruzaron...

El momento ¡Eureka! en el que Boris descubrió cómo saltar a cualquier universo sin envejecer, simplemente cambiando el sistema de coordenadas... ¡Menos mal que nadie había caído! O sus padres hablando con ella cada día en las videollamadas cuando estaba en un

campamento infantil. Se sintió culpable por mostrarse disgustada con tanta llamada, pues ella quería estar más tiempo con sus amigas, pero era una niña y no tenía idea de que sus padres contactaban tan a menudo a sabiendas de que iban a morir debido a un virus sin cura. Entre llamada y llamada arreglaron el papeleo de su orfandad en la zona de cuarentena, lo que les costó una fortuna que pagaron con gusto.

Cuántos años perdidos en Alix. Pero incluso en un sitio tan frío y gris, había gente que la quería. Marco la amaba como un padre, y Dominique, tan chistoso y a la vez distanciado que parecía, estaba enamorado de ella. Pero era ella quien desconectaba su capacidad de sentir para no volver a sufrir cuanto sufrió con la muerte de Tomás. Quizá eso la convirtió en idónea para el trabajo. No pudo evitar que también apareciera el hombre que asesinó a sangre fría durante una misión en otro universo sólo para probar nuevas armas de la compañía matriz... un humilde trabajador con tres hijos. No conocía aquel dato, pero Ramsés recordaba por ella con todo lujo de detalles. Era doloroso.

Armantia... las intrigas que podían llegar a consumir una región no tan grande... lo que le pasó a Olaf y su familia, pobre Olaf... ¡Y Enea! Vivió mil aventuras en varios universos después de que Ramsés se la llevara, lo último que supo de ella fue que se fugó con éxito de una fría prisión. No le gustaba el nombre de Lynn, quizá no se parecía tanto a la primera Marla que llegó... ¡Qué valiente acabó siendo Miguel Hamilton, aún pagando con la muerte! Antes de eso él y ella eran muy parecidos al fin y al cabo, y Armantia los cambió; la culpa como principio y final no tenía sentido, estaban envenenados por el mundo en el que les tocó nacer. Mundo que tras la invasión de la Red de la Humanidad no fue a mejor, si acaso compartió sus miserias con el resto de mundos de La Red. Qué gracioso que el presidente que resultó electo gracias al trabajo sucio de Alix intentara sobornar a la RH para ganar posiciones sobre sus dobles de otros universos de la red. ¿Un metasoborno?

Ah, la Luna; no la suya, sino aquel extraño astro ciclópeo que les iluminaba durante la conversación y cuyo cráter se remontaba a la formación del satélite mismo... resultó un cuerpo celeste poco denso para su tamaño, lo que compensaba su cercanía y resaltaba su mágico

aspecto: una extravagante combinación de minerales reflejaba sobre todo el espectro azul de la luz del sol. Sol que sin embargo sí era el suyo; había olvidado que lo que siempre visitaban en cada universo era la Tierra o en lo que ella se hubiera convertido. El universo de Armantia no parecía una mutación tan distante del suyo, y vio con sorpresa a primitivas formas de vida luchando por salir del agua en los océanos de Marte. ¡Marte existía! Y también los demás planetas. Ojalá lo hubiera sabido en sus primeros años en Armantia, su entorno le resultaría entonces menos alienígena... después de todo las mismas estrellas minaban el firmamento.

¡Keith! Cuántos temas inconexos, quizá debía pedirle a Ramsés que parara aquella montaña rusa emocional. Tantos recuerdos... El espía hervinés se acobardó ante el fuerte carácter e independencia de Enea, prefería cualquier moza impresionable de Armantia a una chica del siglo XXII. En realidad se trataba de lo esperable de la sociedad en la que vivían, era Olaf quien quebrantaba la regla. Gardar, idiota y valiente chico que murió cuando se negó a capitular ante los invasores, sable en cuello. Ojalá se hubiera rendido, no había nada que hacer de todas formas. Ramsés no tuvo que recordarle la espantosa imagen de su cuerpo sin cabeza traído por el caballo.

Detente, Ramsés. Boris Ourumov, su Boris, B1, el tipo que lo complicó todo. Fue una mañana, tras tomarse un café que no pudo terminar, cuando le asaltaron las dudas. No es que su primer pensamiento fuera altruista. Alix estaba automatizando todos sus procedimientos e incluyendo más y más investigadores en el proyecto. Pronto dejarían de necesitarle. Por eso desarrolló la unidad clandestinamente; gracias a ella viajó en secreto por varios universos como el suyo en completa libertad, lo que le dio una visión global del asunto descubriendo el monstruo en el que se convirtió su creación tras dejarla en las manos equivocadas. Las distintas Alix de varios universos vendiendo el futuro al mejor postor... las guerras entre redes de Alix que aspiraban a conseguir el mayor número de universos... la muerte de billones de personas en absurdas pugnas de poder entre redes... aunque aquello había empezado en otros universos antes que en el suyo, de algún modo

Boris se sintió responsable en lo que a su universo se refería, y buscó con sondas exploradoras un lugar en el caos en el que recomponer a la humanidad, un sitio que a ser posible no pudiera ensuciar Alix.

Y encontró Terra Nueva, un lugar en el que también otras gentes se le adelantaron con la misma idea. Un planeta lleno de colonias, cada una depositaria de la esperanza de una civilización menguante. Armantia, Gemini, Antares, Veronia, Shangtu, Gerpov, Cátares, Cidonia... cientos.

No sigas, Ramsés. Pero un ciclo de tragedia pasaba por allí cada cuatrocientos años, porque en el fondo no era un lugar seguro. Sólo hay lugares completamente seguros para los humanos cuando no hay humanos, eso es lo que no comprendieron cuantos huyeron a aquel planeta. Para, Ramsés.

Cuando Marla volvió a la realidad, el incipiente frescor delató las lágrimas que corrieron por sus mejillas durante no sabía cuánto tiempo. Al mirar a un lado, descubrió que Ramsés ya no estaba. Se lo imaginó regresando, el hábito dorado mecido por el viento, a su particular Olimpo en las estrellas.

La cabeza le daba vueltas, así que se sostuvo en la baranda del mirador imitando la pose de Ramsés, escrutando el paisaje y dejándose abrazar por el viento.

En cierto modo había hecho lo mismo que él. Había recordado.

Regresó a paso lento a su casa, secándose las lágrimas con la manga del traje y pensando en el día siguiente. En darle una oportunidad a aquel bibliotecario.

La Laguna, a 26 de Noviembre de 2009

Gracias, querido lector, por apostar por Serie Multiverso. Espero que hayas disfrutado de estas historias como lo hice yo escribiéndolas. Si así ha sido, por favor, considera la opción de realizar una donación con la cantidad que quieras/puedas en la página oficial (www.seriemultiverso.com).

Gracias nuevamente, y ojalá sigas leyendo mis historias en el futuro.

Moisés Cabello